

# La permanente verdad del Evangelio

Ricardo Estévez Carmona - Lomas de Solymar – 1er. Semestre del 2002

---

Es interesante mirar las 111 frecuencias que en 106 versículos en nuestra RV-1960 aparece la palabra “evangelio”.

No sabiendo de otros que anteriormente se hayan tomado tal trabajo selectivo –pues disponemos de comentarios completos del NT versículo por versículo-, razón de más para que asumamos tal emprendimiento; pero no yendo hacia el texto para su exégesis, sino trayendo el texto hasta nosotros para que alumbre nuestra presente situación local.

El Señor Jesús primero; luego sus apóstoles; y finalmente todos los discípulos de la iglesia en Jerusalem que fueron esparcidos: “iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hch. 8:4). ¿Es lo mismo hoy?

Convendrá a nuestro estudio reparar en algunos aspectos sugestivos: Mateo 4:

<sup>23</sup>*Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el **evangelio** del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. <sup>24</sup>**Y se difundió su fama***

Esta expresión nos escudriña profundamente: ¿cuál fama hoy día comúnmente trasciende? ¿La del Señor Jesucristo o la del evangelista que lo predica? Hace esto acordar a la vieja anécdota de aquellos tres amigos londinenses que se encuentran al final de un domingo para intercambiar impresiones sobre las distintas predicaciones que escucharon en sus respectivos lugares de reunión:

Dice admirado el primero: -¡Qué gran predicador!  
El segundo, embelesado: -¡Qué estupendo sermón!  
El tercero, como adorando: -¡Qué maravilloso Salvador!

Se dice de este último que había ido al Tabernáculo Metropolitano a oír a Spurgeon.

Mateo 9:

<sup>35</sup>*Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el **evangelio** del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. <sup>36</sup>**Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. <sup>37</sup>Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas***

*los obreros pocos.* <sup>38</sup>*Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.*

Aquí resalta la impresión que le causa al Señor el estado de la gente; su tremenda necesidad es lo que le lleva a pedir a los suyos que oren para que sean enviados más obreros para congregar y cuidar a sus ovejas. Ellas son llamadas, precisamente, por la predicación del evangelio. Los obreros existen en razón de la mies; y porque hay ovejas es que se necesitan pastores, pero no al revés, como algunos parecen entender.

Mateo 11:

<sup>5</sup>*Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio;* <sup>6</sup>*y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.*

Tan impactante es lo que dice en el v.5, que la conclusión en el 6 como que pasa por desapercibida. Esta bienaventuranza aparece aquí como algo especial y singular, y nos sugiere meternos en otro apasionante estudio: Jesús como causa de tropiezo. Como el tema es vasto, alcanzará advertir como Pablo y Pedro coinciden en señalar a Jesucristo como piedra de tropiezo para quienes tropiezan en la palabra, siendo desobedientes a ella al desechar al Señor y pretender justificarse por las obras de la ley (Ro. 9:32,33; 1Pe. 2:6-8). Aunque no es de comparar la religiosidad legalista de los judíos contemporáneos con la común irreligiosidad de nuestro pueblo, coinciden sin embargo en su rechazo de Cristo y su pretensión de justificarse a sí mismos. Pero lo más lamentable hoy día no es que tantos incrédulos sigan tropezando contra tamaña Roca, ¡sino que los mismos creyentes la pulen, decoran y endulzan comprimiéndola de modo que los inconversos que evangelizan se la traguen como una píldora! Quitarle a Cristo ese elemento de ofensa, tropiezo y escándalo, es anunciar a otro “Cristo” y predicar otro “evangelio”. El “a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” de Pablo, le incluye únicamente a él, y al desasimiento de sus derechos, prestigio y bienes personales para ganar a un mayor número para Cristo. Pero de ningún modo hubiera osado retocar a ese Cristo o mejorar ese evangelio para hacerlo más accesible a sus oyentes. Poca sensibilidad parece haber hoy día respecto a esto.

Mateo 24:

<sup>13</sup>*Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.* <sup>14</sup>*Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.*

Esta porción comúnmente es citada fuera de su contexto profético tribulacionista que describe este capítulo. Ciertamente que los que hoy somos realmente salvos perseveraremos hasta el fin, pues fiel es el que nos ha llamado para hacerlo con nosotros así (1Ts. 5:23,24; Jud.24).

Los no salvos durante la gran tribulación finalmente claudicarán aceptando la marca de la bestia y sellando así su propia condenación. Tampoco se puede

invocar el incumplimiento actual del v.14 para alegar que todavía no están dadas las circunstancias para el retorno del Señor por los suyos, ateniéndonos a ese período final que concluye con el Armagedón y al que sigue el juicio de las naciones. Sabemos que Pablo, Pedro, Juan, Santiago y Judas coinciden en sus escritos en la esperanza de la pronta venida del Señor, como algo que esperaban que acontecería en su propio tiempo.

Además, cuando se arguye que no todos los pueblos del mundo fueron alcanzados por el evangelio, se dice de los “misioneros evangélicos” cuya entrada está prohibida en algunas regiones, pero se olvidan de las ondas radiales que alcanzan al 99% de la población mundial; y sabido es que por vía satélite se cubre todo el orbe con programación evangélica en los más diversos idiomas.

Mateo 26:

*Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.* <sup>12</sup>*Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura.* <sup>13</sup>*De cierto os digo que dondequiera que se predique este **evangelio**, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.*

Por expresa voluntad del Señor, lo que María hizo habría de quedar perpetuamente unido a la predicación del evangelio. Juan nos identifica al autor de la idea que ganara a otros discípulos provocando el descontento y suscitando murmuraciones: Judas el traidor; un buen economista y hasta con apariencia de filántropo. Su aviesa intención también quedaría registrada en el cuarto evangelio. El cuidado de los pobres que pudiera tener Judas era semejante a la pasión por las almas que algunos invocan. Sólo les interesa la salvación de los perdidos como recurso para engordar las bolsas de las ofrendas. Cuanto más lejos estén, cuanto más pobres e ignorantes sean, cuanto mayor sea el atraso en que vivan y la barbarie de sus costumbres, más atractivos son para que cristianos sensibles abran generosamente bolsillos y carteras. Sin duda que ha de irse a los perdidos, y hasta con preferente premura a los peores y más míseros de ellos, como lo hizo el General Booth en Londres y la Madre Teresa en Calcuta; pero antes que con los mismos necesitados, el corazón del discípulo fiel derramará lo mejor de sí mismo como ofrenda fragante al Señor que ama y adora. El “*ha hecho conmigo una buena obra*” no solamente es un elogio de Jesús a María, sino que nos abre el mismo corazón del Señor a su anhelo secreto de que nos ocupemos con Él.

Marcos 1:

<sup>14</sup>*Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el **evangelio** del reino de Dios,* <sup>15</sup>*diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; **arrepentíos, y creed** en el **evangelio**.*

¡Elemental y simple! El evangelio que el Señor Jesucristo predica es el mismo del primer sermón de Pedro en Pentecostés: un llamado al

arrepentimiento de los pecados y fe para con Dios, lo que también resume el testificar de Pablo a judíos y gentiles (Hch. 20:21). Es cierto que la regeneración espiritual no reviste el mismo carácter espectacular de las señales, prodigios y milagros que siguen y confirman el testimonio cristiano, pero aunque se resucite a todos los que yacen en el cementerio de una ciudad, y se vacíe de enfermos su hospital, todo ello junto no equivale a la salvación de un solo habitante de ese lugar. El traspaso del alma muerta en delitos y pecados a la vida eterna, a los ojos de Dios y de todos los cristianos esclarecidos, tiene un valor infinitamente mayor al de todos aquellos grandes milagros juntos, que solamente tienen que ver con la salud y vida del cuerpo de carne corruptible.

Marcos 8:

<sup>34</sup>*Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* <sup>35</sup>*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del **evangelio**, la salvará.* <sup>36</sup>*Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?* <sup>37</sup>*¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?*

<sup>38</sup>*Porque **el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.***

¡Paradójica inversión la del discípulo cristiano! Lo que se empeña en salvar lo termina perdiendo, y lo que da como perdido acaba salvándolo. Esto es lo suficientemente irracional como para que únicamente por fe sea recibida esta palabra. El sentido común de cualquiera resiste tan insólita idea, y ha de ser por revelación espiritual que alguien reciba el estímulo a negarse a sí mismo, tomar la cruz, seguir al Señor, y morir para vivir plena y eternamente.

Marcos 10:

<sup>28</sup>*Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido.* <sup>29</sup>*Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del **evangelio**,* <sup>30</sup>*que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.* <sup>31</sup>*Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.*

Pocos ejemplos probablemente sean tan aleccionadores como los de los misioneros que se alejaron de todo cuanto poseían para servir a Dios en la obra del evangelio. El Señor ha sabido recompensar su fidelidad, dándoles no solamente su propia familia sino también la espiritual, en la hermandad de los hijos de Dios. Algunos, luego, en su vejez, no quisieron volver a su patria para morir en ella, pues en el mismo campo de labor en el

que invirtieron su vida forjaron entrañables lazos de amistad y comunión con los cristianos del país. Todo lo recibido, sin embargo, no les eximió de persecuciones; quizá para no olvidar la visión del apostolado, que no los llamó a gozar y disfrutar del mundo en la forma que suele aspirar la humanidad entera. Nuestro rendido reconocimiento va hacia tantos de ellos que nos hablaron la palabra de Dios, y que tras considerar cual haya sido el resultado de su conducta somos estimulados a imitar su fe.

Lamentablemente los nuevos tiempos han traído jóvenes generaciones de misioneros que han reinterpretado a su gusto este pasaje, a juzgar por sus quejas y reclamos. Ellos mismos se encargan de hacer ver todo lo que han dejado (muchas veces son problemas, más que beneficios), y el legítimo derecho que les asiste de velar por la casa, familia, vehículo y correspondencia que demanda buena parte de su tiempo y atención. En cuanto a las persecuciones, no las suelen tener de los inconversos que los tratan con simpatía, sino que las toman como viniendo de aquellos creyentes molestos e incomprensivos, que cuestionan su modalidad.

Quienes así se adelantan a reclamar derechos y reconocimientos, no deben sorprenderse que cuando ajusten cuentas con su Señor puedan quedar relegados a los últimos lugares.

Marcos 16:

<sup>15</sup>*Y les dijo: Id **por todo el mundo** y predicad el **evangelio a toda criatura**.*

<sup>16</sup>*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.*

“Por todo el mundo” y “a toda criatura” incluye tanto la vastedad del orbe entero como el trabajo pormenorizado con cada uno de sus pobladores. Dios no hace acepción de personas, y tampoco podemos hacerla nosotros. Aunque nos es imposible que particularmente llevemos el evangelio a la humanidad diseminada por todo el planeta, el Cuerpo total de los creyentes, la iglesia, sí puede hacerlo en la medida que cada miembro cumpla su propio ministerio.

Lucas 4:

<sup>42</sup>*Cuando ya era de día, salió y se fue a un lugar desierto; y **la gente le buscaba**, y llegando a donde estaba, **le detenían para que no se fuera de ellos**.* <sup>43</sup>*Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el **evangelio** del reino de Dios; porque para esto he sido enviado.* <sup>44</sup>*Y predicaba en las sinagogas de Galilea.*

Nos llama la atención esta actitud del Señor, pues si cualquier evangelista contemporáneo se hallase en medio de tal éxito ministerial, probablemente extendiese el tiempo de su cruzada. En el pasaje paralelo de Marcos 1:36-38, Pedro y otros van por Él cuando oraba en un lugar desierto, y encontrándole le dicen: -Todos te buscan. El Señor responde:

*“Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido”.* Con mucho, poco o ningún resultado, hay hoy día misioneros que se afincan en determinado lugar y luego insumen tiempo, dinero y esfuerzos para convertir algunos vecinos. Es cierto que si existe un ejercicio espiritual para perseverar con paciencia testificando a una persona o familia, así convendrá hacer, pues sembrando la semilla en buena tierra habrá que regarla y cuidarla. Pero el milagro de la vida que brota de la misma muerte es obra enteramente de Dios, quien también da el crecimiento. Sabemos que debemos predicar a todos los hombres si bien no todos se van a salvar. Nuestra responsabilidad es anunciarles a Cristo por el evangelio, y luego que lo hacemos quedamos libres para predicar a otros que todavía no han oído. Tenemos la total garantía de que habrán resultados con la evangelización, pues todos los que están ordenados para vida eterna oyendo creerán y serán salvos, así aquí ahora como en Antioquía de Pisidia hace 1950 años atrás. Este caso en el ministerio de nuestro Señor nos hace acordar al de los esparcidos en Hch. 8:4, que iban por todas partes anunciando el evangelio, y a la valiente hueste de los evangelistas itinerantes que descubrimos en la tercera epístola de Juan, y a los que Dios usó poderosamente en la Gran Bretaña y Norteamérica durante el siglo 18.

Lucas 7: 22: “... y *a los pobres* es anunciado el *evangelio*”.

El ser humano es propenso a irse de un extremo al otro, como si le costara guardar el equilibrio ante dos aspectos opuestos de una misma verdad. Es así que indudablemente en nuestro país se había caído en el extremo de evangelizar los barrios marginales de las ciudades, con evidente descuido de las zonas residenciales habitada por los ciudadanos de mayores recursos económicos, las que incluían también a la clase profesional e intelectual de nuestra sociedad. La escasez de iglesias en tales zonas, incluso con mayor densidad demográfica, contrasta con las muchas en barrios extensos pero de menor población relativa.

La sana reacción a esto consistió en que algunos misioneros se radicaran en las zonas de playas de Montevideo y la Costa de Oro, desde Punta Carretas al Este. Es así que ahora ya hay algunas iglesias y también se aprovecha a evangelizar a los veraneantes en las playas.

Aunque los pobres, marginados y más carenciados de la sociedad estén muy cerca del corazón del Señor, y en nuestro texto privilegie a los pobres en el anuncio del Evangelio, es un hecho constatado en los evangelios que el Señor Jesús también amó al joven rico, comió con Simón el fariseo, y a Zaqueo (que no era nada pobre) le dijo: *“Hoy ha venido la salvación a esta casa”*. Está bien la preferente atención que hayamos prestado en evangelizar a nuestra gente más sencilla; pero no deberíamos nunca habernos sentido achicados para enfrentarnos a los más cultos y pudientes para llevarles también a ellos las buenas nuevas.

Sin embargo -y aquí está el extremo opuesto-, nos cuesta reconocer



como una auténtica visión de Dios que ahora lleguen misioneros invocando un llamado a testificar a los profesionales universitarios y a las clases más altas de nuestra sociedad. Es comprensible un llamado a compensar nuestra deficiencia en la evangelización con aquellos sectores de la población que no fueron debidamente alcanzados, marcando un interés especial en testificar de Cristo a estas personas; pero esto es admisible únicamente dentro de un marco de actividad donde no queden excluidas las personas de más baja condición social. Además, es sabido que la alta sociedad en cualquier país del mundo constituye una élite selecta y cerrada, a la que no se accede fácilmente, ni siquiera por fama o riquezas, pues está integrada por antiguas familias de rancia alcurnia, emparentadas y relacionadas estrechamente entre sí.

En cuanto a los profesionales universitarios, pueden sí ser impresionados por médicos, abogados, ingenieros, arquitectos y demás facultativos egresados de Oxford, Cambridge, Harvard, La Sorbonne y similares. Pero las muchas graduaciones obtenidas tempranamente por los jóvenes en los E.E.U.U. no alcanzan a impresionar a nuestros universitarios formados con una disciplina más completa y exhaustiva dentro de su especialidad académica.

Aunque el ser extranjero y hablar otro idioma siempre constituye una atracción especial en nuestro país y cualquier parte del mundo, la rareza del porte y el habla no basta para suplir lo que falta, y que son las llaves apropiadas para las respectivas cerraduras. De carecer de tales llaves, entonces lo único que queda son usar precisamente las del reino de los cielos, que por el evangelio abre los corazones y derriba las puertas por donde ha de pasar la iglesia del Señor.

Por otra parte, lo que antecede no pretende desalentar a quienes llegaron con tal intención, como desmereciendo su aptitud para tal empresa, sino mostrar que la necesidad espiritual de pobres y ricos, rústicos e intelectuales, es la misma, y el Cristo del evangelio es todo y cuanto necesitan para su salvación eterna. Ayudando a tal comprensión podemos evitar esfuerzos malogrados y cualquier sensación de fracaso.

Lucas 8:

<sup>1</sup>*Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el **evangelio** del reino de Dios, y **los doce con él***

Lucas 9:

<sup>6</sup>*Y saliendo, pasaban por todas las aldeas, anunciando el **evangelio** y sanando por todas partes..*

Lucas 10:

<sup>1</sup>*Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir.*

Lo interesante a observar en esta secuencia es un desarrollo del discipulado de nuestro Señor con aquellos a quienes también escogió: 1ero. Los doce van con Él; 2do. Los doce ya van solos, sin Él; 3ero.

Ahora ya no son doce sino setenta los discípulos enviados.

Un discipulado auténtico requiere no solamente el ser instruido con la enseñanza de un maestro, sino convivir con él trabajando juntos en la obra del Señor. Que en la actualidad no siempre ni en cualquier parte esto sea factible, no sirve de excusa para omitirlo cuando y donde se pueda también hacer de esta manera, pues el beneficio es múltiple.

Lucas 20:

<sup>1</sup>*Sucedió un día, que enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el **evangelio**, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos, <sup>2</sup>y le hablaron diciendo: Dinos: **¿con qué autoridad** haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad?*

¡Y bien! ¡Llegó el elenco ministerial! Toda la plana mayor del poder religioso se hizo presente. Esta escena se repite hasta nuestros días, pero no sólo en el judaísmo. ¿Recuerdan la dieta imperial reunida en Worms contra Lutero? Pero el protestantismo conservó muchas mañas de Roma y a lo largo de su historia también se enfrentó con arrogancia a toda suerte de no conformistas. ¿No quedó Juan Wesley excluido de las iglesias anglicanas y tuvo que adoptar al mundo por parroquia?

Es probable que incluso nuestro hermano lector haya sido increpado más de una vez: - ¿Con qué autoridad...?

Normalmente ha de leerse entre líneas: - ¿Nos has pedido permiso o nos estás pasando por alto?

Tanto en el templo de Jerusalem entonces, como hoy aquí, hay una tácita confesión de la existencia de una Autoridad que las “autoridades reconocidas” se resisten a reconocer.

Cuando existe una auténtica autoridad delegada de Dios fácilmente admite la que el mismo Dios delegó en otros, sin suspicacia alguna de rivalidad o desleal competencia. Cuando sobreviene algún Diótrefes, en cambio, careciendo de genuina autoridad ha de imponer la suya propia, que apenas es fuerte ante los más débiles, pero que se desmorona en presencia de la legítima autoridad espiritual que proviene de Dios.

Así se cita como axioma que quien se ve en la necesidad de recordar a otros la autoridad que sobre ellos tiene, es porque ya no la tiene.

Lo dicho no fomenta la insubordinación y el desacato, pues es claro por la Escritura que debemos sujetarnos unos a otros en el vínculo espiritual que nos mantiene adheridos a la Cabeza, que es Cristo.

Recordamos –por asociación de ideas- aquella famosa frase de Artigas que todos aprendimos en la escuela pero que luego en la iglesia



parece que la hemos olvidado: “Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana”.

Nuestra máxima autoridad es el mismo Señor Jesús, Cabeza de su iglesia, y en medio de cualquier expresión local de la misma debemos reconocer también al Cuerpo entero de creyentes, del que cada uno somos miembros, en parte. En cuanto a los ancianos puestos por Dios en la asamblea, no revisten un cargo autoritario sino un servicio a los hermanos cuidando de ellos e instruyéndoles en la palabra del Señor. Pero si son elegidos, nombrados y ordenados por los hombres, pues entonces estarán estos fatalmente obligados a someterse a la autoridad que ellos mismos le han conferido.

Hechos 8: 4, 12, 25, 35, 40:

Lo interesante de advertir en este capítulo, es que todas las cinco veces que aparece la palabra “evangelio” va asociada al anuncio del mismo. Son 27 en total las referencias en que aparece juntamente el evangelio y su anuncio. Este mero detalle sirve para darnos cuenta que esencialmente las buenas nuevas constituyen un mensaje noticioso a ser anunciado.

Hechos 10:

<sup>36</sup>*Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el [evangelio](#) de la paz por medio de Jesucristo; **éste es Señor de todos.***

Los mensajes de Pedro pueden estudiarse con mucho beneficio con propósito homilético, pero atendiendo también a los aspectos teológicos, dialécticos y apologéticos.

Lo que aquí sorprende es lo directo que fue Pedro en casa de gentiles, formados según la tradición romana. Decirles a ellos que Jesucristo es el Señor de todos, es de lo más impropio y provocativo que se nos pudiera ocurrir. El César era el Pontificex Maximus, Señor soberano de todo cuanto en su Imperio hubiese, las vidas de sus súbditos, inclusive. El mensaje que los cristianos predicaban era entonces subversivo, pues le había aparecido al César romano un competidor de locura: muerto, resucitado y ascendido a los cielos desde donde volvería por los suyos antes de su juicio final sobre vivos y muertos, emperadores romanos inclusive.

Ningún evangelista deberá predicar ofendiendo a nadie; pero si el puro evangelio que proclama ofendiera a alguno, o si el Cristo que anuncia fuera piedra de escándalo contra la que un oyente tropezara, no por eso habrá que depurar el mensaje quitando o atenuando aquellos elementos peligrosamente provocativos. Si hay buenas nuevas que dar, es porque Dios ama al pecador que quiere salvar; pero si para ello tiene que arrepentirse de sus pecados y creer en un Salvador crucificado y resucitado, ¡pues así son las cosas! ¡Y gloria a Dios porque son así y de

ningún otro modo! ¡No hay otro evangelio!

Hechos 11:

<sup>19</sup>Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, *no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos.* <sup>20</sup>Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, *hablaron también a los griegos*, anunciando el *evangelio* del Señor Jesús. <sup>21</sup>*Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor.* <sup>22</sup>Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. <sup>23</sup>Este, cuando llegó, y *vio la gracia de Dios*, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. <sup>24</sup>Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y *una gran multitud fue agregada al Señor.* <sup>25</sup>Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. <sup>26</sup>Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; *y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.*

Aunque hoy nos parezca raro que aquellos discípulos esparcidos desde Jerusalem solamente hablasen a los judíos, en realidad siempre ha sido así, ya sea por dificultad del idioma o por no atraerse problemas con la gente de otra religión y cultura. En Montevideo hubo que esperar hasta el año 1868 para que se comenzaran las reuniones de predicación en español. La colonia norteamericana y británica celebraba sus cultos únicamente en inglés, no interesándose aún en ganar a los criollos.

También es posible que pensarán que los griegos difícilmente aceptaran un mensaje que les sería totalmente extraño, pues el *evangelio del Señor Jesús* tenía que ver con el Mesías judío, la esperanza de Israel.

Quizá la frase clave de esta porción está en la impresión de Bernabé al llegar a Antioquía: *“vio la gracia de Dios”*. Sería inútil buscar otra explicación porque no la hay.

Como aquel varón, nosotros también necesitamos ser buenos, llenos del Espíritu Santo y de fe. Seguramente que así también nosotros hemos de ver la gracia de Dios.

Hechos 13:

<sup>32</sup>*Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres,* <sup>33</sup>*la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.*

A diferencia de lo anteriormente visto, ahora es Pablo quien dedica su mensaje a los judíos en su propia sinagoga. El comienzo del mismo

trae reminiscencias del inconcluso de Esteban, pues arranca con un resumen de la historia de Israel; pero como si quisiera darle terminación al otro, ahora aprovecha a enfatizar la realidad de la resurrección del Señor Jesús. Efectivamente, poco lograría explayándose sobre la crucifixión (como luego hará entre los gentiles) pues sus oyentes podrían decirse: -¡Bien merecida! ¡Se hizo Dios, presentándose como su Hijo y como el Mesías de Israel!

Pero ante el hecho de la resurrección, con tantos testigos todavía ante el pueblo, y el silencio de las autoridades religiosas que no se atrevían a negarla públicamente, entonces todo encajaba, pues las profecías se cumplían en Él, por lo que se le llama “*el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres*”.

Así también convendrá a nosotros hoy día fundamentar el evangelio de Jesucristo que predicamos, con la irrefutable evidencia de su resurrección y cumplimiento de las antiguas profecías que señalaban a Él.

Hechos 14:

<sup>1</sup>*Aconteció en Iconio que entraron juntos en la sinagoga de los judíos, y **hablaron de tal manera** que creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos.* <sup>2</sup>*Mas los judíos que no creían excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos.* <sup>3</sup>*Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, **hablando con denuedo**, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios.* <sup>4</sup>*Y la gente de la ciudad estaba dividida: unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles.* <sup>5</sup>*Pero cuando los judíos y los gentiles, juntamente con sus gobernantes, se lanzaron a afrentarlos y apedrearlos,* <sup>6</sup>*habiéndolo sabido, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a toda la región circunvecina,* <sup>7</sup>*y allí predicaban el **evangelio**.* <sup>21</sup>*Y después de anunciar el **evangelio** a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía,*

Dos cosas llaman la atención en este pasaje: una, es la forma en que los apóstoles hablarían, que Lucas describe como: “*de tal manera*” y “*con denuedo*”; aunque intentemos imaginarlo y nos hagamos muchas ideas, es seguro que nos quedamos cortos y que la realidad superaría cualquier especulación. Otra, es que los apóstoles nunca aprenden la lección que los incrédulos pretenden darles. Así como Pedro y Juan al comienzo, ahora Pablo y Bernabé, logrando escapar de Iconio, no bien llegan a las ciudades de Listra y Derbe no se les ocurre otra cosa que predicar allí también el evangelio. Lo mismo en todo el capítulo, como en el v.21.

Si a nosotros nos fuera mal en alguna actividad evangelística, trataríamos de cambiar la estrategia o emplear nuevas tácticas. Ellos en cambio parecen obstinados y siempre reincidentes: predicaban el evangelio.

Hechos 15:

<sup>7</sup>*Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles **oyesen** por mi boca la palabra del **evangelio** y **creyesen**.* <sup>8</sup>*Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros;* <sup>9</sup>*y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.* <sup>10</sup>*Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?* <sup>11</sup>*Antes **creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos**, de igual modo que ellos.*

Todo este capítulo es muy substancioso, pero basta a nuestro estudio señalar nuevamente la simplicidad del evangelio, pues en el oír y creer ya se manifiesta la gracia del Señor Jesús para salvación. Lo que parece tan simple y sabido es lo que más frecuentemente acostumbramos descuidar.

<sup>35</sup>*Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, **enseñando** la palabra del Señor y **anunciando** el **evangelio** con otros muchos.*

Dos cosas atraen aquí nuestra atención: una, el ministerio doble de la enseñanza de la palabra del Señor a los creyentes, y el anuncio del evangelio a los inconversos. Otra, que tal cometido no era de exclusiva competencia de los apóstoles Pablo y Bernabé, sino que “otros muchos” de los hermanos allí participaban activamente de tales servicios.

Tenemos aquí una muestra muy elocuente del funcionamiento de una iglesia local. Pablo y Bernabé no salieron precipitadamente de Antioquía porque ya hubiesen allí muchos hermanos activos en la enseñanza y la evangelización, sino que les brindaron su colaboración sin absorber el ministerio anulando a los demás. Recordemos que el gobierno y ministerio unipersonal de la iglesia era desconocido en sus principios, y que apenas tiene su antecedente en Diótrefes (3Juan).

Hechos 16:

<sup>6</sup>*Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, **les fue prohibido por el Espíritu Santo** hablar la palabra en Asia;* <sup>7</sup>*y cuando llegaron a Misis, intentaron ir a Bitinia, pero **el Espíritu no se lo permitió**.* <sup>8</sup>*Y pasando junto a Misis, descendieron a Troas.* <sup>9</sup>*Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos.* <sup>10</sup>*Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el **evangelio**.*

Sabemos el medio que Dios empleó para llamar a sus apóstoles a Macedonia; pero desconocemos cómo es que el Espíritu Santo les prohibió hablar la palabra en Asia, y frustró el intento de seguir hasta Bitinia. De todos modos, es notable como el Señor mismo les abría y

cerraba las puertas. Si a nosotros se nos mete la idea de evangelizar tal lugar, somos capaces de insistir hasta porfiar en ello, y luego excusaremos la falta de resultados diciendo que la gente del lugar es muy dura. El mayor problema no está sin embargo en que perdamos tiempo y esfuerzos donde Él no nos envió, sino que ocupados en ello no estemos donde Él quería enviarnos. La rúbrica de alguna que otra oración para llenar la fórmula no es indicativo de que estemos sujetos a la voluntad de Dios. Ojalá el Señor nos conceda la gracia de sensibilizarnos para percibir la voz de su Santo Espíritu.

Hechos 17:

<sup>16</sup>Mientras Pablo los esperaba en Atenas, *su espíritu se enardecía* viendo la ciudad entregada a la idolatría. <sup>17</sup>Así que *discutía* en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza *cada día* con los que concurrían. <sup>18</sup>Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos *disputaban con él*; y unos decían: *¿Qué querrá decir este palabrero?* Y otros: *Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio* de Jesús, y de la resurrección. <sup>19</sup>Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: *¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas?* <sup>20</sup>Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto.

Si actualmente no se enardece nuestro espíritu viendo la ciudad entregada no solamente a toda forma de modernas idolatrías, sino al pecado y la corrupción, no es por falta de tales cosas en la ciudad, sino de sensibilidad espiritual dentro de nosotros mismos. ¿Podemos acaso contextualizar este pasaje a nuestro tiempo y lugar? Conviene intentarlo.

La sinagoga de los judíos constituía para Pablo un verdadero oasis. Al menos allí no había idolatría y disfrutaba de la relación con personas piadosas. Sin embargo, el evangelio que predicaba, presentando a Jesucristo como al Mesías prometido, el Hijo de Dios, Salvador de todos los que creen, judíos y gentiles por igual, suscitaba furibundas discusiones.

No sería justo ni apropiado buscar ahora en alguna iglesia evangélica la versión actualizada de una vieja sinagoga ateniense; pero sin siquiera buscarla, hasta en la vuelta de la esquina quizá tropecemos con ella.

También ha de representar un oasis para quien huyendo de la corrupción que está en el mundo, halla un lugar distinto, lejos del mundanal ruido, donde las oraciones, cánticos y lectura de las Escrituras consiguen reconfortar al espíritu abrumado. Pero tras la bienvenida y el gozo de la primera impresión, cualquier intento de compartir la realidad de la vida en Cristo despierta celos y molestias. Si no se suscitan “furibundas discusiones”, es porque no existen rabinos evangélicos que se tomen a pecho las Escrituras, como aquellos de Berea que cada día escudriñaban las Escrituras para confirmar con ellas lo que Pablo y Silas decían. Inexpertos en las Escrituras e inseguros en su teología, rehuyen

la discusión, y ateniéndose al conocido proverbio de Salomón, callando pasan por sabios.

Quienes desde muy jóvenes hemos predicado en las plazas, sabemos por experiencia que tampoco nuestro mensaje provoca a los paseanderos, porque los montevideanos ya no se interesan en decir o en oír algo nuevo. Hace más de un siglo, nuestro primer predicador en español, el Dr. Juan Francisco Thomson, fue uno de los fundadores del Ateneo de Montevideo, donde sostuviera reñidas polémicas con representantes del clero oficial. Pero hoy en día la incredulidad está unida a la credulidad y al escepticismo, “y cordón de tres dobleces no se rompe pronto”.

La única duda que todavía queda, es: ¿qué pasaría si pudiéramos desentrañar de las Escrituras y de la historia [el evangelio de Jesús](#)? Me temo que difiere bastante de la tibia leche aguada y almibarada que se distribuye en no pocas congregaciones evangélicas.

Hechos 20:

<sup>24</sup>*Pero de ninguna **cosa** hago caso, ni estimo preciosa mi **vida** para mí mismo, con tal que acabe mi **carrera** con gozo, y el **ministerio** que recibí del Señor Jesús, para dar **testimonio** del **evangelio** de la gracia de Dios.*

¿Cuál podría ser el gozo de un candidato a ser decapitado? Pues no otro que el de su Maestro, el cual “*por el gozo que le fue propuesto sufrió la cruz*” (He.12:2). Pablo no se preocupaba de las cosas ni de la misma vida, sino que hasta la propia muerte podía depararle gozo, si es que lograba terminar su carrera cumpliendo el encargo recibido del Señor en su testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Esta nota heroica aparece en todos los mártires de la fe. No hay posesiones ni bienestar que les estorbe; el propósito de la vida no está en hacerla larga, segura y placentera, sino que alcance plenamente su objetivo: darse a Dios en servicio de la salvación de muchos testificando del evangelio.

Romanos 1:

<sup>1</sup>*Pablo, **siervo de** Jesucristo, **llamado a** ser **apóstol**, **apartado para** el **evangelio** de Dios,*

Con cuatro distintos aspectos se presenta aquí Pablo: siervo, llamado, apóstol y apartado. Las tres preposiciones denotan: (de) pertenencia; (a) dirección, propósito; (para) el fin al que se encamina la acción anterior.

De tan sucinta manera tenemos un preciso test vocacional utilísimo a la hora de confirmar la salida a la obra del Señor.

<sup>8</sup>*Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que **vuestra fe se divulga por todo el mundo**.* <sup>9</sup>*Porque testigo me es Dios, **a quien sirvo en mi espíritu** en el **evangelio** de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones,*



Interesa notar aquí, que esa fe de los destinatarios de la epístola se muestra con un efecto similar a la propagación del evangelio por todo el mundo. Efectivamente, si en principio y esencia el evangelio es una buena noticia que se anuncia, es seguido, mostrado y adornado por las vidas cambiadas de aquellos que lo creyeron. Así, al atractivo del mensaje, se agrega la acreditación del mismo por lo distinto que lucen cuantos lo han recibido. Por supuesto que para los que lo rechazan, tanto la palabra que se predica como la modalidad de las vidas transformadas, son necedad o locura; pero para quienes habrán de creerlo, no hay mejor propaganda que su efecto entre los convertidos.

También reparamos en la confesión de Pablo: *“a quien sirvo en mi espíritu”*, pues fácilmente tanto los romanos cuando lo conocieran, como nosotros que le leemos, podemos admirarnos de su brillante inteligencia, capacidad oratoria y demás dotes y talentos de su persona, sin percibir que el secreto de su ministerio residía en la más íntima profundidad de su ser: en su propio espíritu, en el que sirve a Dios en el evangelio de su Hijo, de tal modo que hasta lo puede poner por testigo de sus oraciones.

<sup>14</sup>*A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor.* <sup>15</sup>*Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.*

La universalidad del evangelio que abarca todo el mundo y tiene por destinatario a cada una de sus criaturas, no podría hacer acepción de personas ateniéndose a factores étnicos, sociales o intelectuales.

El apostolado de Pablo no era selectivo, pues fue llamado a ser testigo de Jesucristo a todos los hombres, desde los más humildes hasta los mismos reyes.

La última frase puede llamarnos la atención, pues hemos de suponer que la fe que acaba de elogiar era resultado del mismo evangelio que promete ahora ir a predicarles. A lo menos creo que podemos entender con esto dos cosas: una, que el Señor le usaría anunciando el evangelio a sus familiares, amigos y demás conocidos. Otra, que si bien el evangelio es sencillo en cuanto a la gran noticia que da, es riquísimo en todo cuanto implica esta gracia de Dios que trae el conocimiento de Jesucristo.

Probablemente es mucho lo que pierden de exponer los predicadores y de aprender sus oyentes, cuando dan por sabido el evangelio al dejar claro el ABC del mismo, o las 4 Leyes Espirituales. Sin duda que el evangelio es mucho más que eso, y nos sorprenderíamos al hablar con creyentes y pastores, de la ignorancia que persiste incluso en los rudimentos de la doctrina de Cristo.

<sup>16</sup>*Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego*

Y bien, ¿qué diremos a esto? Predicadores y predicados cantaremos juntos a coro: - ¡No me avergüenzo!

Todavía es posible que muchos seamos sinceros en nuestra confesión, porque así pensamos y no nos gusta siquiera la sospecha de que no fuese así. ¿Por qué habríamos de avergonzarnos del evangelio? Pues, que algo no nos guste, es una cosa; pero que no nos hallemos incursos en aquello mismo que deploramos, es otra cosa. El que más o el que menos se ha forjado la imagen de lo que es un cristiano ideal, parte por sus lecturas, parte por lo que ha escuchado o visto en otros. Pero esa imagen fija en el subconsciente, puede distar mucho de lo que se es en realidad. Así que cuando somos sobresaltados por alguna cuestión como la que se presenta, ya tenemos la respuesta a flor de labios, pues ella responde a esa idea fija, sin preocuparnos por si se ajusta a nuestra propia experiencia o no; porque si asentimos a ella, ¿cómo entonces no formaría parte de nuestra forma de pensar, creer y ser? Es que nuestro asentimiento mental a todo lo que sea tenido por verdadero, no implica necesariamente convicción, y por consiguiente, nuestro ser interior tampoco responde a aquello de lo que no está íntimamente convencido. Este problema afecta en realidad a toda la vida cristiana, ya que no se disciernen diferencias que -aunque parezcan suaves matices-, marcan sin embargo agudas distinciones y contrastes: así no es lo mismo fe que credulidad, ni convicciones a opiniones.

Admito sí que no fácilmente descubrimos cuán avergonzados estamos del evangelio. La sutil y encubierta apostasía contemporánea se ha disfrazado convenientemente, vistiendo el mismo ropaje por el ancho mundo, como si de un uniforme se tratase. Solamente queda expuesto quien no lo vista, prefigurando a los que próximamente han de ser marcados con el nombre o número de la bestia, y los que se resistan a ello.

El fenómeno de la globalización incluso está afectando grandemente al cristianismo evangélico, de modo que pocos se atreven a pensar con su propia cabeza, y les cuesta reprimir su propio ¡amén! cuando la congregación satisface la expectativa del predicador a una entusiasta aprobación a lo que diga.

El cristiano contemporáneo pone un ojo en la palabra de Dios –pues no quiere desobedecerla-, y otro en lo que la masa que integra dice y hace. Cuando hay discrepancia, esta última influencia pesa más que la otra, ya que su fidelidad a la Escritura implicaría ponerse en contra a toda aquella masa de gente de reconocido prestigio. La arraigada democracia sirve al convencimiento general de que las mayorías difícilmente se equivocan.

Ahora ya podemos volver al asunto del avergonzarse del evangelio, pues estamos prevenidos de que una vergüenza de los demás no debería arrastrarnos en lo individual, caso que vayamos contra la corriente.

Pues bien, ¿de qué manera conocemos la vergüenza actual por el evangelio?

### **1 - Cuando el testimonio personal es substituido por el colectivo.**

No que no deba haber testimonio colectivo del evangelio, sino cuando el individual se diluye en el general.

De acuerdo a lo que ya llevamos visto, el evangelio puede anunciarse personalmente:

un cristiano a otra persona (Felipe al etíope); a un grupo (Pedro a los reunidos en casa de Cornelio); a una multitud (el mismo Pedro a muchos miles en el pórtico de Salomón o Pablo a los atenienses en el Areópago).

También pueden predicar:

de a dos como el Señor envió a sus discípulos, o Pablo con Bernabé o con Silas; y con un grupo mayor de hermanos colaboradores, de los que tenemos varios ejemplos. En Hechos 4:31 son todos los reunidos que hablan con denuedo la palabra de Dios, y Pablo considera el testimonio unánime de toda la iglesia congregada en el caso propuesto en 1Co.14:24.

En realidad, cuanto mayor sea el número de quienes en determinado momento y lugar se junten para dar un testimonio público del evangelio, tanto mayor podrá ser el impacto ciudadano: piénsese en las Marchas por Jesús, o las concentraciones multitudinarias en el Obelisco de Buenos Aires.

Es muy animador cuando miles, decenas de miles y hasta centenares de miles de cristianos testifican juntos del Señor y el poder de su evangelio. Todo eso no está mal sino muy bien. El problema está cuando no se incentiva a los hermanos a testificar personalmente del Señor siempre que cuadre, sino que se les toma en cuenta únicamente para que arrimen personas a la iglesia o para trabajar en las cruzadas evangelísticas. Por más útiles que puedan ser los creyentes colaborando con los evangelistas, nada iguala al ir *“por todas partes anunciando el evangelio”* Hch.8:4

Aunque el testimonio público y multitudinario cause el mayor impacto urbano, llamando la atención de las autoridades y los medios de comunicación, marcando presencia y obteniendo prestigio; así y con todo el más efectivo sigue siendo ahora como antes el testimonio personal en nuestro hogar, vecindario, lugar de estudio o trabajo, o cualquier sitio en que estemos y el Señor nos acerca a una persona a quien darle la buena noticia.

### **2 – Cuando la predicación del evangelio se disfraza de “show”.**

No que la presentación del evangelio no deba apelar a recursos varios, nuevos y legítimos, que cumplan con su cometido de facilitar la más efectiva comunicación de la buena noticia, sino

cuando se invierten los papeles, y el evangelio, la palabra de Dios y el nombre de nuestro bendito Señor pasan a ser apenas lo que le presta su peculiaridad espiritual a la manifestación artística.

No es difícil percatarse de esta inversión de valores, de modo que el elemento cristiano apenas sirve para darle un sabor distinto a la práctica oratoria, ejecución instrumental, interpretación vocal, y generalizado jolgorio de la concurrencia.

El evangelio jamás fue—ni en la Biblia ni en la historia de la iglesia—, una celebración bulliciosa a Dios, sino un solemne encuentro del pecador perdido con el Dios justo y santo, a través del arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo.

En todo caso, no es aquí en la tierra sino en el cielo que hay una celebración angélica toda vez que un pecador se arrepiente (Lc.15:10).

Actualmente subvertimos el orden, y hacemos danzar “ante el Señor” a los mismos pecadores que seguidamente lo harán ante el “becerro de oro” en cualquier discoteca, luego en las llamas del infierno y finalmente en el lago que arde con fuego y azufre.

Íntimamente nos avergonzamos del evangelio tal como es y como siempre fue, pues ya estamos prestando oídos y admitimos que algo de razón le asiste a la gente que nos ve como raros y aburridos, cuando no como necios, tontos o locos. Así que nos afanamos por mostrarles que somos tan humanos como ellos, y que nos divertimos mucho pero sin correr riesgos, y que incluso somos capaces de exhibir grandes talentos artísticos.

Desdichado e inútil esfuerzo digno de mejor causa, pues invitando a reír y festejar con júbilo, se han olvidado del gozo de la salvación y ya no recuerdan siquiera que cosa sea el gozo del Señor.

Pocas frases estarán más de moda que la que de continuo se cita: “Dios habita entre las alabanzas de su pueblo” (adaptada del Salmo 22:3), pero fuera de su contexto, y sin recordar el Salmo 51:16:17: *“Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”*; ni las palabras de Samuel a Saúl: *“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios”* (1Sa. 15:22).

### **3 - Cuando el anuncio de la noticia es pospuesto hasta que el mensajero consiga captarse la confianza del receptor.**

Indudablemente que ejemplos sobran en la Escritura para reparar en esa gracia especial que aproxima al evangelista a sus oyentes. Siendo el evangelio una buena noticia, indudablemente que no

requiere irrumpir de forma abrupta a los gritos de ¡sálvese quien pueda! Seguramente que el ejemplo que de inmediato viene a la mente es el de Pablo en el Areópago, aprovechándose bien de su observación de que los atenienses tenían un altar dedicado: AL DIOS NO CONOCIDO. Así construye su sermón sobre algo que captaba de inmediato la atención de sus oyentes. Pero no pasó mucho tiempo sin anunciarles que ese Dios único y creador de todas las cosas les mandaba arrepentirse y creer en aquel al que había resucitado de los muertos.

Hemos conocido testimonios totalmente inoportunos y chocantes, que solamente lograron ahuyentar e indisponer contra el evangelio a las personas que se procuraba ganar.

Es cierto que al encarar a la persona frente a la realidad de la eternidad, nuestro mensaje ha de ser directo y preciso, pero eso no priva de cierta sagacidad espiritual para entregar el mensaje en el momento oportuno y con palabras llenas de gracia.

Es posible que algunos jóvenes no conozcan las anécdotas que escuchamos en nuestros años mozos; aquí van un par de ellas:

Un creyente se decidió por fin a testificarle a una señorita que viajaba en el asiento a su lado. Así que de repente se volvió hacia ella, metiendo su mano en el bolsillo para sacar su Nuevo Testamento, sin darse cuenta que justo el tren estaba por entrar a un túnel, y le soltó con reverente voz su estudiada frase:

-Señorita, ¿está Vd. lista para pasar a la eternidad?

Siendo esto dicho en medio de la más absoluta oscuridad, la aterrada joven gritaba demandando auxilio ante lo que creyó un atentado criminal.

Un peluquero creyente se hallaba pronto para afeitar a su cliente, y cuando le terminó de pasar la brocha dejando su cara blanca de espuma, consideró que era llegada la ocasión propicia. Así que se le recostó suavemente por detrás, apoyando delicadamente el filo de la navaja contra su cuello, y le musitó al oído con cavernosa voz: -Amigo, ¿está Vd. pronto para morir?

Se dice que el hombre saltó de un brinco del sillón huyendo despavorido por la calle, todavía con la toalla al cuello, tan blanca como la espuma de su cara.

Sirva pues lo que antecede, para disuadir al lector de cualquier recelo que tuviera en cuanto a que consideramos este asunto desde un solo ángulo, y sin atenernos al debido equilibrio que debe mantener un criterio justo y sensato.

Por otro lado, me temo que se haya estirado como chicle la expresión de Pablo: *“a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos”* (1Co.9:22b). De una cosa podemos estar seguros: Pablo no se hizo lo que no era. Era libre y también siervo; judío y ciudadano romano; fariseo legalista y a

la vez emancipado de la vieja ley; experto en las Escrituras pero también en la literatura clásica. Tan rica personalidad le permitía abrirse con naturalidad a toda clase de gente, usando como canales de comunicación todo lo que le permitía establecer puentes que superaran las barreras étnicas, lingüísticas, religiosas, filosóficas, etc. Pero él no buscaría hacerse atleta, corriendo y luchando en el estadio para buscar una oportunidad de testificar a los deportistas, porque era otra la carrera, lucha y meta que tenía por delante. Es natural que quienes ya son navegantes, hombres de negocio, universitarios o atletas, y se convierten, quieran organizarse en un testimonio fuerte y unido para alcanzar a sus colegas o compañeros de oficio o profesión.

Pero sería anti-natural que un cristiano que es llamado por el Señor a servirle en su obra, pase a practicar un deporte, o se involucre en un negocio, o se aliste en las Fuerzas Armadas, o se enrede en cualquier otra cosa que no es lo suyo, por más que le inspire la loable intención de hacerse como uno de aquellos a quienes quiere evangelizar. El tremendo antecedente histórico que recordamos es el de algunos cristianos moravos que llegaron a venderse como esclavos, con el deliberado propósito de ser conducidos a galeras, de modo de poder hablarles del amor de Cristo a aquellos miserables seres, los galeotes, que vivían encadenados a sus bancos de remeros, bajo el látigo que marcaba el ritmo de navegación. Pero difícilmente queden ya misioneros con similar visión y llamado. Aventura, romance, viajes, son hoy mejores atractivos.

Existe una nueva modalidad en la evangelización a la que se le suele llamar: **Evangelismo por Amistad**. La idea es la de llegar a las personas a las que se pretende evangelizar, no acometiéndolas de primera con un llamado al arrepentimiento y la fe, ni siquiera manifestando ninguna intención proselitista, ni necesariamente abordando temas religiosos, sino buscando ganar su confianza entablando una sincera amistad. Luego, con el tiempo y el trato, es de esperar que en ellas mismas se despierte la curiosidad de saber por qué somos diferentes, y no hablamos ni hacemos como todo el mundo hace. Entonces habrá llegado la ocasión ideal para dar razón de la esperanza que hay en nosotros, según el decir del apóstol Pedro. Siendo que no asumimos ninguna iniciativa agresiva, sino que solamente nos aprestamos a responder amablemente a la inquietud planteada, no se corre el riesgo de ofender a nadie, y nuestras palabras como que caerán en tierra ya preparada.

Bíblicamente, lo que más se acerca a este método es el consejo del apóstol Pedro a mantener una buena manera de vivir entre los inconversos, quienes no dejarán de considerar nuestras buenas obras, así como las mujeres cristianas podrán ganar por su conducta a sus esposos (1Pe.2:12; 3:1,2).



Otro antecedente de mis años mozos que mucho me marcó, fue el libro de un tal Dempster: Hallando Hombres para Cristo. Recuerdo que él salía a caminar por los muelles y barrios pobres de Londres, procurando ayudar en lo que pudiera a las personas que el Señor ponía en su camino. Así, socorriendo y confortando a los necesitados, se abrían las puertas de los corazones a la Palabra de Dios. Otros libros afines de aquella época (ambos de la Editorial Moody) fueron: El Pescador Simpático (de María Terry) y Pescadores de Hombres (de Raúl Echeverría Magariño).

Aprendí entonces que los hombres no eran únicamente almas eternas que salvar, sino vidas que rehacer y personas a quienes amar, consolar y ayudar en sus especiales circunstancias. Dios me usó desde aquel comienzo, y aunque muchas veces no vi resultados inmediatos, al cabo de los años me fui encontrando con algunos de ellos que recordaron el bien recibido entonces.

Como se ve, pues, considero muy pertinente el tacto y discreción que conviene usar, pues tampoco el evangelio es un pesado camión con el que podamos atropellar a cuantos se nos crucen por el camino.

Pero hecha esta salvedad, y reconociendo los aspectos positivos de esta nueva modalidad, hemos de discernir si le cuadran los antecedentes bíblicos, y los testimonios que nos han dejado los ganadores de almas.

En cuanto a los ejemplos bíblicos, hemos de notar que las recomendaciones hechas a los ciudadanos, patrones, empleados, padres, hijos y cónyuges creyentes, corresponden al testimonio de una vida cristiana normal: hogareña, laboral y civil. Así que en esencia este método nada tiene de especial, pues es la forma silenciosa pero eficaz ganando sin palabras a los que ven nuestra conducta digna y respetuosa.

En cuanto a las anécdotas biográficas que nos ha legado la literatura cristiana, más nuestra propia experiencia y la oída de otros, nunca fue un método exclusivo al que alguno hubiera consagrado su vida, sino apenas una parte de su ministerio.

Recordamos el caso de uno de los famosos predicadores (pudo ser Spurgeon o Moody), que una noche que ya se aprestaba a acostarse, se acordó que ese día no le había hablado del Señor a persona alguna. Incapaz de irse a la cama con tal carga de conciencia, salió fuera de su casa para constatar que llovía. Pero divisando un hombre que ya había pasado frente a su puerta bajo un gran paraguas, le alcanzó y pidió si le permitiría protegerse mientras seguían el mismo camino. Para abreviar la historia sólo diré que el lector imaginó el final, y

que el caballero del paraguas grande fue guiado a ponerse bajo la eterna protección del Omnipotente creyendo en Jesucristo. Si el predicador se hubiera mantenido al resguardo de su alero, y le hubiera gritado a sus espaldas: -¡Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo; o permanece incrédulo, muere en tus pecados y vete al infierno!, podría acostarse satisfecho de haber cumplido con su deber, pero aquel hombre se hubiera ido pensando si este estaría loco, borracho o sería un maníaco religioso, y no hubiera esa noche gozado de su salvación.

Lo que sí tiene de especial este método de Evangelismo por Amistad, es precisamente la especialidad del mismo. O sea, que se le adopte como una técnica de evangelización por parte de aquellos que son llamados por Dios a la obra misionera. Cuando Pablo le dice a Timoteo: *“haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”* (2Ti.4:5), por supuesto que no le impide mantener una disposición amistosa con la gente que trata, usando de paciencia y perseverando en oración para ganarles para Cristo. Pero lo insólito sería si Timoteo se pusiera a relacionarse con todos los enfermos del estómago, para por afinidad con ellos, tratarles, amistarse, ganarles su confianza, y al cabo del tiempo animarse a hablarles de Cristo. Si hubiera seguido Timoteo esta modalidad de Evangelismo por Amistad, al tiempo que seguía las instrucciones medicinales de Pablo, lo más probable es que hubiesen terminado todos bajo una mesa borrachos de vino (1Ti. 5:23).

Todos los discípulos del Señor somos llamados a ir por todas partes predicando el evangelio, tal como nos manda en su gran comisión, y como hicieron todos los que fueron esparcidos desde Jerusalem tras el martirio de Esteban. Según los dones y talentos conferidos, podemos testificar del Señor de múltiples maneras. El que repartamos folletos casa por casa, prediquemos en plazas y esquinas, en púlpitos, radio, televisión e Internet, no nos priva de esa prédica constante y silenciosa a todos cuantos observan nuestra conducta. Pero lo que es inconcebible es la pretensión de tomar esto último como la modalidad del ministerio de alguien que haya sido llamado por Dios a dedicarse enteramente a su obra.

Si examinamos francamente el punto, quizá descubramos que lo que realmente ocurre, es que no queremos exponernos a la vergüenza de ser rechazados como personas, al rechazarse el mensaje que entregamos. Es obvio que todos quisiéramos que cada persona a la que hablamos reciba nuestra palabra, se rinda al Señor, y luego se levante de sus rodillas ya perdonada y salvada, y nos estreche en un abrazo agradecido por haberle guiado a Cristo. Pero sabemos que apenas excepcionalmente esto ocurre, y que para un evangelista la conversión de un pecador frecuentemente es un parto difícil.

Resulta ser bastante decepcionante y frustrante cuando tras hablarle de su necesidad de la salvación a alguien, no solamente es rechazado cuanto decimos, sino que la otra persona reacciona contra nosotros con indisimulado fastidio. Nos sentimos humillados, avergonzados y hasta ofendidos, así que tragamos saliva y hacemos un esfuerzo por no replicar ásperamente, para no echar todo a perder.

Este nuevo método de Evangelismo por Amistad, pretende eliminar tal riesgo, lo que resultaría muy ventajoso para el evangelista. Pero podría ser muy desventajoso para la persona que podría morir sin que le hubiésemos hablado claramente.

Aunque es muy grato que seamos personas bien aceptadas por todo el mundo, sabemos que jamás lo conseguiremos a menos que nos hagamos del mundo, volviendo al viejo sistema del que habíamos salido. Pero entonces, ya dejaríamos de ser evangelistas, volviéndonos apóstatas desesperadamente urgidos de la restauración al camino del Señor.

Además, sabemos que no es de todos la fe, ni todos han de creer a nuestro mensaje, tanto que lo hagamos de una forma u otra. No hay mejores posibilidades de conversión para una persona si le dedicamos mayor tiempo y atención, pues sabemos que es una obra enteramente de Dios, por su gracia y con el poder de su Santo Espíritu. Por supuesto que si somos sensibles en nuestro propio espíritu, podremos reconocer la guía del Señor para que perseveremos en oración y testimonio por algún pecador. Nuestra fidelidad en todo es importante si queremos cosechar frutos; pero en definitiva es el mismo Padre que trae los pecadores al Hijo para que sean salvos creyendo en Él.

Existe un último aspecto que es también muy importante, y que me temo pocos piensen en él, por desconocimiento de la idiosincrasia de los uruguayos. Es posible que en otras culturas pueda dar buenos resultados el método de entablar amistad, ganar la confianza y recién entonces predicarles el evangelio, pero como desconozco las reacciones que puedan suscitarse a nivel universal, únicamente puedo hablar de mi propia gente a la que sí conozco.

Arriesgaría decir que entre nosotros, apenas excepcionalmente tal modalidad ha de lograr el resultado deseado.

La mayoría de los uruguayos que fueran contactados a través de un Evangelismo por Amistad, reaccionaría en forma muy negativa. Probablemente le reproche airadamente al ahora descubierto evangelista, que nunca quiso entablar una amistad genuina pues le animaba una encubierta intención proselitista; que siente que su confianza ha sido traicionada, pues ahora se

da cuenta que nunca fue apreciado por lo que realmente era, sino por lo que pudiera llegar a ser, caso de volverse evangélico. Que si bien se daba cuenta de que eran cristianos muy religiosos, jamás imaginó que hubieran establecido la relación con el propósito fijo de hacerlo uno más de ellos, por lo que esa amarga sensación de deslealtad daría por concluida esa amistad trabajada por tanto tiempo y con tanto esfuerzo.

Incluso, esta técnica podría comenzar bien con gente pobre e ignorante, incapaz de percatarse de entrada de que hay una segunda intención escondida.

Pero con familias pudientes y mayor nivel cultural, es posible que aunque accedan de buena gana a mantener cierta relación, por educación y sociabilidad, nunca vendrán a una amistad franca y verdadera, pues desde el momento que se informan del propósito que los trajo al país, y la actividad que desarrollan, ya intuyen que se les mira como peces que quieren meter en su pecera, llámese Iglesia, Denominación, Misión, Ministerio o lo que sea. Así, el trato puede llegar a ser aceptable, pero siempre distante y receloso. Ya saben que en cualquier momento pueden ser invitados a tener una oración o leer algo de la Biblia, y si no existe en esa familia ninguna inquietud espiritual, les incomodará la sola sospecha de que se les quiera captar para su religión.

Conociendo por experiencia las intenciones de Mormones y “Testigos de Jehová”, todavía son capaces de atribuir a estas sectas algún crédito, pues al menos fueron directos y no se presentaron encubiertamente.

Finalmente, el consenso de los cristianos evangélicos criollos con respecto a quienes vengán de misioneros al Uruguay invocando tal llamado y tal visión, necesariamente ha de ser:

- No es posible que los hermanos, familias, iglesias, denominaciones y misiones norteamericanas, inviertan miles de dólares anuales nada más que para pagarles a estos misioneros por simplemente vivir su vida cristiana normal.

Efectivamente, es de esperar que los cristianos criollos ya estén viviendo como Dios manda su vida individual, hogareña, vecinal, laboral y cívica, de modo que naturalmente hagan buenas relaciones y ganen la confianza de los inconversos que serán atraídos a la fe por su conducta y buenas obras.

Si en este aspecto estuviéramos todos fracasando, aún así nos parece que se hace excesivamente costoso el sostener desde los EEUU familias misioneras que vengán aquí simplemente a vivir como nosotros no vivimos y deberíamos vivir, y así al cabo del tiempo y tras muchos esfuerzos, perseverancia, y fuertes inversiones en sueldos, equipos, vehículos y propiedades,

comenzar a decirle a sus relaciones que deben arrepentirse y creer al evangelio.

No sólo a los inconversos, sino aun a los mismos creyentes nos parecería como que más que evangelizar, lo que procuran es difundir una cultura sajona con nostalgias puritanas. Si tal misión no nos resulta clara a nosotros mismos, ¿cómo podrá convencer a los demás?

Resumiendo, dijimos entonces que nos avergonzamos del evangelio, toda vez que:

- 1 - escabullimos el bulto (la responsabilidad de nuestro testimonio personal), delegando las personas a los profesionales o testificando únicamente desde la acción colectiva.
- 2 – pretendemos pasar el evangelio bajo un envoltorio artístico, deportivo, etc., que encubra los aspectos vergonzosos u ofensivos de la cruz de Cristo.
- 3 - diferimos entregar el mensaje hasta tanto nos hagamos aceptables a sus destinatarios.

Si los frutos que se están hoy cosechando, y que por algún tiempo llenan las iglesias, no terminan por convencernos, no es a ellos a quienes deberíamos culpar, tachándolos de inconstantes e interesados, sino que deberíamos examinarnos nosotros mismos para ver si estamos vivos o muertos, despiertos o dormidos, ungidos o acobardados, y qué clase de semilla estamos usando. Si en las personas no vemos almas y vidas, sino solamente números que sumar en nuestros cálculos, entonces tampoco debería decepcionarnos cuando son restados de nuestra cuenta.

<sup>17</sup>*Porque en el **evangelio** la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.*

Lo que antecede ocurre “en el evangelio”. Felizmente, no es algo en lo que nosotros tengamos nada que ver. Somos sí anunciadores del mensaje; y de ser comunicadores fieles, confianza tenemos en Dios que Él usará su Palabra para el fin que la envió. Como sucede con tantas otras citas de la Sagrada Escritura, lo aquí implicado excede cuanto pudiera imaginarse que se pudiera extraer de la brevedad de este versículo. Tal inmensidad abruma, al grado de preferir callar antes que decir o agregar algo.

Romanos 2:

<sup>16</sup>*en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a **mi evangelio**.*

Es notable esta expresión de Pablo: “*mi evangelio*”. De tal modo estaba consubstanciado con el evangelio, que lo que en nosotros sólo parecería un arranque de audaz arrogancia, en su boca como que parece propio y natural. En decenas de citas que tenemos por delante, ya

tendremos ocasión de confirmar cuánto significaba el evangelio para Pablo. Si apenas una porción de ello nos fuese dada, ¡en qué clase de evangelistas nos convertiríamos!

Romanos 10:

<sup>16</sup>*Mas **no todos obedecieron al evangelio**; pues Isaías dice: Señor, **¿quién ha creído a nuestro anuncio?***

Seguramente hemos de tomar el contexto de todo el capítulo, así como las varias referencias a Isaías, pues las buenas nuevas que no todos los que las oyeron las creyeron son precisamente las de Is.52:7. Así como no todos creían en el Mesías prometido desde antiguo y anunciado por los profetas, así también en este día de la gracia no todos los oyentes obedecen al evangelio de Jesucristo; y lo que es todavía peor, muchos que creen que sí, sin embargo, no. Necesitamos explicarnos.

El evangelio no es algo para ser meramente sabido, sino creído y obedecido. Si bien es cierto que nada necesita agregarse al solo creer, este creer se hace evidente en la tácita obediencia al mensaje que se ha creído. El poder del evangelio se manifiesta a través del cambio operado en el receptor del mensaje, consecuencia a su vez de haber creído en lo que le fue transmitido. Caso contrario, se da lo que dice Hebreos 4:2: *“Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, **por no ir acompañada de fe en los que la oyeron**”.*

Ahora bien, ¿cómo podremos examinarnos a nosotros mismos para ver si estamos en la fe? Siendo que el creer es un acto del espíritu, que no puede ser detectado por ninguno de nuestros cinco sentidos, lo podemos sin embargo comprobar por sus efectos en nosotros mismos. No es asunto de mero conocimiento, ni siquiera con asentimiento de la voluntad, como si prestáramos nuestra conformidad al tenor del mensaje; sino si esa noticia nos ha realmente trastocado, dado vuelta. Otro texto que viene en nuestro auxilio es el de 1Tes. 2:13: *“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, **la cual actúa en vosotros los creyentes**”.*

Aunque el evangelio es esencialmente sencillo y claro, de modo que niños e ignorantes pueden creerlo y salvarse, su contenido excede largamente la escueta fórmula evangelística: “Acepta a Jesucristo como tu Salvador personal”. Muchos que han subscrito la fórmula jamás se han convertido y hoy están en el infierno. Otros que simplemente respondieron a la fórmula mirando a Jesucristo como su propio Salvador, ya gozan de la bienaventuranza eterna o están todavía aquí como nuestros compañeros en el Cuerpo de Cristo que es su iglesia.

Por más tiempo que haya transcurrido desde que experimentamos el poder transformador del evangelio, aquella no fue simplemente una



experiencia para el recuerdo, o para que tengamos algo que decir cuando se nos pide nuestro testimonio personal, sino que es de esperar que fuese apenas el comienzo de un cambio que sigue operándose en nosotros hasta que el Señor nos lleve. El poder del evangelio continúa activo en los que hace décadas hemos creído, y siempre hay aspectos nuevos que nos sorprenden, pues no los conocíamos anteriormente.

El punto a notar es que la fe necesaria a los que han de obedecer al evangelio, *“es por el oír, y el oír por la palabra de Dios”* (v.17). Dios quiso que fuese así, y ni modo que nosotros podamos mejorar su método. *“Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”* (1Co.1:21b), y si Él ha dispuesto que la boca humana transmita un mensaje que lleva la palabra viva de Dios, que ha de ser impartida por el poder del Espíritu Santo tanto en el que la proclama como en el oyente, es inútil que simplifiquemos o mejoremos el libre accionar de la gracia de Dios en los que han de ser salvos.

Al leer este capítulo 10 de Romanos no podemos evitar que varias preguntas se levanten en nuestro espíritu inquietando la conciencia:

- Los predicadores, ¿son todos enviados de Dios? o ¿quién los envió?
  - La buena nueva, ¿es palabra que procede de Dios o del hombre?
  - El predicado, ¿es el Señor Jesucristo o alguno de los falsos Cristos?
  - Los oyentes, ¿por qué son tan pocos los que creen a tanto anuncio?
- Romanos 11:

<sup>28</sup>*Así que en cuanto al **evangelio**, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la **elección**, son amados por causa de los padres.*

Es este uno de los grandes misterios del evangelio, la restauración de Israel en cumplimiento a todas las profecías al respecto. Si su temporal exclusión ha servido para reconciliarnos con Dios a nosotros los gentiles, su futura admisión es un monumento perpetuo a la infinita misericordia de Dios, que de unos y otros, todos desobedientes, se ha apiadado.

Romanos 15:

<sup>15</sup>*Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada*<sup>16</sup>*para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el **evangelio** de Dios, **para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo.***

<sup>17</sup>*Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere.*

<sup>18</sup>*Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras,*<sup>19</sup>*con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, **todo lo he llenado del evangelio** de Cristo.*<sup>20</sup>*Y de esta manera me esforcé a predicar el **evangelio**, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno...*

<sup>29</sup>*Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con **abundancia de la bendición del evangelio** de Cristo.*

Cuatro veces en este capítulo se hace mención del evangelio, así que advertiremos brevemente cuatro distintos aspectos:

- 1 - Propósito: la conversión de los gentiles como una ofrenda a Dios.
- 2 - Plenitud: la difusión desde Jerusalem hacia afuera.
- 3 - Predicación: privilegiando a quienes todavía no habían oído.
- 4 - Profusión: de bendiciones, uno de los efectos del evangelio.

En todos los casos se advierte que los beneficiarios son los destinatarios del mensaje. El mayor beneficio del mensajero, que supone un gloriarse -pero en Cristo, jamás en sí mismo-, es el cumplir un servicio que demanda esfuerzos y arrostrar dificultades de todo tipo.

Se advierte también que la pasión de Pablo era llevar el mensaje a quienes todavía no lo habían oído. Esta visión está en marcado contraste con la de los nuevos misioneros que procuran conciliar la efectividad de su ministerio con su afincamiento en alguna ciudad capital que les brinde mayores comodidades.

Romanos 16:

<sup>25</sup>*Y al que puede **confirmaros** según **mi evangelio** y la **predicación** de Jesucristo, según la **revelación** del **misterio** que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos,* <sup>26</sup>*pero que ha sido **manifestado** ahora, y que por las **Escrituras** de los **profetas**, según el **mandamiento** del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que **obedezcan** a la **fe**,* <sup>27</sup>*al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.*

Bastante se podría hablar de esta porción, que en su brevedad incluye muchas palabras importantes que adquieren un valor singular en el contexto de esta doxología con la que finaliza la carta, a más del nombre de nuestro Señor y los atributos de la Deidad.

Por lo menos podemos advertir que este evangelio -que nuevamente Pablo hace propio, como ya vimos en el 2:16-, asociado aquí a la predicación y a la revelación, con lo que sigue, incluye la confirmación de los destinatarios atribuida al único y sabio Dios. Aunque puede bastar a esta confirmación el testimonio de las Escrituras por la misma predicación, en definitiva es el testimonio del mismo Espíritu de Dios a nuestro espíritu que nos confirma en la fe, sabiendo que no es en nosotros mismos que confiamos, sino que Aquel que nos ha llamado es fiel para hacerlo así. Vemos que reaparece al final de la epístola la misma palabra -confirmados / confirmaros- con que al comienzo expresa cual sea su intención al visitar a los hermanos en Roma (1:11).

Esto nos recuerda un final similar de la 1era. epístola de Pedro, donde

el apóstol nos encomienda al Dios de toda gracia: “él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (5:10b).

Convendrá señalar también el propósito final de todo lo dicho desde el evangelio de Pablo predicando a Jesucristo: “*para que obedezcan a la fe*”. O sea, me temo que en la actualidad el concepto de obediencia se haya alejado bastante al de la fe. Se predica mucho acerca de la fe, pero más que nada enfatizando lo mucho que puede lograrse a través de ella. Así los predicadores modernos proclaman la fe como una especie de lámpara de Aladino, que frotándola con oración y ofrendas podrá darnos cuanto no somos capaces de imaginar. Ciertamente que las promesas del Señor están vigentes para quien ora en su nombre con fe; tan sólo digo que la fe –entre otras cosas-, produce y demanda obediencia.

1Corintios 1:

<sup>17</sup>*Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo.*

Dos aspectos importantes cubre este versículo:

- 1 – La prioridad del evangelista está en la predicación, no en la recolección del fruto. Si bien todo convertido debe ser bautizado, no debe serlo quien simplemente asienta a nuestro mensaje o consienta con la instrucción doctrinal que se le brinda. Si el siervo de Dios tiene sus ojos puestos en el corazón del hombre que debe ser reconciliado con Dios, atenderá preferentemente a la salvación eterna de esa alma inmortal. Si lo tiene puestos en sus bolsillos, imaginará ver en él un diezmero fiel y un candidato generoso en sus ofrendas.

Es de temer que hoy día este criterio práctico prevalezca, de modo que arriesgo decir que al menos en nuestro país, los evangélicos bautizamos más inconversos que creyentes nacidos de nuevo. Este fracaso generalizado, con vidas inconstantes y reincidentes en el pecado, requiere del auxilio de la mala doctrina de la pérdida de la salvación. En vez de admitir que se recibe como miembros de las iglesias a personas que jamás se arrepintieron y creyeron al Evangelio, los profesionales de la religión engañan y se autoengañan prefiriendo decir que se trata de cristianos genuinos que descuidaron su salvación. ¡Así se da la paradoja que muchos vivan y mueran cuidando de una salvación que jamás poseyeron! Además, no es correcto delegar la responsabilidad del bautismo sobre el candidato.

Los evangelistas, ancianos y toda la iglesia son tan responsables respecto a la persona que bautizan, como lo es la empresa funeraria que antes que nada deberá asegurarse que sepulta un cadáver, no a un ser todavía vivo. Pocos errores deben incidir actualmente con los que se despiertan entre las llamas del infierno, como este de bautizar inconversos meramente profesantes del evangelicalismo.

- 2 - La esencia del Evangelio es el mismo Cristo y su cruz. Los dos

primeros capítulos de 1Corintios destacan esta realidad. Desde los días de Pablo y hasta hace apenas unas pocas décadas, lo que más podía empañar en la predicación la preeminencia de la cruz de Cristo, era la dialéctica a la que era tan aficionado el mundo griego, como la ampulosidad de los antiguos, la verborragia de los fanáticos, la grandilocuencia de los exaltados y la retórica homilética de los más cultos y prolijos expositores. Aunque todavía aparezcan resabios de falsa erudición y fervor -que concitan la atención de los oyentes más en la forma que en la verdad que se proclama-, no es ya la sabiduría ni la elocuencia en cualquier nivel de excelencia lo que atenta en la predicación contra esa palabra de la cruz, sino precisamente lo contrario. Así como en las artes lo anti-estético ha venido a ser admirado como arte sublime por una pretendida clase culta, así también el púlpito cristiano sufre los embates de la moda, y el mal gusto en la predicación se acomoda mejor a los oídos dañados por los decibeles a que fueron expuestos desde la juventud.

Lo que cuando niños se nos corregía como malas palabras o dichos groseros y vulgares, ahora es santificado en boca de predicadores admirados por su llaneza y franqueza expresiva.

De cualquier forma, conviene que el predicador consciente de su encargo recibido del Señor, esté atento a cuanto pueda hacer vana la cruz de Cristo, meollo del Evangelio que fue llamado a anunciar.

1Corintios 4: <sup>15</sup>*Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús **yo os engendré** por medio del **evangelio**.*

Como siempre, sigue sorprendiéndonos Pablo en este difícil arte de decir tanto con tan poco.

He aquí un aspecto del apostolado y del evangelismo poco considerado; quizá en razón de que la regeneración espiritual es una obra enteramente llevada a cabo por el Espíritu Santo, y así se tema inmiscuir el factor humano en el nuevo nacimiento en Cristo.

Pero aunque sabemos que tenemos un solo Dios y Padre de todos, y que no debemos adjudicar tal título a ministro religioso alguno, no por eso la Escritura priva sino que autoriza con este y otros ejemplos, a reconocer la filiación espiritual de aquellos que nacen de nuevo por el testimonio de Cristo que otros les comparten. Entre otros casos, como los de Timoteo y Tito, en los que Pablo muestra su paternidad espiritual, es notable cómo le ruega a Filemón *“por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones”* (v.10).

Sin embargo, esta especie de reclamo que Pablo hace a los corintios, halla su paralelo en otro bastante similar a los gálatas: *“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”* (Gá.4:19).

Es de temer que en ese mundillo conformado por el cristianismo evangélico contemporáneo, hayan muchos bebés expósitos y “niños de la calle” como en nuestras grandes urbes. He visto partidas de nacimiento que decían: “Hijo de padre desconocido”, pero la más rara fue aquella en la que leí: “Hijo de madre desconocida”. ¡Tan de insólitas son las cosas en este mundo! Sin embargo, en las iglesias, abundan esos niños en la fe sin genealogía espiritual; raquítricos y enfermizos, no crecen, ni se desarrollan ni maduran, ni siquiera llegando a viejos. Su poco o ningún parecido con Cristo nos hace dudar que sean efectivamente hijos de Dios, pues más bien parecen bastardos, pero no hijos de tal Padre. Es un misterio por qué les ataca esa manía religiosa, que les lleva a profesar una fe que no les infunde ni trasmite verdadera vida espiritual, sino apenas la conformidad a ritos, ceremonias y cultos en que participan.

Se dice entre los sociólogos que habría que poner Escuelas para Padres, pues todos saben cómo engendrarlos, pero no como criarlos y educarlos para que lleguen a ser los verdaderos hombres y mujeres útiles del futuro. No merecerían siquiera llamarse de padres y madres quienes simplemente los procrean, abandonándolos luego o sujetándolos a una vida que es un infierno. De modo similar, el discipulado cristiano tendría que revisar los conceptos y prácticas hoy en boga, pues parece que está siendo introducida en las iglesias por medio del bautismo una generación de “convertidos” raquítricos, o simplemente fetos abortados que jamás nacieron como nuevas criaturas en Cristo. Si como resultado de un mal parto el niño nace con serios traumas que podrán dificultar su desarrollo, convendrá atenderlo de una manera especial para evitar cualquier mala conformación. Pero si es un nonato, será en vano que se le discipule: tiene que nacer otra vez, de lo Alto, del Espíritu de Dios.

Ahora bien, si conviene que seamos bien adiestrados para ser por la gracia de Dios los mejores padres que puedan criar en el temor del Señor a los mejores hijos, debemos andarnos con sumo cuidado de los muchos ayos. Las niñeras pueden ser también muy peligrosas (“La mano que mece la cuna”). Fácilmente se advierte en las epístolas de Pablo, mayormente en 2Corintios y Gálatas, como ya había *“falsos apóstoles, obreros fraudulentos,”* que *“por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas”* provocando aquella exclamación: *“¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad...?”*, pero de lo que él ya había prevenido a los ancianos de Éfeso (Hch.20:29,30).

Quizá como nunca antes se esté cumpliendo entre nosotros aquello que Pablo anticipó a Timoteo: *“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”* (2Ti.4:3).

Puede ser por esta connotación negativa que tiene la palabra “ayo” en las cartas de Pablo, que todavía ningún dignatario evangélico se haya arrogado para sí tan singular título eclesiástico. Pero no me sorprendería si a alguno se le ocurriera.

1Corintios 9:

<sup>11</sup> Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? <sup>12</sup> Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros?

Pero no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, **por no poner ningún obstáculo al evangelio** de Cristo. <sup>13</sup> ¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? <sup>14</sup> Así también ordenó el Señor a los **que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio**.

<sup>15</sup> Pero yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria. <sup>16</sup> Pues si anuncio el **evangelio**, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y **¡ay de mí si no anunciare el evangelio!**

<sup>17</sup> Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada. <sup>18</sup> ¿Cuál, pues, es mi galardón? **Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio** de Cristo, **para no abusar de mi derecho en el evangelio**. <sup>19</sup> Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. <sup>20</sup> Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; <sup>21</sup> a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. <sup>22</sup> Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. <sup>23</sup> Y esto hago por causa del **evangelio, para hacerme copartícipe de él**.

He aquí el capítulo que reúne más veces la palabra “evangelio” con un total de nueve citas en apenas una docena de versículos. Aunque podemos estudiar cada cita en su caso particular, es conveniente verlas en el conjunto de todo su contexto para comprender mejor el sentir de Pablo respecto al asunto de que está tratando.

La sensación que nos produce un primer pantallazo de esta lectura, es que hay aquí dos aspectos distintos de una misma verdad, como lo son ambos lados de una moneda:

- a) El legítimo derecho de los predicadores del evangelio a que sean sustentados por quienes habiéndolo creído contribuyen a su difusión.
- b) La propia índole del evangelio es tan sublime: en su procedencia (de Cristo), naturaleza (espiritual y sagrada), obra (ministerio glorioso), motivación (necesidad apremiante), obediencia del mensajero (comisión encomendada) y finalidad (ganar y salvar pecadores), que bien vale la pena renunciar a aquel derecho para no dificultar su progreso.

Podemos ahora atender brevemente cada una de las citas:

12b : “Pero no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, **por no poner ningún obstáculo al evangelio** de Cristo.”

Bien que convendría anteponer siempre el testimonio del



evangelio y cuanto facilite su propagación, que la ventaja personal que pueda empañar su credibilidad.

14: “Así también ordenó el Señor a los *que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.*”

No es difícil imaginar qué entendía Pablo en cuanto a dedicarse al anuncio del evangelio, gracias a la abundante información que tenemos en el libro de Hechos y en las epístolas. Aunque la época, el medio y los métodos hayan cambiado, la intensa actividad de los evangelistas sigue el mismo régimen neotestamentario.

Podemos estar seguros que Pablo no tenía en mente un predicador sobre un púlpito dando su sermón dominical, repartiendo algunos folletos y cumpliendo ocasionales visitas pastorales.

Antes que apelar a este texto para reclamar un salario digno de quien anuncia el evangelio, conviene revisar cuánta sea y qué comprende esta dedicación.

Finalmente, habría que revisar también qué evangelio es el que se anuncia; pues todo lo que recibe tal nombre no necesariamente lo merece, ya que bastante precaria es su versión actualizada. 16: “Pues

si anuncio el *evangelio*, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y *¡ay de mí si no anunciare el evangelio!*”

Aunque parezca ser la misma cosa, no es lo mismo que alguien predique el evangelio porque para eso le pagan, a que le retribuyan porque predica el evangelio. El evangelista auténtico seguirá predicando a pesar de todas las penurias, menoscabos e injusticias que contra él y su ministerio otros cristianos cometan, mientras que el meramente profesional desertará en cuanto falten los suministros o no sean debidamente atendidas sus pretensiones.

18: “¿Cuál, pues, es mi galardón? *Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio.*”

La gratuidad del evangelio no se reduce a la verdad teológica de una salvación otorgada por la soberana gracia de Dios; siendo esto realmente así, también incluye a la presentación del mensaje y a su mensajero, fuesen cuantos fuesen los costos que demandase el viaje, estadía y demás gastos que tuviera el predicador. La atención de los oyentes deberá siempre concentrarse en el Salvador y la salvación que se les predica, y jamás ser distraída con un informe de gastos y necesidad de levantar una colecta para sufragarlos, lo que es abusivo. A este respecto, es muy clara la lección que se desprende del pasaje de 3 Juan 5-8 en la paráfrasis La Biblia al Día: “Amado, es magnífico el servicio que prestas a la obra de Dios al ayudar a los maestros y misioneros que pasan por tu casa, los cuales han hablado en esta iglesia de tu cordialidad y de tus obras de amor. Me agradecería que los despidieras con una dádiva generosa, pues viajan al servicio del Señor, y no aceptan alimento, ropa, albergue ni dinero de los que no conocen a Dios. Debemos ayudarlos porque haciéndolo nos convertimos en colaboradores suyos”. El derecho al que Pablo se refiere es frente a los hermanos, no ante los aún inconversos. Es una atrocidad que en las campañas evangelísticas se recojan colectas públicas. Lo que para el ya creyente es un privilegio al

colaborar con los costos, para el que todavía no lo es resulta un compromiso indebido, pues todavía no ha dado su corazón al Señor. 18: *"Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos."*<sup>23</sup> *Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él."*

Con lamentable frecuencia este pasaje ha sido mal usado, intentando justificar con él adaptaciones injustificables. Una cosa es que Pablo no haya buscado ventajas personales e incluso llegara a renunciar a sus derechos como apóstol, y estuviera dispuesto a sufrir humillaciones con tal de conseguir su propósito en la salvación de muchos más; y otra muy distinta, como se ha pretendido, asumir posturas impropias o usar métodos y emplear medios que si bien pueden ser eficaces en la publicidad del mundo, no siempre están acordes a la ética cristiana y los principios escriturales. Ni Pablo perdía jamás su identidad como apóstol de Jesucristo, ni el evangelio que anunciaba se diluía en una confusa nube llevada por los vientos.

1Corintios 15:

*"<sup>1</sup>Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis;<sup>2</sup> por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano.*

*<sup>3</sup>Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras;<sup>4</sup> y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras;"*

Una forma interesante de apreciar el contenido de esta porción es notando el uso de los verbos aplicados a Pablo, los corintios y Cristo mismo:

Pablo: les declara, el evangelio que les ha predicado y la palabra que también les ha enseñado.

Los corintios: recibieron ese mismo evangelio, perseveran en él, y de retener esa palabra son salvos, de no haber creído en vano.

Cristo: fue muerto, sepultado y resucitado, de entera conformidad con las Escrituras.

En cuanto a lo primero, podemos notar que el propio Pablo había recibido la misma enseñanza que él a su vez les dio. Ningún predicador logrará jamás transmitir con fe y convicción lo que él no experimentó de igual forma. Recordemos que Pablo no les instruyó con Las 4 Leyes Espirituales sino que pasó un año y medio en Corinto enseñándoles la palabra de Dios (Hch.18:11). Evangelizar y discipular no es soplar y hacer botellas, o soplar sobre el micrófono como algunos hacen.

En cuanto a lo segundo, sabemos que todo este capítulo está dedicado a exponer la verdad de la resurrección sobre el hecho de la de Cristo.

La expresión condicional usada por Pablo: "si no creísteis en vano", ha de entenderse a la luz del errado concepto saduceo que algunos tenían y que parece que hasta se animaban a predicarlo, en cuanto a que no había resurrección de los muertos. En tal caso, ni el propio Cristo habría resucitado y entonces la fe de ellos sería vana (vs.12-18), argumento hipotético y fuera de la

realidad testificada por tantos hermanos, muchos de ellos vivos todavía. El perseverar en el evangelio y retener la palabra originalmente recibida es consecuencia de una fe genuina por la que pueden estar seguros de ser salvos. Cualquier fracaso o duda al respecto solamente parte de una creencia falsa o fe vana, pues no se basa en la verdad histórica del evangelio que cumple con las profecías de la Escritura. Lo dicho incluye también nuestro tercer punto.

2Corintios 2:

<sup>12</sup>*Cuando llegué a Troas para predicar el **evangelio** de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, <sup>13</sup>no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito; así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia.*

He aquí un texto que a primera vista nos resulta extraño. Por más que pudiese Pablo extrañar a Tito, nos resulta raro que desaprovechara las oportunidades que el Señor entonces le brindaba.

En el contexto menor de este capítulo y el mayor de las dos epístolas, se aclara que tan sorprendente actitud no obedecía tanto a nostalgia de la bien amada persona del hermano Tito, sino a las noticias que éste le podía dar respecto a la reacción de los corintios a su severa carta anterior.

Comprendemos entonces, que pese a la ardiente pasión evangelista de Pablo, tan sublime ministerio de salvación a los perdidos, pasa transitoriamente a segundo plano, priorizando por sobre todo la condición espiritual de una iglesia de Cristo.

Tenemos entonces, que lo que en principio nos parecía decepcionante en un proceder de Pablo que desentonaba con lo que de él conocíamos, ahora adquiere nuevos ribetes que nos hace pensar distinto.

Es así que la lección que extraemos de este pasaje es mucho más importante de cuanto pudiéramos imaginar.

Veamos que el interés y enfoque de todo el ministerio cristiano se divide en dos o se proyecta, bien hacia adentro, bien hacia afuera: lo interno, o sea, la salud de la iglesia; y lo externo, la salvación de los perdidos. Es así que se advierte en los misioneros (o apóstoles) y evangelistas la pasión por convertir a los incrédulos, y en los profetas, pastores y maestros la de discipular a los creyentes edificándolos en la fe. Cualquiera de estos dones y ministerios no es exclusivo de los demás, y así cada miembro del cuerpo de Cristo funciona en provecho de todos según la gracia que le ha sido dada.

El gran dilema se nos presenta ante el notable caso de un reconocido siervo de Dios como lo fuera el apóstol Pablo: ¿qué hacer cuando el mismo Señor es quien abre una puerta para la evangelización, pero la conciencia acusa la honda preocupación del espíritu por el estado en que podría hallarse la iglesia de Dios que está en Corinto? Conociendo el resto de la historia, sabemos que seguidamente Pablo interrumpe su relato para regocijarse agradecido a Dios por la marcha triunfal en la que ha desfilado exhibiendo y exhalando el conocimiento en Cristo Jesús.

Siempre que esta misma disyuntiva se ha presentado en nuestro medio, prácticamente sin pensarlo dos veces se ha optado por la evangelización de los perdidos. Es típica la actitud de la generalidad de los obreros del Señor y de todos los hermanos que se vieron confrontados a la realidad del estado de las iglesias: -¡No busque la iglesia perfecta porque no la hay! Preocúpese usted en evangelizar a los perdidos, y ore porque el Señor santifique Su iglesia. Haga su parte para que las almas se salven, que el Señor hará la suya cuidando de Su casa.

Invocando tan piadosas razones como que parece sacrilegio cuestionar algo, y aunque no muy convencidos como que consentimos con este alegato que entre nosotros ya parece tener fuerza de dogma.

Pero no es así. Algo ya hemos visto y más veremos todavía a lo largo de este estudio, si el Señor abre nuestros ojos y nos ilumina con la verdad de su Palabra. ¡Que el Dios de toda gracia así lo quiera!

2Corintios

## 4

*<sup>1</sup>Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. <sup>2</sup>Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. <sup>3</sup>Pero si nuestro **evangelio** está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; <sup>4</sup>en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del **evangelio** de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. <sup>5</sup>Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. <sup>6</sup>Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.*

¡Cuán necesario y provechoso es mirar estas dos referencias del vocablo “evangelio” dentro de este más amplio contexto! Incluso conviene retomar la línea de pensamiento del capítulo anterior; de ahí el “por lo cual” inicial. Con los últimos versículos del capítulo 3 en mente, como que sentimos esa misma franqueza de la que habla Pablo (v.12), abordando el estudio a cara descubierta, sin velo sobre el corazón que empañe la visión. Dificulta nuestra mejor comprensión el hecho de que muchos de nuestros hermanos tiene su entendimiento embotado, y si el nuestro fue liberado no es hazaña propia sino muestra de la gracia de Dios que nos da lo que no merecemos. Es así que muchos que creen gozar de libertad en el Espíritu del Señor, en realidad disfrutan de un libertinaje de la carne mientras permanecen cautivos de mandamientos y formas legales. Es difícil percatarse de esta paradoja, pero con la ayuda del Señor podremos descubrir que muchas veces se alardea precisamente

de lo que se carece, mientras que se menosprecia a otros hermanos que no corren con ellos, como si no disfrutaran de la libertad, llenura, unción y poder del Espíritu que dicen tener. La discriminación ostensible por todas partes hacia quienes no se suman a las “manifestaciones” de moda, hace recordar el regaño del Señor a sus discípulos: “*vosotros no sabéis de que espíritu sois*” (Lc.9:55). Pues si de “manifestación” hablamos, véase en esta porción que de la que se habla aquí es de “la manifestación de la verdad”, variedad que no es favorita de los que hablan grandes cosas y hacen grandes señales ante sus maravillados seguidores.

En el v.3 Pablo se refiere a “nuestro evangelio”, así como en Romanos ya habíamos visto que lo llama “mi evangelio”. Seguramente el apóstol podía tomarse tal libertad, pues ciertamente que ninguno como él defendería mejor al así propiamente llamado: evangelio de Dios, de Jesús, del Señor, de Cristo, en pasajes ya considerados en Hechos y Romanos. En este caso el “nuestro” asocia a Timoteo con quien se presenta en el saludo del comienzo. No es de extrañar que aquellos falsos apóstoles, evangelistas y maestros a los que se refiere en esta carta, la de Gálatas y la segunda a Timoteo, hicieran ostensible uso de los términos correctos, guardándose muy bien en no incurrir en ningún “mi” o “nuestro” delatando su personal versión del evangelio que presentaban. Si esta era la realidad que Pablo tenía en mente, entonces el uso de tales pronombres personales podía desafiar a los corintios a que cuestionaran su total franqueza en su tercer visita que les anuncia.

Así también hoy día no poca herejía y mala doctrina yace encubierta bajo rótulos ortodoxos, y con invocaciones al nombre de Cristo y su sangre redentora, estallen los “amenes”, “gloria a Dios” y “aleluyas”, refrendando con ellos muchas cosas que suscitan dudas y confusión entre los santos de Dios.

Cuando Pablo dice aquí que “*si nuestro **evangelio** está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto*”, me da a pensar si no será que en la actualidad aquel “nuestro evangelio” aún entre los salvos pudiese estar encubierto. Debo explicarme: si aquel evangelio, bíblico e histórico, ha sido plagiado por versiones toscas del original -superponiéndose una sobre otra, desde las más primitivas de los legalistas y los gnósticos contemporáneos de los apóstoles, pasando por todo el deterioro del catolicismo romano y el arminianismo protestante hasta las ofertas más modernas como el evangelio de la prosperidad-, dudo mucho que si lo que se ve son las copias de más arriba, pueda alcanzar la visión a descubrir el evangelio auténtico que subyace bajo el empolvado fárrago de tantas adaptaciones caprichosas y convencionales.

Es notable ver en este pasaje la antítesis entre la obra del dios de este siglo que cegó el entendimiento de los incrédulos, y la del Dios verdadero que mandó de esas mismas tinieblas que resplandeciese su luz. ¡Bendito sea Él, que es más poderoso que el enemigo de nuestras almas!



2Corintios 8:

<sup>18</sup>*Y enviamos juntamente con él al hermano cuya alabanza en el **evangelio** se oye por todas las iglesias;*

Casi que como prueba del testimonio unánime que gozaba este hermano se le mantuvo innominado, como si de ser preciso identificarle, fuera por la insuficiente descripción que de él hace el apóstol; pero alcanzaba.

Aunque las palabras “en el evangelio”, necesariamente lo involucran en la extensión, progreso y desarrollo del mensaje de salvación, su especial cometido en este caso no lo muestra como un apóstol al estilo de Bernabé, o un evangelista como Felipe, sino como una persona cuya respetabilidad, juicio y criterio bastaban a garantizar la administración de la ofrenda enviada junto a Tito y al otro hermano cuya diligencia en estos menesteres ya había sido comprobada.

Actualmente la mayor “alabanza en el evangelio”, a nivel popular, la reciben los cantantes, luego los grupos de música Gospel, después los evangelistas y deportistas cristianos, pero nada se sabe de cristianos que trasciendan por su fidelidad y confiabilidad en el manejo del dinero. No que no los haya; sino que es de suponer que los hay, pues saberlo, no se sabe, o es una información circunscripta a unos pocos.

2Corintios 9:

<sup>10</sup>*Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia,* <sup>11</sup>*para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios.* <sup>12</sup>*Porque la ministración de este servicio no solamente **suple lo que a los santos falta**, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios;* <sup>13</sup>*pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la **obediencia que profesáis al evangelio** de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos;* <sup>14</sup>*asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros.* <sup>15</sup>*¡Gracias a Dios por su don inefable!*

Los capítulos 8 y 9 de esta epístola están dedicados al asunto llamado indistintamente: ofrenda, ministración y servicio “para los santos”, o también: “obra de gracia”. El v.12 explica que en principio esto “*suple lo que a los santos falta*”, lo que también se expresa en el 8:14: “*la abundancia vuestra supla la escasez de ellos*”. Vistas las cosas según este panorama que pinta Pablo de la iglesia de Cristo, se observa la perfecta unidad del Cuerpo de acuerdo al plan y modelo original del Señor para su iglesia: en algunas regiones las iglesias gozaban de prosperidad, y en otras de escasez; así que unas proveían a las otras en lo material, mientras a su vez podían ser retribuidas en lo espiritual.

Es conveniente observar que Pablo no se limitaba a tirarles con algunos consejos para que los que están pobres pasen a estar prósperos, sino que diligentemente se ocupaba en reunir y enviar las ofrendas a los hermanos

necesitados. Estos últimos no eran reprendidos por su falta de fe, sino fortalecidos en ella a través del suministro que alimentaba sus estómagos, provocando entrañables lazos de amor fraterno entre donantes y receptores de esta gracia. Aunque la indigencia no es cosa que haya que pedirla ni buscarla, sin embargo en el evangelio hasta la escasez y necesidad triunfan sobre las circunstancias pues proveen una gran oportunidad para manifestar el amor fraternal entre los cristianos.

Recordemos, por el contrario, como la opulencia de los laodicenses para nada bueno les aprovechó: *“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”* (Ap.3:17<sup>a</sup>).

Hemos de notar también que la expresión “los santos” los incluye a todos, ya que aún no se había llegado a la ominosa distinción entre clérigos y laicos. Es decir, que aquellos hermanos dedicados a la obra de Dios no eran los destinatarios de las ofrendas, en exclusividad, así como tampoco quedaban fuera del beneficio de esta ministración. Hoy en día la palabra “ofrenda” como que se ha ligado indisolublemente a la de “pastor”, de tal modo que donde esté el uno esté también la otra. Pero en la época apostólica toda la comunidad cristiana era objeto del cuidado y asistencia en estos aspectos prácticos.

Es muy triste hoy día cuando los miembros de una congregación viven confortablemente bien, mientras los que ministran a sus necesidades espirituales sufren penurias económicas; pero es igualmente triste cuando algún pastor vive a nivel de diplomático extranjero, mientras que hay en la iglesia buenos hermanos veteranos viviendo en la mayor indigencia. Es tan deplorable una como otra situación, y ambas deberían corregirse.

Finalmente, y entre tantos conceptos superiores expresados en esta porción, adviértase en el v.13: *“pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo”*. El evangelio de Cristo está para ser obedecido, y no meramente profesado. Una cosa es que se profese obediencia al evangelio, y otra muy distinta que se obedezca al evangelio que se profesa. Parecería que en la actualidad se ha trastocado algo más que el orden de los términos, y tomando una cosa por otra o creyéndolas idénticas, no todo cristiano parece realmente serlo, y Dios es privado de ser glorificado por cuantos podrían experimentar el evangelio completo e integral, y no solamente retazos aprovechables del mismo para confeccionar algo definitivamente distinto.

2Corintios 10:

<sup>14</sup>*Porque no nos hemos extralimitado, como si no llegásemos hasta vosotros, pues fuimos los primeros en llegar hasta vosotros con el evangelio de Cristo.*

<sup>15</sup>*No nos gloriamos desmedidamente en trabajos ajenos, sino que esperamos que conforme crezca vuestra fe seremos muy engrandecidos entre vosotros, conforme a nuestra regla;<sup>16</sup> y que anunciaremos el evangelio en los lugares más allá de vosotros, sin entrar en la obra de otro para gloriarnos en lo que ya estaba preparado.*



Algo ya habíamos visto de esto cuando consideramos Romanos 15:20, por lo que no tenemos mucho que decir, sino más bien que revisar los lugares geográficos que suelen concitar la preferente atención de los misioneros, coincidiendo todos allí, mientras todavía quedan extensas regiones de nuestra campaña sin evangelizar. Casualmente, el interés espiritual que una ciudad o zona puede requerir, coincide también con sus obvias ventajas panorámicas y todo cuanto hace al confort urbano. Los pueblitos más pobres y los barrios marginales son delegados a los hermanos locales. Así, en un mismo espacio geográfico coexisten varias iglesias, respetando cierto status ético que es frecuentemente violado aun cuando no surja de un proselitismo competitivo, sino por la propia iniciativa de miembros que en ningún lado están conformes, o no reciben la atención que necesitan.

## 2Corintios 11

*<sup>4</sup>Porque si viene alguno predicando a **otro Jesús** que el que os hemos predicado, o si recibís **otro espíritu** que el que habéis recibido, u **otro evangelio** que el que habéis aceptado, bien lo toleráis;*

Nada más que ver solamente este versículo para pensar que cuadra perfectamente a cualquier ciudad o población que hemos evangelizado.

Pero el problema es mucho más grave, pues no se trata aquí del conjunto de habitantes de una localidad ¡sino de la misma iglesia en ese lugar!

Aquí la tolerancia no aparece como virtud sino como vicio o defecto, ya que consiente con la exposición de tres negaciones de la verdad: otro Jesús, otro espíritu, otro evangelio. Además, al transigir con el error, estaban negando un triple aspecto de su propia experiencia, en cuanto a lo que les fue predicado, lo que recibieron, y lo que aceptaron.

Si apenas por un instante recibiéramos un chispazo de luz divina, nos estremeceríamos hasta la médula de nuestros huesos al ver la gravedad de este diagnóstico. No habría mayor drama si fuese apenas una referencia histórica de los corintios, “allá lejos y hace tiempo”. ¡Pero es precisamente lo que ocurre en nuestra ciudad! En cruzadas o campañas masivas, grandes edificios o pequeños salones, por radio y televisión, por todas partes se escucha, aplaude y victorea la predicación de “otro Jesús”, se invita a la recepción del que llaman “Espíritu Santo” y se anuncia un “evangelio” que dista mucho del que trajo nuestro Señor y predicaron sus apóstoles.

**1 – (otro Jesús)** - Al sentimiento de adoración que provoca el solo nombre de nuestro bendito Señor y Salvador, el que se predique a “otro Jesús” nos invade de un terror inusitado. No podemos ni queremos imaginar siquiera a un Jesús distinto al que conocemos y somos de Él conocidos. Pero Él mismo nos advirtió que: *“se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si*

*fuera posible, aun a los escogidos” (Mt.24:24).*

Es tremendo cuando el Señor Jesús anticipa a los incrédulos de su época el advenimiento del Anticristo: *“Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis”* (Jn.5:43). Y el peligro es diversificado, pues el poder engañoso que incita a creer en la mentira a cuantos no reciben el amor a la verdad para ser salvos (2Ts. 2:9-12), no se priva de usar el propio nombre del Señor para acreditarse como el Cristo auténtico (Mt.24:5). Muchos cristianos que hoy aplauden extasiados a sus grandes apóstoles y profetas, ignoran que el día llegará en que el Señor les apartará de sí como hacedores de maldad, a cuantos llevarán su jactancia hasta su presencia, alegando: *“Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros”* (Mt.7:22). Tendrán toda una eternidad en el lago que arde con fuego y azufre para contarles a los demonios como jugaban con ellos, atándolos flojamente –siempre se les desataban, pues si no se les terminaba el juego-, reprendiéndolos y expulsándolos de la ciudad -sin cuidarse de los estragos que pudiesen hacer en la campaña-, pisoteándolos pero también dialogando con ellos; y hasta en medio de una oración a Dios dedicarle alguna frase al Diablo o entonarle la línea de alguna canción, aunque luego se le insultase: -¡Basura, Satanás! El humo del tormento de ellos no alcanzará a disimular el desagrado de los demonios porque estos hombres en vida hubieran hecho su agosto a expensas de ellos. Efectivamente, ¿ha pensado el lector que si el príncipe de la potestad del aire decidiera mandar de vacaciones a la estratosfera a todas sus huestes demoníacas, muchos predicadores quedarían sin sermón y no pocas iglesias cerrarían? Aunque la maldad en el mundo no disminuiría pues ya es mucha la que hay en el corazón del hombre, al ministerio de liberación le faltaría la materia prima, y no habiendo espíritus inmundos a los que culpar, tendrían los predicadores que volver al antiguo mensaje llamando a los hombres a la conversión y arrepentimiento de sus pecados.

**2 – (otro espíritu)** – Si el “otro Jesús” puede todavía referirse a la misma persona, pero presentado en una versión tan distorsionada que dificulta cualquier reconocimiento con el original, el “otro espíritu” sin duda que apunta a un ente espiritual distinto a la persona divina que como el Espíritu Santo habían recibido cuando su conversión al Señor. Efectivamente, las palabras *“que el que habéis recibido”* señalan la bendita ocasión cuando el Espíritu Santo convence a los hombres de pecado, regenerándolos y trayéndolos arrepentidos a confiar en el Señor Jesucristo para su salvación. Así esperaba Pablo que habría ocurrido con ciertos discípulos que halló en Éfeso, pero que no lo eran todavía de Jesús sino de Juan el Bautista (Hch.19:1-7); también les recuerda a los gálatas: *“¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ... a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”*

(3:2,14); y a los efesios: *“habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”* (1:13); y en su primera epístola ya había dicho a los corintios como *“por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”* (12:13).

En realidad, esta parte del texto no parece necesitar de mucha explicación: el espíritu que habían recibido no podía ser otro que el Espíritu Santo, y el que se mostraban dispuestos a recibir sin duda que no era el mismo, no solamente porque ya lo habían recibido, sino porque Pablo lo describe como *“otro espíritu que el que habéis recibido”*.

Nada más que para que el lector comprenda la gravedad de tantos llamados que se hacen a pasar al frente para recibir el Espíritu Santo -según dicen-, refiero el caso de alguien a quien cuando le conocí mucho me agradaba como persona. Al compartirme su testimonio, sí me extrañó que no me hablara de haber recibido al Señor Jesús como su Salvador, sino de cuando recibió al Espíritu Santo. Pero luego de ésto, se hizo drogadicto, delincuente y mujeriego, y cuando se creía que había vuelto al camino del Señor y ya colaboraba en las actividades de la iglesia siendo invitado por el pastor a ministrar imponiendo manos, mantenía simultáneamente embarazadas a tres mujeres, teniendo en la actualidad catorce hijos naturales y jactándose de que no parará hasta llegar a treinta. ¿Qué espíritu pudo llevarle a tanta fornicación, droga, estafas y demás fechorías, que luego de salir de la cárcel todavía reincidió en lo mismo? Fuese cual fuese, no era el Espíritu Santo. ¿Pero qué podrá pasar con todas aquellas personas sobre las que impuso sus manos? ¡Dios tenga de ellas misericordia!

El Espíritu Santo es una persona que obra *“como él quiere”*, por su propia y soberana iniciativa. No hay ministro que lo atraiga, ni modalidad de culto que concite especialmente su atención. No es algo que manos de hombres puedan impartirlo; Él es Dios.

**3 – (otro evangelio)** – Seguramente que mucho podría decirse en cuanto a ésto, pero por brevedad convendrá atenernos a algunos aspectos. Aun cuando se retengan elementos auténticos y positivos respecto a una cristología ortodoxa y otros rudimentos de la fe cristiana, que haya algo o bastante de bueno en una predicación no garantiza que estemos oyendo la palabra verdadera del evangelio de Jesucristo. Es cierto que hay gente para todo: si cae una mosca en la sopa, yo ya no querré tomarla; otro quitará la mosca y tomará la sopa, y aun puede ser que ya acostumbrado, otro no haga caso de la mosca y se la trague junto con la sopa. La tolerancia de los corintios, como la nuestra, podrá consentir conque tengamos por verdadero al evangelio que retenga todavía una buena dosis de la verdad, aunque venga mezclada con algunos elementos extraños o dudosos. Mientras no sean negadas aquellas verdades que consideramos fundamentales,

optamos por transigir con aquellas que a nuestro parecer no lo son. Pero por ahí precisamente viene la cosa: ¿quién determina lo que es esencial y qué no lo es, sino apenas un matiz opinable en la diversidad? Como una herencia maldita se viene repitiendo el uso de un necio pretexto que se presenta como muy sabio: -¿Es eso necesario para mi salvación? ¿No? ¡Pues entonces ni me interesa considerarlo! Pero, ¿a quién pudo ocurrírsele que lo único que valga la pena discutir sea lo que ataña a nuestra eterna salvación? Con tal apariencia de piedad y sabiduría espiritual, fácilmente esquivan examinar lo que requiere una revisión a la luz de la palabra de Dios; pero nadie jamás estará seguro escondiéndose en el castillo de su voluntaria ignorancia.

Veamos ahora algunas pautas que ayudan a reconocer al “otro evangelio”, que en tiempos antiguos y modernos pretende acreditarse como el evangelio de Jesucristo:

- 1 – Omite el asunto de la total depravación humana, y por lo tanto no enfrenta a los oyentes ante la realidad de su pecado, la ruina en la que están y el riesgo de una condenación eterna, por lo que tampoco son llamados a la conversión, con arrepentimiento, y creyendo, a recibir de Cristo el perdón y la vida eterna.
- 2 - En lugar de lo anterior se invita a los pecadores a ser liberados del espíritu de incredulidad, mentira, inmoralidad, etc., de modo que los inicuos no tienen por qué sentirse culpables de sus maldades, sino inocentes víctimas de la posesión demoníaca quizás heredada de sus ancestros por varias generaciones.
- 3 - En ocasiones las llamados se hacen en forma alternada: para salvación, liberación, sanidad, reconciliación, prosperidad, bautismo del Espíritu, etc. Pero cuando la concurrencia no es mucha o pocos son los que levantan sus manos o se paran, entonces todos son invitados a pasar al frente, produciéndose confusión entre ministros y ministrados. El que algunos caigan, se tiren o sean empujados al suelo, mientras otros profieren gritos, gemidos, llantos, risas, voces y sonidos dispares, puede afectar a personas sensibles que aunque pasaron adelante buscando su salvación, piensen que deberán hacer lo mismo para conseguirla. Si lo logran, serán convencidos por los ministros y consejeros de que sí recibieron, aunque nunca sabremos cabalmente qué fue lo que recibieron. Siendo esta una experiencia emotiva muy fuerte, que bien pudo descongestionar algún trastorno psicosomático, posteriormente suele recordarse como la ocasión de su conversión, y así es luego vertida como un testimonio de la salvación. Lamentablemente, abundan los casos en que no se experimentó un nuevo nacimiento en Cristo, y así el corazón no regenerado al tiempo vuelve a su vieja vida .
- 4 – No se anuncia una salvación cierta, segura y eterna; este aspecto es callado, pues luego se le mostrará que esta “salvación” está como prendida con alfileres al banco de la iglesia, las solapas del pastor y la bolsa de las ofrendas.

- 5 - Aunque se sigue presentando una versión protestante del evangelio –justificación por Cristo, por gracia, por fe-, estos aspectos jamás son enfatizados sino apenas profesados. Difícilmente se le muestre al pecador la misericordia divina por la que no le da lo que merece (condenación), y la gracia por la que le da lo que no merece (salvación).
- 6 - Cuando la buena nueva del mensaje evangélico es trocada por las ofertas, añadiduras, prosperidad y bendiciones sin cuento, eso huele a cuento y constituye un disuasivo para cuantos están seriamente preocupados por su eterna salvación.
- 7 - Téngase en cuenta que en el Nuevo Testamento el anuncio del evangelio se iguala a la predicación de la palabra de Dios. Toda presentación genuina del evangelio se hará mediante la exposición de la Sagrada Escritura. Esto no es opcional, o cosa que podamos manejar a nuestro gusto como mejor se acomode a nuestro estilo homilético. Lo que tiene promesa de no volver a Dios vacía es su palabra; no la conmovedora anécdota para el impacto final, ni los frenéticos llamados del evangelista, ni la música de fondo, ni la exuberante oración con desgarradoras deprecaciones a Dios, al Diablo y a las personas.
- 8 - Finalmente, lo más importante: el colmo del predicador es presentar a Jesucristo como crucificado a vista del auditorio. Pablo lo había logrado entre los gálatas (3:1), y no se había propuesto otra cosa entre los corintios (1Co.2:2). Cuando la personalidad del predicador, el especial encanto del vocalista, la ejecución instrumental, el adorno del escenario y demás efectos especiales, no van encaminados a servir al fin principal de presentar a Cristo en toda su gloriosa grandeza, sino que cobran un interés y valor independiente, entonces nos hallamos ante un show artístico de tinte religioso.

<sup>7</sup> ¿Pequé yo humillándome a mí mismo, para que vosotros fueseis enaltecidos, por cuanto os he predicado el **evangelio** de Dios de balde?

Aunque parezca mentira, parece como que Pablo no estaba sentando el mejor de los precedentes al haberles predicado a los corintios gratuitamente. Ese antecedente debía molestar a los falsos apóstoles que buscaban lucrar con el evangelio; de ahí la ironía que suele usar en estos pasajes, dada la ingenuidad de los corintios.

Recuerdo que cuando joven solía repartir folletos evangelísticos que al pie de la página lucían la leyenda: ENTRADA GRATIS-NO SE HACEN COLECTAS. Pues bien, no pocos pastores se disgustaban con ella, ya que el levantar una colecta era para ellos parte del culto, y así como no concebían una reunión sin oración, lectura bíblica y cántico de himnos, tampoco sin la consabida recolección de ofrendas.

Recuerdo ahora que hace unos pocos años atrás, en ocasión de unos retiros en que explicaba el uso de los libros de Bibliotecas Pastorales, me

adelanté a decir que el próximo avivamiento que sacudiría al país, se iba a caracterizar por no pedirle dinero a nadie, ni siquiera una pequeña moneda. No escuché entonces estruendosos “amenes”, y dificulto que alguno esté orando por tan peculiar avivamiento.

Gálatas 1:

### **No hay otro evangelio**

<sup>6</sup>Estoy maravillado de que tan pronto *os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo*, para seguir un *evangelio* diferente. <sup>7</sup>No que haya otro, sino que *hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio* de Cristo.

<sup>8</sup>Mas *si aun nosotros, o un ángel del cielo*, os anunciare otro *evangelio* diferente del que os hemos anunciado, *sea anatema*. <sup>9</sup>Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente *evangelio* del que habéis recibido, *sea anatema*.

<sup>10</sup>Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.

### **El ministerio de Pablo**

<sup>11</sup>Mas os hago saber, hermanos, que el *evangelio* anunciado por mí, no es según hombre; <sup>12</sup>pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

Estamos ante otro de los pasajes substanciosos que complementa lo que ya vimos en 2Co.11:4. Señalaremos pues aquellos aspectos que más destacan en este pasaje:

- 1 – La sorpresa de Pablo porque los corintios tan prontamente se hubiesen descarriado, como si no hubieran esperado siquiera un tiempo prudencial para ordenar sus ideas, sino que se precipitaron tras la novedad que difería substancialmente del mensaje que habían oído. *Es admirable realmente lo cauteloso que es el hombre para convencerse de lo bueno, y lo imprudente que es tratándose de lo malo. Desconfía del bien que no se decide a recibir, pero se arroja en brazos del mal sin pensarlo dos veces.* Así acontece también con la enseñanza bíblica: se recela de la sana doctrina, mientras se dejan llevar por todo viento de doctrina. Es como si quisiera brindársele una oportunidad a lo novedoso, al tiempo que se le priva a lo bien probado desde la antigüedad.

Véase que la adopción de un evangelio diferente implica algo más grave que un cambio de conceptos o un desvío de la verdad: *“os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo”*. Dios mismo les había llamado por su sola gracia, en Cristo; ahora, algunos

aprovechadores les estaban llevando por diferente camino, como se ve por el versículo siguiente, y después en 3:1; 4:17; 5:7,12. Todos cuantos pretenden dominar sobre los demás hombres conocen muy bien el arte de impresionarlos primero, para arrojarles luego las cuerdas con que los atan a su capricho. De ahí la pregunta de Pablo: *“¿Quién os fascinó... ?”* Así también le había dicho a los corintios: *“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”* (2Co.11:3). Parece ser que los sentidos constituyen una parte vulnerable del hombre, y quien quiera conquistar su alma deberá apelar a sus sensaciones. El Espíritu Santo por supuesto que también los usa para comunicar la palabra de Dios; pero no trabaja en ellos sino en el mismo espíritu del hombre, regenerándolo por la acción directa de esa Palabra viva y eficaz.

En ocasiones que se le ha pedido a alguien que dé su testimonio de conversión al Señor, frecuentemente se cuenta de alguna sanidad recibida, de un fuego que le recorrió todo el cuerpo, o de un gozo indecible que le colmó de paz y felicidad. No hay alusiones al arrepentimiento, a creer y confesar a Jesucristo como su Señor y Salvador, a saberse reconciliado con Dios. No existiendo conciencia de estar en la perdición, tampoco la hay de haber pasado a gozar de una salvación tan grande. ¿Puede ser éste un auténtico fruto del verdadero evangelio?

2 – Quienes hoy día, no pudiendo pervertir el evangelio de Cristo se han visto obligados a descolgarse con tantas modalidades como sea capaz de adoptar un evangelio diferente, se sienten muy perturbados por las cosas que decimos o escribimos. Pero ¿cómo evitarlo? ¿Acaso la unidad cristiana se mantiene con una silenciosa complicidad con el error? Acá no estamos atorados con una morcilla -si es lícito o no comerla-, sino con quienes por lucro venden pasaportes al cielo con destino equivocado. En tiempos de Pablo los perturbados eran los cristianos ingenuos, y los perturbadores los falsos apóstoles y profetas.

Actualmente parece que la cosa se ha invertido, y es así que la generalizada apostasía consagrada por su popularidad, nos deja en tan incómoda posición de aparecer nosotros como los perturbadores. Pero ¿qué otra cosa podríamos hacer? La vida es una sola y el tiempo es corto porque el Señor ya viene. ¿No debemos pues denunciar y advertir acerca de estas cosas?

3 – Es interesante como Pablo hace prevalecer la identidad del verdadero evangelio, por sobre la de quien lo anuncia. En el hipotético caso que los apóstoles mismos o un ángel del cielo les presentara un evangelio diferente, debía ser rechazado. El punto de referencia no debía ser la personalidad de quien lo dice, sino el propio evangelio que ellos habían oído y creído, atestiguado por las Escrituras y la doctrina de los apóstoles expuesta en



cartas como ésta. Hecha la confrontación, debía quedar en evidencia cualquier falsedad, distorsión o desvío de la verdad.

Es innegable la autoridad espiritual que respalda siempre a un reconocido siervo de Dios; pero siendo humanos no son infalibles, y al menor descuido podrán equivocarse como cualquiera. Recuerdo que en el último mensaje televisado a todo el mundo que vi de Billy Graham, reseñando los varios sufrimientos físicos que debió padecer en su cuerpo nuestro Señor, finalmente incluyó la herida de la lanza en su costado. Por supuesto que Billy Graham no cambió el evangelio, y bien sabía él que el Señor no sufrió ese dolor pues ya estaba muerto, pero mientras predicaba tuvo un lapsus que de momento le hizo olvidar de tal circunstancia. Ahora bien, podría ser todavía que algún fanático admirador del famoso evangelista se negara a admitir tal error en su predicador favorito, y especulando tejiera toda una trama que le llevara a hacer una innovación en la cristología. Sin llegar a tal extremo, cosas por el estilo suceden sin embargo con harta frecuencia. Cuando señalamos el error se nos dice: - ¡Pero lo dijo Fulano! Por más textos bíblicos que citemos mostrando la verdad, la Biblia como que se nos hace cada vez más chiquita ante la descomunal mole de quien pueda haber dicho un disparate.

4 – Las palabras: “*sea anatema*” ¿qué pueden significar? Sin ir a un Diccionario Bíblico para buscar todas las implicaciones de la misma, es obvio que en el Nuevo Testamento ha cobrado un sentido negativo y condenatorio, como “maldito” o “maldecido”. La expresión es demasiado fuerte, lo que nos muestra que así como la ley tiene una maldición para quien la incumpla (Gá. 3:10), el evangelio la tiene para quien pretenda cambiarlo. ¡No contemporicemos con los que así hacen!

5 – Finalmente, hemos de reparar en que si bien todos los cristianos lo eran por haber creído al evangelio que otros les anunciaron; y los doce apóstoles del Señor habían oído el evangelio de sus propios labios, habiendo convivido con Él por más de tres años, el caso de Pablo era especial: el mismo Cristo resucitado y ascendido a los cielos se lo había revelado. Es así que la ventaja del conocimiento carnal que de Él tenían los doce, se compensa con creces por la revelación espiritual de la mente de Cristo que le fue conferida. Sin desmedro de la vida y ministerio de los demás apóstoles del Señor, el libro de Los Hechos y las epístolas alcanzan a probarnos la superioridad –no de su humana capacidad, que la tenía en alto grado-, sino de la gracia que le fue dada, la que él siempre ensalza.

Podemos sacar una lección de tal ejemplo:  
-Si lo que somos y tenemos se debe a nuestra propia

capacidad y empeño al recibir la enseñanza que otros hombres nos impartieron, es natural que la retengamos en fidelidad a la misma y lealtad a aquellos maestros, y así sea también natural nuestra propensión a agradecerles, buscando su aprobación y en lo posible el ser por ellos promovidos. -Si lo que somos y tenemos, reconocemos que es todo por gracia divina y revelación del Espíritu de Cristo a nuestro propio espíritu, entonces no nos atreveríamos a agradar a los hombres, pues ya somos siervos de Jesucristo. Esto no obsta nuestra mayor gratitud y reconocimiento por cuantos hombres Dios pueda haber usado como medios de nuestra instrucción; a ellos le debemos amor y respeto; pero lealtad incondicional sólo a nuestro Maestro, el Cristo.

Por venir muy al caso notemos algunas expresiones de los versículos 15 y 16: *“Pero cuando agradó a Dios, que ... me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí...”* Ciertamente que es del todo especial el llamamiento de Pablo como apóstol a los gentiles; pero podemos decir con verdad que la misma gracia del Padre por la iluminación del Espíritu Santo revela al Hijo a nuestro corazón. Debemos tener esta percepción espiritual de Cristo y su evangelio, para que seamos eficaces portavoces del mismo. Esto no se obtiene por catequesis, Instituto Bíblico y leyendo libros, pese al indiscutible aprovechamiento que pudiera obtenerse de ellos. La intelectualidad del evangelio facilitará su exposición, pero seguirá faltando el denuedo que lo vuelve contagioso. La captación espiritual del mismo es lo que dota al predicador de la unción y poder de lo Alto. ¡Que Dios nos dé su mayor gracia a fin de que no sólo sepamos bien el evangelio sino que experimentemos su poder!

Gálatas:

## 2

<sup>1</sup>Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. <sup>2</sup>Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el **evangelio** que predico entre los gentiles. <sup>3</sup>Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse; <sup>4</sup>y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, <sup>5</sup>a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del **evangelio** permaneciese con vosotros. <sup>6</sup>Pero de los que tenían reputación de ser algo (lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa; Dios no hace acepción de personas), a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron. <sup>7</sup>Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el **evangelio** de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión <sup>8</sup>(pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles), <sup>9</sup>y reconociendo la gracia que me

*había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión.*

*<sup>10</sup>Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer. <sup>11</sup>Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. <sup>12</sup>Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. <sup>13</sup>Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. <sup>14</sup>Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del [evangelio](#), dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?*

Otras cuatro veces aquí tenemos mencionado el vocablo “evangelio”, pero en un mismo contexto temático. O sea, el evangelio que Pablo predicaba entre los gentiles podía también describirse como el de la incircuncisión, lo que no lo hacía esencialmente diferente al de la circuncisión que se le había encomendado a Pedro, más que en sus receptores, tratándose mayormente de gentiles en el primer caso, y de judíos en el otro. Lenguaje y costumbres podían diferir, conformándose a la ética y práctica cristiana, pero la doctrina seguía siendo la misma. Dos veces se repite aquí la expresión “*la verdad del evangelio*”, pues esa verdad era la misma tanto entre judíos como entre gentiles, lo que parece que Pedro prontamente había olvidado después de su experiencia en casa de Cornelio. La reprensión de Pablo no aparece como siendo resistida por Pedro, pues sencillamente ocurrió como si Pedro descuidadamente hubiese dicho que 2 + 2 = 3, y Pablo mostrándole cuatro dedos le corrigiese de su error. Sencillamente, digo, para el caso personal de Pedro, porque los judaizantes siguieron dando mucho problema, y de alguna manera subsisten en el legalismo hasta el día de hoy. Es que seguramente Pedro tenía la doctrina correcta, pero con actitud impropia -confraternizando con los judíos y esquivando a los gentiles-, dejándolo en una posición totalmente incorrecta.

Hoy es frecuente todavía hallar muchos émulos de aquel Pedro retraído por humanos temores. Tienen la doctrina correcta, así que la profesan y hasta podrían enseñarla así, si quisieran. Pero es tal la confusión alrededor, que se sienten comprometidos a desdoblarse: una parte de su ser se resigna a hacer como todos hacen, mientras, en su fuero íntimo, todavía pueden solazarse en mantenerse fieles a los principios bíblicos. El estudiante de las Escrituras se lleva así una cruda decepción, pues no puede comprender la razón de tal contradicción. No veo otra explicación que la de una voluntaria dicotomía; aunque esta hipocresía será severamente castigada por el Señor en sus siervos infieles (Mt.24:51).

Gálatas 4:

*<sup>12</sup>Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros. Ningún agravio me habéis hecho. <sup>13</sup>Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el [evangelio](#) al principio; <sup>14</sup>y*

*no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.*

*<sup>15</sup>¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos. <sup>16</sup>¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad? <sup>17</sup>Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos. <sup>18</sup>Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros. <sup>19</sup>Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, <sup>20</sup>quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues **estoy perplejo en cuanto a vosotros.***

**1** - La ingratitud y desapego de los gálatas por Pablo -que fuerza a éste a recordarles un trato y consideración tan distinto hacia su persona-, es una de las experiencias más tristes que afligen a los humanos. Es frecuente que la sufran padres y abuelos ya ancianos, de parte de sus hijos y nietos. La ternura, cuidados y desvelos por aquellos niños, al llegar a grandes, comúnmente son pagados con olvido, desafecto y aún menosprecio.

Tratándose de hijos espirituales, como es aquí el caso de los gálatas ganados para el Señor por la predicación de Pablo, no es menos triste. Y tanto lo es, que Pablo casi que ya no puede reconocerles como hijos, temiendo haber trabajado en vano con ellos (v.11), y necesitar volver a pasar por los mismos sufrimientos de la primera vez, con tal de que Cristo sea formado en ellos. ¡He aquí el objetivo de la evangelización y el discipulado! No es por cierto lograr que los oyentes respondan a todo lo que se les pide, o que manifiesten públicamente su decisión o interés por su salvación, ni hacerles llenar tarjetas de su entrega al Señor, ni siquiera bautizarles y congregarlos en una iglesia. Aunque todo ello sea pertinente, si Cristo no comienza a ser formado en una persona, será como un abortivo que naciendo muerto sería inútil cuanto por él se hiciere. Cuando somos renacidos espiritualmente como nuevas criaturas en Cristo, y Él comienza a ser formado en nosotros, y habita por la fe en nuestros corazones, porque tenemos en nosotros su Espíritu vivificante, es cuando crecemos, nos desarrollamos, maduramos y vamos adelante hacia la perfección, porque es el mismo Espíritu del Señor que nos va transformando a su misma imagen. Durante el proceso, podemos confesar propiamente que somos cristianos y discípulos del Señor Jesús. Cuando con el paso del tiempo se observa que tal proceso ni siquiera parece haber comenzado, es hora de que nos examinemos a ver si efectivamente estamos en la fe. El ser cristiano y discípulo nunca puede ser una constante lucha por conseguir mostrar una moral y ética apropiada, como si se tratase de vestir un hábito religioso, sino el experimentar una nueva vida que se muestra al exterior naturalmente.

Las iglesias siempre necesitarán de auténticos pastores con discernimiento espiritual, de modo que puedan ayudar a cuantos se hallen en tan penosa y peligrosa condición. No se trata de suscitarles dudas en cuanto a su salvación; se trata de establecerles en la fe, para que experimenten la salvación que suponen tener pero que no tienen, por lo cual desconocen también su certeza, seguridad y gozo.

2 – La frase: “*¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?*” sin duda que ha estado en boca de toda la humanidad, ya que muestra una de las reacciones instintivas de nuestra naturaleza carnal. Probablemente que una de las primeras cosas que un niño puede aprender en su vida de relación, es todo lo bueno que puede cosechar con sus elogios a hermanos y compañeros, y a su vez lo malo que podrá acarrearle sólo con observarles cualquier detalle negativo. Esta actitud adquirida desde muy temprano conduce a la hipocresía, y es muy difícil luego substraerse a esta tendencia.

Cuando evangelizamos, no necesitamos agredir a los oyentes adoptando una actitud santurrón como si los tuviésemos a nuestros pies, humillándolos por ser unos miserables pecadores perdidos. Si lo hacemos así, entonces ellos estarán a la defensiva rechazando cuanto decimos. Lo que nosotros nos anticipemos a hacer, conseguirá que el Espíritu Santo no lo haga, pues la convicción y compunción por el pecado es obra suya y no nuestra. Debemos limitarnos a predicar la palabra verdadera del evangelio, y si alcanzamos a trazar bien la palabra de verdad, anunciado todo el consejo de Dios, ya tiene el Espíritu el material necesario para operar en el corazón del oyente.

Pero tampoco debemos irnos al extremo opuesto, cuidándonos de no ofenderlos si hablamos del pecado, la muerte, el juicio, la condenación y el lago de fuego. En todo momento debemos ser conscientes que somos meros mensajeros, y que la buena noticia que les anunciamos no la hemos redactado nosotros mismos. Un heraldo no proclama lo que se le ocurre, sino lo que la autoridad superior le ha mandado decir. Si la Dirección de Meteorología comunica a los medios radiales y televisivos la inminente llegada de fuertes huracanes, a ningún informativista se le ocurriría congraciarse con su público reduciendo por su cuenta la intensidad de los vientos. La cruda veracidad de la noticia prevendrá posibles tragedias. Así también nosotros, tampoco podemos destacar los esplendores del cielo ocultando tras ellos el humo del tormento de los condenados que sube para siempre jamás.

3 – <sup>20</sup>*quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues **estoy perplejo en cuanto a vosotros.***

El problema de Pablo sin embargo no es con la evangelización, sino ya a nivel de iglesias, donde uno esperaría que una mayor comprensión espiritual no tropezaría con un escollo tan grosero. Efectivamente, ¿cómo podríamos calificar a una reacción enojosa ante la sola enunciación de la verdad? Admitiríamos como natural cualquier protesta ante cualquier juicio injusto e infundado, y hasta que los ánimos se subleven frente a una acusación falsa y calumniosa; pero no esperaríamos igual reacción cuando la propia conciencia atestigua la veracidad de lo que oye. Sin embargo, y por insólito que parezca, los mismos cristianos suelen ofenderse más

cuando se les enfrenta a la verdad, que cuando son acusados falsamente. Si un anciano reconviniere a un miembro de la iglesia por idolatra, previniéndole que de persistir en su actitud podría ser puesto fuera de comunión de acuerdo a 1Co.5:11, lo negará con buena razón y se molestará poco, porque en su fuero íntimo sabe que no lo es, así que a lo sumo pedirá una explicación a tan absurda acusación, imaginando que se trata de algún malentendido o algún chisme malintencionado. Su disgusto es pues limitado. Pero si a continuación el anciano le explicara que su idolatría es la avaricia, conforme a Colosenses 3:5, entonces sí puede montar en cólera y manifestarse muy ofendido, pues se le ha puesto el dedo en la llaga. Somos en algún grado indulgentes cuando se nos difama falsamente, pero tremendamente susceptibles cuando se nos enfrenta a la verdad. Nuestra conciencia sabe que no necesita siquiera defenderse contra la calumnia, porque toda falsa imputación nos es ajena y no alcanza a rozar nuestra realidad; pero la menor observación que se nos haga, siendo acertada, puede lastimarnos profundamente porque la conciencia no puede evadir la razón que le asiste. Pero como cristianos, y discípulos, debemos aprender a recibir corrección y amar y apreciar a cuantos tengan tal solicitud por nosotros, que se interesen en señalarnos los defectos, no para avergonzarnos, sino para perfeccionarnos. Pero esto es muy difícil, a menos que recibamos del Señor gracia suficiente para ello. ¡Y por cierto que Él la da sin escatimarla! No tenemos por qué resignarnos a seguir siendo tal como somos, si el Espíritu quiere transformarnos y asemejarnos tal como el mismo Señor es.

Efesios 1:

<sup>13</sup>*En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el **evangelio** de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,*

Aunque ahora sólo extraemos este versículo porque incluye la palabra “evangelio”, recordamos que seguimos teniendo en mente todo lo que de él se dice en el N. T., en el contexto mayor de toda la epístola, en el inmediato del capítulo, y en el menor de la porción que va del v.3 al 14.

Así que todo lo que antecede es muy importante, pues lo que aquí se dice tiene su origen nada menos que en lo que es todo un misterio: la voluntad divina, su beneplácito y propósito eterno por el cual fuimos escogidos y predestinados, y un final igualmente imperecedero: “*para alabanza de la gloria de su gracia*”; y todo ello: siempre “*en Cristo*”.

De este breve texto podemos señalar algunos asuntos trascendentes:

- 1 – La relación que ya hemos notado entre el oír de la palabra y el evangelio de salvación.
- 2 - No hay otra demanda que la del creer, incluyendo tal acción tanto el arrepentimiento de los pecados como el confiar en el Señor Jesús.



3 - El aquí llamado “*Espíritu Santo de la promesa*” no puede ser otro que el que descendió en Pentecostés y bautiza en un cuerpo a todos los que creen (1Co.12:13).

Así entonces, cuantos tenemos el sello de Dios en nosotros mismos - llamado también don y unción del Espíritu-, podemos gozar su plenitud sin límite ni impedimento alguno a su llenura y poder, salvo si nuestro pecado le contrista, o si por incredulidad o ignorancia buscamos fuera de nosotros al que ya está en nosotros, o pedimos lo que ya hemos recibido.

Efesios: 3:

<sup>3</sup>que por revelación me fue declarado el *misterio*, como antes lo he escrito brevemente, <sup>4</sup>leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el *misterio* de Cristo, <sup>5</sup>*misterio* que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: <sup>6</sup>que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del *evangelio*, <sup>7</sup>del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.

<sup>8</sup>A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el *evangelio* de las inescrutables riquezas de Cristo, <sup>9</sup>y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del *misterio* escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas;

Después del libro de Daniel (único del A.T. en que aparece la palabra “misterio”), Efesios con sus 7 referencias es donde más se cita, y las 4 en esta porción con relación al evangelio, amerita esta observación.

Que el evangelio sea tan sencillo que hasta un niño o alguien muy ignorante pueda captar su mensaje, creerlo y salvarse, no le quita nada de su profundo e insondable misterio. Si bien fue siempre un “misterio escondido”, ahora es un “misterio revelado”; de lo que no deberíamos inferir que es ya cosa harto sabida y conocida.

Realmente maravilla esta doble cualidad del evangelio, pues al tiempo que es accesible a la mente y corazón del oyente, es inagotable si tenemos en cuenta que se trata nada menos que del “*evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*”. Pero ¿por qué son inescrutables tales riquezas de Cristo? ¡Pues para que las escutemos, por supuesto! No es como algunos que afectando piedad no se atreven a estudiar las cosas que hasta los ángeles anhelan mirar (1Pe.1:12), y se recluyen en su ignorancia. Por eso Pablo nos anima en Ro.10:12 diciéndonos que el Señor es rico para con todos los que le invocan.

Es lamentable el pobre concepto que de la unidad cristiana algunos parecen tener. Han hecho su lema: “El amor une, la doctrina divide”; y así siguen ciegamente a sus carismáticos líderes rehusándose a examinar lo que puedan llegar a decir y enseñar. Otros entendemos que la unidad en la fe, y el llegar a tener todos una misma mente, pensando lo mismo,



se propicia con un constante crecimiento en el conocimiento de Dios y su Palabra.

Pensando como hombres, es cierto que cuanto más ignorantes seamos, menos conocimientos tendremos y así disminuirá la oportunidad que la disparidad de ellos produzca confrontaciones. Hemos visto documentales de los pueblos que viven apartados de la civilización, como puede ser en la Amazonia, los pigmeos de África y aborígenes de Oceanía. Su cultura no va más allá de su propia comunidad y la zona geográfica que habitan, y sus ancestrales y rudimentarios conocimientos bastan a su subsistencia en un hábitat pródigo en recursos naturales. Cuando los misioneros les visitan, ríen fácilmente y se muestran muy afables y obsequiosos. Niños y mayores parecen todos muy felices, como si no necesitaran de los electrodomésticos sin los que nosotros no imaginaríamos poder vivir. Aunque el instruirles con todo el bagaje de nuestra cultura occidental podría reportarles algún bien, al poco tiempo ya les veríamos de ceño fruncido, preocupados por las noticias que oyen y espantados por las que vieran en los telenoticiarios. Para compensar su disgusto, habría que brindarles escenas y espectáculos cómicos que les haga recuperar la risa.

El hombre natural, aunque profese ser cristiano, evadirá cualquier estudio que le implique un esfuerzo que en vez de comodidad y placer, pueda redituarle preocupaciones e inquietudes.

Imaginemos por un momento que alquilamos por todo un mes el mayor estadio cerrado de nuestra ciudad. No proyectamos una cruzada evangelística, sino una serie de conferencias bíblicas para los cristianos locales, desde la puesta del sol hasta la medianoche. Sabiendo que los expositores suelen ser extensos en sus prédicas, no se les asigna tiempo sino que utilicen con libertad todo el que necesiten. Por un especial favor del cielo nos visita un selecto elenco de los más sabios y elocuentes predicadores de la historia, dotados todos ellos con el don de la lengua castellana, para evitarnos oír un doble sermón con intérprete. Así que en la primera noche se hace la presentación de Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Juan Crisóstomo, Pedro Valdo y Savonarola. El recinto se llena hasta no caber un alfiler, dada la curiosidad por conocer en vivo tan famosas personalidades. Para dar lugar a los otros, cada expositor deja inconcluso su sermón, el que proseguirían al día siguiente. Satisfecha la curiosidad por verles y oírles, ya la segunda noche merma algo la asistencia, pues parece que todos ellos adolecen del mismo mal de ser demasiado exhaustivos con sus explicaciones, y a veces hasta hirientes en sus aplicaciones. Día tras día sigue decayendo la concurrencia, languideciendo la conferencia hacia el final de la semana. Pero al inaugurarse una nueva semana con un renovado equipo de predicadores, vuelve a colmarse el coliseo. Esta vez son presentados: Martín Lutero, Juan Calvino, Ulrico Zuinglio, Juan Knox y Menno Simons. Misioneros alemanes, franceses, suizos, escoceses y holandeses aplauden frenéticamente a sus admirados reformadores, lo que provoca su general descontento ante tales manifestaciones. Sea porque se ofendieran por sus

reconvenciones, o se cansaran con su prolija exégesis bíblica, o que se incomodaran por la vehemencia de sus exhortaciones, lo cierto es que la decursión paulatinamente vuelve a mermar la asistencia día tras día. Felizmente la tercer semana comienza con una nueva embajada ministerial, consiguiendo otra vez un lleno total del edificio. Ahora hace su aparición Juan Bunyan, Jorge Fox, Juan y Carlos Wesley, Jorge Whitefield y Jonatán Edwards. Aunque Carlos Wesley con su melodiosa voz interpreta hermosos himnos de su autoría entre un sermón y otro, cada uno de ellos no lleva menos de dos horas, por lo que el público se duerme, y apenas por aquí y por allí se descubre algún veterano chapado a la antigua y unos pocos entusiastas jóvenes que no pierden de atender a cada palabra que se dice. Reiterándose la misma tendencia anterior, la afluencia disminuye nuevamente, para atiborrarse el lugar de gente al inicio de la cuarta semana. Esta vez los ministros son nada menos que los británicos Carlos Spurgeon, Juan Nelson Darby y el Dr. Martin Lloyd-Jones, y los norteamericanos D. L. Moody (acompañado como siempre con el cantautor Ira Sankey) y Carlos Finney. Aunque todos están de acuerdo con el muy alto nivel de los expositores, evidenciando sabiduría de la Palabra de Dios, unción espiritual y una gracia singular en cada estilo, se piensa que quizá hubiese sido mejor si se hubiera hecho una campaña evangelística, porque los creyentes como que ya están cansados y se les ve como incapaces de mantener la atención más allá de la introducción a cada mensaje. Además, como que cuanto más escuchan más culpables se sienten por su rutina religiosa, y tienen la sensación como que los predicadores visitantes todavía no acaban por acomodarse a nuestra presente realidad. Finaliza el mes de conferencias con muy pocas de las butacas ocupadas en la platea, y las gradas vacías. Aunque es extraordinario el clima de fervor e interés despertado entre los que han perseverado hasta el final, contrasta la general apatía de cuantos apenas llegaron nada más que atraídos por la fama que precedía a los expositores; y eso que cumplieron maravillosamente el cometido de aclararnos a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, edificándonos en la fe al enseñarnos acerca de las inescrutables riquezas de Cristo. Parecía como que todos los predicadores tuvieran mucho más todavía para darnos, pero la evidente desidia de la mayoría desalentó cualquier intención de extender las conferencias. Muchos salimos acariciando la esperanza que quizá durante el Reino Milenial tengamos otra oportunidad de seguir escuchándoles, o si no, en la Nueva Jerusalem dispondremos de toda una eternidad para ello. ¡Pero cuánto bien nos hubiese hecho oírles aquí y ahora!

Y así acaba mi sueño, fantasía o como se le quiera llamar.

Efesios 6:

### ***La armadura de Dios***

<sup>10</sup>Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. <sup>11</sup>Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes

*contra las asechanzas del diablo. <sup>12</sup>Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. <sup>13</sup>Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. <sup>14</sup>Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, <sup>15</sup>y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. <sup>16</sup>Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. <sup>17</sup>Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; <sup>18</sup>orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; <sup>19</sup>y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, <sup>20</sup>por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar.*

He aquí una porción favorita de los maestros de Escuela Dominical, en reuniones de jóvenes, campamentos, retiros y conferencias de ministerio de la Palabra. Es tanto el material que ofrece esta porción, que por parco que sea el expositor nunca le faltará qué decir en provecho de sus oyentes.

1 - Notamos la palabra **apresto (ετοίμασία)** porque tanto en su forma griega como castellana únicamente aquí aparece. Otras palabras de la misma familia denotan disposición, preparación, y se traducen también como: estar aparejado, prevenido, apercebido, pronto, presto. Con tal sentido en un comentario hallé una expresión interesante (joyful alacrity of mind): alacridad jubilosa de mente; con una palabra desusada entre nosotros, pero que expresaría con más exactitud la idea: “alacridad” – Alegría y presteza del ánimo para hacer alguna cosa. (dicc. R.A.E.)

De la LXX se traduce como “cimiento” en el Salmo 89:14<sup>a</sup>, y “base” en Zacarías 5:11. Importa advertir tal relación, pues entonces estaría significando no solamente la disposición del ánimo pronto a llevar el evangelio, instando a todos a tiempo y fuera de tiempo, sino al mismo evangelio como el sólido fundamento sobre el que el soldado de Cristo se sostiene. Basta recordar por un momento lo que llevamos estudiado en cuanto al evangelio, para convenir conque tanto es una buena noticia que entregamos a otros, como un poder divino que operó en nosotros primeramente, y cuya fuerza vital nos sigue impulsando adelante para que otros también sean salvos.

En algún esfuerzo evangelístico especial en que colaboran obreros voluntarios, hemos comprobado la gran dificultad que enfrentan quienes precisamente parecen hallarse descalzos. Al ser demandados acerca de la esperanza que hay en ellos se hallan en serios aprietos para responder, y su conducta y actitudes suelen no ser las más propias de un evangelista.

Aunque hoy día quizá se le dé preferencia al modelo de coraza, yelmo, escudo y espada que se ha de usar, quizá no estaría nada mal comenzar por los zapatos. El discípulo de Cristo ha de tener sus pies bien protegidos, de modo que pueda sostenerse en medio de la brega. El evangelio de la paz tiene mucho para afirmarnos en la fe que queremos

anunciar a otros.

2 - <sup>19</sup>y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra *para dar a conocer con denuesto el misterio del evangelio*,

El texto interesa más que lo que a primera vista parece. Luego de encarecer a los efesios su intercesión en oración constante por todos los santos, ese “y por mí” como que quisiera concentrar todas las súplicas hacia sí mismo, más no en provecho de su persona sino para el fin que persigue y que es su propia vida y meta como seguidamente dice.

Luego interesa la expresión “a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra”. Aquí nos hallamos en un cruce difícil en medio de una avenida de intenso tránsito. Lo normal es que un conductor experimentado, detenido ante el semáforo, mantenga manos y pies en la posición debida con sus ojos atentos al cambio de luces que le permita reiniciar la marcha de inmediato. Imprudente sería quien confiando en su pericia y velocidad del vehículo acelerara cuando la luz ya cambió a roja. Con lamentable frecuencia acontecen accidentes por tales exhibiciones de habilidad. Pero ¿qué diríamos de quien al detenerse ante la roja, también apagara el motor, comenzara a cebarse un mate y a hojear el diario? Así al destellar la luz verde, pondría a un lado sus implementos, doblaría el diario en el asiento, y por fin se decidiría a dar vuelta la llave de arranque. ¡Sería casi como ponerse a ensillar el caballo que va a montar! Tales extremos sin embargo pueden fácilmente hallarse entre los predicadores.

Algunos preparan tan bien su sermón, que una vez que suben al púlpito y junto a su Biblia abierta colocan el bosquejo y demás apuntes, no se preocupan por más nada, dando la sensación de ser solventes profesores universitarios. Así comienzan, siguen y concluyen felizmente, sin tropiezo ni percance alguno. Pero tal éxito es más aparente que otra cosa. El ministerio de la mera letra puede educar la mente sin alcanzar a suplir vida al espíritu del oyente. Aunque no se escuche el ruido del choque, ni se vean los vehículos volar por el aire, ni a las víctimas aprisionadas entre los hierros o tiradas en la calle, sino mas bien luzca aquello la paz del cementerio, es mucho el daño mortal que puede hacer a la congregación un ministerio que no es del Espíritu.

En el extremo opuesto, tenemos a quienes no preparan nada, pues recién cuando abran la Biblia ante sus oyentes verán si Dios les da una palabra oportuna para ministrarles. Al no haber dedicado tiempo en oración para traer ante el trono de la gracia a quienes ahora trae la palabra de Dios, ni para meditar en las Escrituras que les va a exponer ¡puede ocurrir cualquier cosa! Así suelen introducir su sermón leyendo un texto bíblico del que luego nada dirán; divertirán al auditorio con alguna anécdota graciosa o procurarán impactarlo con algún testimonio conmovedor. Serán dispersos en su exposición, saltando de uno a otro caso bíblico; compondrán nuevos versículos citando como uno partes de varios, y no es de extrañar que divaguen sorprendiendo a su público con un disparate con apariencia de nueva revelación. Siempre hay candidatos a festejar con fervientes “amenas” cualquier novedad. Nadie mejor que el

propio predicador es consciente de su vacío espiritual y falta de fervor, unción y poder. Pero tomando su imprevisión como fe y confianza de que Dios pondrá las palabras en su boca, automáticamente se vuelve grandilocuente, gesticulando, gritando y enfatizando exageradamente puntos menores, al paso que desaprovecha mejores oportunidades en otros mayores. Generalmente el auditorio ha sido concientizado de que una “prédica fuerte” lo es por el despliegue físico del predicador que sermonea, salta y suda, y no por la substancia de lo que dice. Así las cosas, la excitación de la carne puede presentarse como euforia espiritual. Quizás el predicador más escuchado en nuestro país sea el brasileño “Missionário David Miranda”, pues a todas horas del día varios radios transmiten sus mensajes, y ya han establecido muchas “Iglesias” por todas partes. Con excepción del “Pastor Aquiles Carreras”, probablemente no haya otro que le dispute su calidad de peor predicador del dial. Comienza hablando en el mismo tono altisonante, ampuloso y rimbombante conque sigue y termina. La multitud aplaude y celebra cada frase, diga lo que diga. Nunca tuve paciencia para escucharle todo un sermón, hasta una retransmisión desde San Pablo que me propuse estudiar atentamente. No fue un error teológico, sino apenas un detalle insignificante pero que sorprende por lo inaudito en un predicador de su talla internacional. Citando las palabras del Señor desde la cruz: “*Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?*”, dijo que Jesús pronunció esas palabras ¡en latín! Por supuesto que cualquiera puede equivocarse en el fragor del mensaje, y en vez de decir “en arameo” dijera “en hebreo” o “griego”, pero hasta se hace difícil imaginar que un cura católico –más comprensivamente-, pifiara de tal modo. Lamentablemente, ni siquiera el traductor del portugués al español atinó a corregir el error. Al domingo siguiente (17.3.2002) de oír lo que antecede vuelvo a escuchar al mismo predicador por escasos dos minutos, y ya no quise seguir oyéndolo: hablando de la escena del Calvario, dijo que ya muerto el Señor, un soldado le abrió una herida en el costado con su espada (Jn.19:34). La Biblia en portugués también dice “lanza” como en español. ¡Qué colección de errores podría lograr un oyente atento! Es cierto que ambos errores no son teológicos y nada arriesga con ellos la doctrina cristiana; pero son lo suficientemente groseros como para plantear dudas en cuanto a su real conocimiento de la Palabra de Dios, pues no es eso cosa que se pueda achacar a la mera distracción. Da para pensar, ¿no es cierto?

Finalmente, la expectativa del apóstol por lo que pide la intercesión de los efesios, estaba en que *“al abrir mi boca me sea dada palabra”*. O sea, la mente podrá estar bien nutrida de textos bíblicos, y hasta el corazón ejercitado en la oración y meditación, pero en definitiva, es Dios quien pone las palabras de gracia y verdad en boca de su instrumento humano para comunicar el misterio del evangelio. En cuanto al “denuedo”, podrá verse el artículo dedicado especialmente a su consideración.

Convendrá pensar también que el misionero podrá ser tan humilde como un “embajador en cadenas” –espiritualmente hablando-, pero nunca alguien que ministra desde su status de diplomático extranjero.

Filipenses 1:

<sup>3</sup>Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, <sup>4</sup>siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, <sup>5</sup>por vuestra **comuni3n** en el **evangelio**, desde el primer d3a hasta ahora; <sup>6</sup>estando persuadido de esto, que el que comenz3 en vosotros la buena obra, la perfeccionar3 hasta el d3a de Jesucristo; <sup>7</sup>como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el coraz3n; y en mis prisiones, y en la **defensa y confirmaci3n** del **evangelio**, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia.

Varios aspectos interesantes tenemos en Filipenses respecto al evangelio.

- 1 – **Comuni3n en el evangelio**: Esta com3n uni3n de los filipenses con Pablo lo incluye todo: oraci3n intercesora, testimonio personal y contribuci3n econ3mica en el sost3n del ap3stol. Es algo que hab3a empezado bien, segu3a bien y era el sentir de Pablo que ir3a a3n perfeccion3ndose hasta la venida del Se3or. El af3n de algunos obreros cristianos a veces est3 puesto en el hacer cosas y comenzar algo de una buena vez, por ejemplo: una “iglesia”, o el bautismo de algunas personas. Es por cierto gratificante emprender cosas, inaugurar nuevos lugares de reuni3n, ampliar la visi3n y extender las estacas. Pero es bueno tambi3n hacerlo en forma corporativa, es decir, en sujeci3n a la Cabeza y asociados a los dem3s miembros del Cuerpo de Cristo.
- 2 - **Defensa y confirmaci3n del evangelio**: Esto hace acordar a los que reconstru3an los muros de Jerusalem (Neh.4:17), con la cuchara de alba3n en una mano y la espada en la otra. Este doble aspecto del evangelio importa destacarlo: no solamente ha de ser confirmada su verdad, por el lado positivo, sino que por el negativo se requiere tambi3n su defensa, pues toda suerte de error y vientos de doctrina le combaten. La natural propensi3n positivista que caracteriza al hombre contempor3neo, es renuente a invertir tiempo y esfuerzos por desarticular la estrategia de los enemigos del evangelio. Si bien es cierto que una afirmaci3n de la verdad siempre ser3 efectiva ante un avance del error, de persistir esa actitud reacia de salir al encuentro de lo que atenta contra la integridad del evangelio, podr3 suscitar dudas en nuestras propias filas en cuanto a la fe y convicci3n que tenemos. Aunque no sea simp3tica la misi3n de exponer la herej3a y denunciar las malas doctrinas, es necesario, pues de lo contrario crecer3 el n3mero de sus simpatizantes entre nosotros mismos. Probablemente el presente estudio tienda a compensar algo de ese d3ficit; pues al no detenernos demasiado en la ex3gesis del texto, no podemos evitar que nos golpee en el rostro nuestra realidad cotidiana, cuando la verdad meramente profesada es vestida con ropas que no le cuadran.

<sup>12</sup>Quiero que sep3is, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado m3s bien para el **progreso** del **evangelio**, <sup>13</sup>de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los

demás. <sup>14</sup>Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.

### 3 – Progreso del evangelio: La porción nos ofrece dos aspectos:

- a) Lo que en apariencia se presenta como un grave inconveniente para la difusión del evangelio, o sea, la persecución sufrida por Pablo, expuesto de continuo a maltratos físicos y privación de libertad, Dios en su soberana gracia lo encaminaba para bien, de modo que en aquellos lugares donde nadie predicaba, él podía anunciar a Cristo a quienes de otro modo no llegaría el evangelio. Esta es pues una invitación a recapacitar, cuando las cosas no salen tal como esperamos, sino que surgen problemas que cambian los programas mejor elaborados. Es que muchas veces es inútil nuestro mejor esfuerzo para meter al Señor dentro del programa, no solamente porque ni se da por enterado, sino que todavía rompe nuestro esquema y hasta nos saca fuera del mismo. Es consolador y reconfortante para el obrero del Señor saber que hasta los estorbos que fragüe Satanás contra el evangelio, Dios puede tomarlos y hacerlos canales del mensaje de salvación.
- b) Lo otro es el ejemplo aleccionador de Pablo que inspira y anima a los demás hermanos. La pregunta surge sola: -Si Pablo, en cadenas y en medio de tantos sufrimientos es capaz de alegrarse por la oportunidad que el Señor le abre para evangelizar, ¿nosotros qué esperamos?

De las palabras “la mayoría de los hermanos” deducimos lo que era normal y de esperar en la iglesia primitiva: no se invitaba a un evangelista especializado en misiones, sino que el predicar era simplemente el “hablar la palabra”, deber y privilegio de cada discípulo del Señor. El hacerlo sin temor, a más del incentivo que los estimulaba con el ejemplo de Pablo, se explica en la expresión “cobrando ánimo en el Señor”; Él siempre es el causante de avivar nuestro espíritu, animar el alma y dar vigor al cuerpo.

<sup>15</sup>Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. <sup>16</sup>Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; <sup>17</sup>pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. <sup>18</sup>¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún.

### 4 – Puesto para la defensa del evangelio: Ya vimos algo de este asunto en el v.7; allí había una coparticipación de los filipenses con Pablo, pero ahora hay algo más personal por la responsabilidad que entraña.

Una primer lectura de esta porción nos produce singular extrañeza: -¿Cómo es posible que en aquellos incipientes tiempos del evangelio surgieran los problemas que parecen ser propios de nuestra época?

Es comprensible que hoy proliferen los que aspiran obtener fama y posición en el mundo predicando el evangelio, pues la popularidad y



éxito alcanzados por unos invita también a otros.

Debemos recordar, sin embargo, que muchos de los predicadores contemporáneos de Pablo terminaban como él, sufriendo martirio.

Si azotes, cárceles y hasta la misma muerte era todo el porvenir que les aguardaba, se comprende que se expusieran a esto los que lo hacían sinceramente, pues no buscaban la gloria del mundo, sino servir a Dios por amor a los perdidos, sabiendo que ya tenían un reino preparado para ellos. Pero que a tales vicisitudes se arriesgaran los que procuraban que Pablo se hiciera mala sangre con la noticia de sus labores, nos plantea un fuerte interrogante. Si nos detenemos a examinar el caso, veremos que no podían ser demasiado herejes o maestros de malas doctrinas, pues entonces, la aparición de una nueva secta religiosa pseudo cristiana, haría que Pablo simplemente tomara distancia de ella, sin importarle lo que hicieran o dijeran. Pero que el apóstol se gozara en que Cristo de todos modos fuese anunciado, parecería como que de algún modo está avalando a los que lo predicán por envidia, contienda, pretexto e intención de mortificarle. En realidad no es así: lo que Pablo avala y es motivo de su gozo es el Cristo que es anunciado, prescindiendo de la idoneidad de los mensajeros. Todos conocemos la competencia entre los tele-evangelistas de los EE.UU. que malogró vidas y ministerios. Aunque deploremos muchas actitudes y segundas intenciones, no podemos dejar de reconocer que la presentación de Jesucristo como el Hijo de Dios, Señor y Salvador de cuantos creen en la eficacia de su muerte propiciatoria y resurrección, así como la lectura y exposición de la Palabra de Dios, han sido usadas por el Espíritu Santo para llevar la verdad a cuantos habrían de creerla y salvarse. Esto no acredita a aquellos evangelistas, sino al Dios de toda gracia que todavía envía a distribuir gratuitamente el pan de vida en canastos deteriorados por un uso descuidado. La misma confusión que hoy tenemos requiere de este antecedente que no justifica pero explica la situación.

<sup>27</sup>*Solamente que os **comportéis como es digno** del **evangelio** de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, **combatiendo unánimes por la fe** del **evangelio**,*

Es muy bueno que en este solo versículo tengamos dos veces la palabra “evangelio” en tan interesante relación.

La efectividad del evangelio requiere de ambos aspectos, aunque acostumbremos enfatizar el segundo: comportamiento digno y combate unánime por la fe del evangelio.

Al desatender el primer consejo se produce lo que comúnmente se dice: por muchos que entren por la puerta del frente, otros tantos salen por la de atrás; así las iglesias no crecen aunque viven ilusionadas con un avivamiento que no existe. Esta es la razón por la cual todavía alcanza la capacidad de edificios que ocupan desde hace más de 25, 50 o 75 años.

Recuérdese la iglesia en Jerusalem en los primeros capítulos de Hechos, ¿qué edificio les hubiera bastado?

Como resultado de un combatir unánimes por la fe del evangelio, muchas almas podrán ganarse; pero para retenerlas es necesario mantener un comportamiento digno del evangelio de Cristo. Es triste cuando tempranas decepciones malogran a los incipientes discípulos.

Por la predicación las almas son atraídas al Señor; por el testimonio y conducta cristiana se mantienen adheridas al Cuerpo de Cristo donde necesitan ser edificadas como piedras vivas.

Filipenses 2:

*<sup>9</sup>Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado;<sup>20</sup>pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros.<sup>21</sup>Porque **todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús.**<sup>22</sup>Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el **evangelio.***

El testimonio que aquí aporta Pablo en cuanto a Timoteo, y luego de Epafrodito, contrasta con lo que ya en aquella época parecía estar tan generalizado, que se permite decir: “*Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús.*”

Que Pablo profetizara respecto a nuestros tiempos, parecería natural, porque es lo que palpamos a diario; pero sorprende que arriesgara un juicio tan severo. Por supuesto que a ningún lector se le ocurrirá pensar que hablaba acá de los inconversos que están en el mundo. Del contexto se comprende fácilmente que tiene en mente a los hermanos cristianos. Aunque no se ven acá más excepciones que las de Timoteo y Epafrodito, un dictamen tan general como éste tampoco incluiría a la totalidad de los creyentes, sino a aquellos que por cercanía, recursos y ocasión, teniendo la mejor oportunidad de colaborar con él y su obra, no se involucraban por atender preferentemente sus propias cosas.

Las agendas contemporáneas, también priorizan los intereses personales y de la familia. Aunque se invoque que el Señor está primero, “*lo que es de Cristo Jesús*” (su obra, iglesia, los hermanos), sólo cuenta cuando no interfiera con las actividades programadas.

Realmente no es nada fácil poder percibir nuestra propia realidad: ¿es que el Señor está primero y tras lo suyo corren nuestros propios intereses? ¿O será que lo que ponemos primero es esa profesión, pero la realidad está invertida? Podemos engañarnos ingenua e involuntariamente y también podemos auto engañarnos deliberadamente. Si alguien nos hace alguna observación al respecto, es probable que nos sintamos incómodos y hasta fastidiados; ¡mal síntoma!

Es fácil profesar: -La iglesia es del Señor, la obra es de Dios y las ovejas son tuyas. Y al instante reclamar: -¡Mi iglesia, mi obra, mis ovejas!

La gloria, honra y preeminencia que desde el púlpito atribuimos al Señor, al bajar del mismo bastará una pregunta para sentir en carne propia cómo se resiente nuestra auto estima, y olvidando lo que acabamos de decir, reaccionamos como si algo de todo aquello fuese nuestro. Cuando nos apropiamos de lo que sólo a Dios pertenece, no podemos contar ya con la unción y sello del Espíritu Santo en nuestro trabajo, pues quedamos desnudos, desprotegidos y vulnerables ante quien nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros (1Pe.3:15).

Filipenses 4:

<sup>3</sup>*Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que **combatieron juntamente conmigo** en el **evangelio**, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.*

El deseo inicial de Pablo en cuanto a los filipenses (1:27), se apoya acá con el testimonio de otros colaboradores suyos.

La unidad espiritual y unanimidad que encarece anteriormente, halla aquí el estimulante ejemplo de hermanos y hermanas que le acompañaron en la obra de Dios, la que es presentada como una contienda. Trabajar en la viña del Señor puede tener ribetes suaves, de solaz y romanticismo. Sin embargo no conviene olvidar que principalmente se trata de una guerra espiritual, pues la iglesia arremete contra las posiciones infernales, librando con el evangelio a las almas que yacen cautivas bajo el poder de Satanás.

Podríamos “envidiar” a aquellos privilegiados que bregaron a brazo partido, hombro a hombro, espalda contra espalda, junto al apóstol Pablo. Sin embargo, y siendo que la lucha prosigue, y seguimos alistados en el mismo ejército, nada impide que nos sintamos tan identificados con aquel ardiente contendor por la fe; pues ¿no fue para esto que nos instruyó a vestirnos la armadura de Dios? Incluso, podríamos sumar aquella “*tan grande nube de testigos*” (He.12:1), cuyas biografías nos inspiran a cobrar ánimo estimulados por sus heroicos hechos.

### ***Dádivas de los filipenses***

<sup>10</sup>*En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad.* <sup>11</sup>*No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.* <sup>12</sup>*Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.* <sup>13</sup>*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.*

<sup>14</sup>*Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación.* <sup>15</sup>*Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del **evangelio**,*

*cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; <sup>16</sup>pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. <sup>17</sup>No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. <sup>18</sup>Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. <sup>19</sup>Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. <sup>20</sup>Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

Todo comienzo en la obra de Dios es siempre lo más difícil, pues el esfuerzo muchas veces ha de encararse en forma solitaria; no sólo por las circunstancias eventuales de aislamiento de otros hermanos e iglesias, sino por el escepticismo renuente a apoyar emprendimientos aventureros. Sin embargo, pese a tal incompreensión de muchos, el evangelio se ha extendido por todos el mundo, gracias a que también hay cristianos e iglesias como la de los filipenses, dispuestos a sostener a los pioneros.

En esta porción hay un doble aspecto a resaltar en este asunto:

Uno, el del siervo de Dios, agradecido y reconocido por la provisión suplida por los filipenses, pero que deja bien en claro cuales son sus miras en esta delicada cuestión. Algunos ministros actuales harían bien en revivir esta confesión de Pablo viendo si ellos también pueden gritar un “amén” tan fuerte como el que suelen pedir a su auditorio; y dos: muchas iglesias también harían bien en revivir su cuidado para con aquellos que están dedicados a servirles.

Parece más que obvio que las iglesias están en grave falta, pues nunca ha trascendido –que se sepa-, que algún pastor haya expresado a su congregación: -Todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno.

Existe un círculo vicioso en el que muchos “circulan”, y que de no detenerse para cambiar la marcha, sufre la obra, la iglesia y la familia del obrero del Señor: una parte argumenta que no trabaja mejor por falta de un mejor sostén económico; la otra parte aduce que a la vista del poco y mediocre trabajo no se sienten estimulados a ofrendar mejor. Cuando se examina la razón que asiste a cada parte, ambas están en lo cierto.

Colosenses 1:

<sup>3</sup>*Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, <sup>4</sup>habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, <sup>5</sup>a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, <sup>6</sup>que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad,*

En los vs.4 y 5 tenemos nuevamente juntas las tres gracias de la fe, el amor y la esperanza, como en 1Corintios 13. Allí era necesario destacar la del amor, y entre los colosenses quiere Pablo señalar la esperanza.

Con todo cuanto podamos imaginar comprenda aquella esperanza que los cielos nos reservan, el v.27 de este mismo capítulo nos dice que más que de cosas se trata de una persona: *“es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”*. A tono con ésto, vemos que la esperanza de los cristianos en aquel entonces descansaba en la pronta venida del Señor. No importa que en el reloj de Dios ya hayan pasado dos días; esa sigue siendo todavía nuestra esperanza: el “Cristo en nosotros” es garantía del “nosotros con Cristo” en su venida (1Tes. 4:17).

Es de destacar aquí, que esta esperanza integre también *“la palabra verdadera del evangelio”*. Actualmente la predicación suele excluir los eventos escatológicos, como si estuviesen más allá del evangelio. Aunque esta esperanza no constituya la esencia misma del evangelio -en el sentido que ya vimos del Cristo crucificado y resucitado-, la fe que descansa en ese hecho por el que somos redimidos y justificados, y el amor de Cristo en el cual y por el cual vivimos, nos proyecta hacia un futuro de eterna trascendencia.

Nos da también para pensar la última frase: *“desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad”*. Confirma la realidad de la experiencia cristiana: hay una ocasión precisa –aunque no todos así la recuerden-, en que el alma pecadora miró al Señor Jesús buscando en Él su salvación. La saturación en el mundo occidental de la religión cristiana, y en nuestras ciudades de la predicación evangélica, incluida la radio y la televisión, ha llevado a que un conocimiento general hacia el que se muestra alguna adhesión y simpatía, postergue por mucho tiempo la reconciliación del pecador con su Dios a través del arrepentimiento y fe en el Señor Jesucristo. Esta frase describe una experiencia genuina.

<sup>21</sup>*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado*<sup>22</sup>*en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él;*<sup>23</sup>*si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro.*

En estrecha relación con el v.5 que acabamos de ver, aquí se destaca la frase condicional: *“si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído”*.

No faltará quien quiera ver acá una condición para la posesión de la salvación, pero este es un hecho garantizado en los dos versículos anteriores. Nada obsta a que la buena obra que el Señor empezó en nosotros la perfeccione hasta el fin, cumpliéndose el propósito de Dios de que *“fuésemos santos y sin mancha delante de él”* (Ef. 1:4; 5:27). Pero a la vez, la evidencia de esta realidad divina en nosotros está en la perseverancia. Es posible fracasar y ser restaurado, pero la esperanza del evangelio no conoce de una salvación que a ratos se pierde y a ratos se recupera. De todos modos, convendrá siempre estar atentos al justo

equilibrio de esta verdad; la inconstancia y falta de perseverancia puede revelar que nunca hubo una auténtica conversión al Señor. El discípulo cristiano necesariamente ha de vivir en victoria sobre el mundo, el pecado y la carne; fracasando a veces, y siendo restaurado por el arrepentimiento y la confesión. Pero nunca al revés, permaneciendo en el mundo, el pecado y la carne, con excepcionales raptos de espiritualidad; ello podrá ser misticismo religioso, pero nunca la vida de quien fue regenerado por el Espíritu como nueva criatura en Cristo. En los santos (pecadores salvados), la comisión de pecados es excepcional, pues no es el pecado su hábitat normal; en los perdidos (pecadores contumaces), lo excepcional son sus momentos piadosos, pues no es la santidad característica de quien viviendo está muerto en delitos y pecados.

1 Tesalonicenses

### ***Ejemplo de los tesalonicenses***

*<sup>2</sup>Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, <sup>3</sup>acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la **obra de vuestra fe**, del **trabajo de vuestro amor** y de vuestra **constancia en la esperanza** en nuestro Señor Jesucristo. <sup>4</sup>Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; <sup>5</sup>pues nuestro **evangelio** no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también **en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre**, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. <sup>6</sup>Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, <sup>7</sup>de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. <sup>8</sup>Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; <sup>9</sup>porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, <sup>10</sup>y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.*

Sólo para tener una mejor perspectiva de conjunto observamos la palabra “evangelio” entre toda esta porción mayor.

Antes que nada, notamos nuevamente la terna de la fe, el amor y la esperanza en el v.3, la que vuelve a repetirse al final de la epístola: 5: *<sup>8</sup>Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de **fe** y de **amor**, y con la **esperanza** de salvación como yelmo.*

En el v.3 tenemos entonces estos tres pensamientos: obra de vuestra fe, trabajo de vuestro amor y la constancia en la esperanza.

La fe nos muestra la naturaleza y fuerza para la obra; el amor, la motivación y característica de la misma; y la esperanza, la fuente que alimenta la perseverancia.



La fe recibe al Hijo que de Dios procede (Jn.1:12), y hace real las cosas espirituales e invisibles (He. 11:1). La esperanza cosecha las cosas a las que la fe ha dado substantividad participando de ellas (Ro.8:24,25). El amor disfruta de las cosas que han sido recibidas y hechas reales por la fe y de las cuales se participa por la esperanza, para que nos alimentemos a nosotros mismos y edifiquemos a otros (1Co.8:1).

La vida cristiana que en esta epístola propone Pablo a los tesalonicenses la muestra en tres dimensiones, a la luz del regreso del Señor:

- a) tiene la fe como el comienzo, o sea, el fundamento.
- b) el amor como el proceso, o sea, la construcción.
- c) la esperanza como la consumación, o sea, la obra completada.

La fe se dirige a Dios (v.8), el amor se dirige a los santos (3:12; 4:9,10), y la esperanza descansa en la venida del Señor (2:19).

La elección de Dios es un aspecto que si no es imposible de discernir, apenas resulta admisible por lo que era la misma experiencia de los apóstoles ante los filipenses. La contradicción, dicotomía y superficialidad de muchos cristianos de hoy día, nos confunde al grado que no estamos seguros de si realmente son lo que profesan ser. Tal parece que nuestro escepticismo en cuanto a este punto, se basa, más que en frases como *“Conoce el Señor a los que son suyos”*, por desoír el mandato que sigue: *“Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor”* (2Ti.2:19).

Otra terna aparece aquí en el v.5: *“en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”*, en consonancia con 1Co.2:4,5.

Según la época e índole del evangelista, tanto puede enfatizarse una de estas cosas como descuidar las otras, siendo muy alentador comprobar que aquellos predicadores mejor usados por el Señor, no descuidaban ninguna de ellas.

Mirando la frase desde nuestra perspectiva actual y local abundan los ejemplos parciales:

- a) Existe mucha predicación tenida por conservadora y fundamentalista, con apariencia legalista y dogmática, donde no se percibe la acción del Espíritu Santo ni más poder que la acentuada aseveración del propio orador en cada sentencia que pronuncia. No se puede asegurar que tal estilo realmente dé certidumbre.
- b) En el otro extremo, se toma un mensaje como espiritualmente muy fuerte y poderoso, cuando el predicador ha dejado el alma en la plataforma; gritando, gesticulando, caminando como fiera enjaulada o saltando como en el ring. El sudor que continuamente debe estar secando con su pañuelo, normalmente no es óleo santo, sino sudor, simplemente. Los oyentes pueden ser muy conmovidos, pero tampoco son convencidos.



Convendrá entonces atender al poder de Dios, la unción del Espíritu y la certidumbre que proviene de la Palabra de Dios fielmente expuesta.

La predicación fiel está motivada por el “*amor a vosotros*”. Cuando existe el único deseo de que los perdidos alcancen salvación por el evangelio que les anunciamos, dependemos de Dios para que Él haga la obra. Cuando hay segundas intenciones, todo recurso es válido para obtener éxito y sumar decisiones en mayor número. Las personas que se mueven según las instrucciones que les dirige el predicador, reciben la incertidumbre, impotencia y falta del don del Espíritu que él mismo adolece.

En cambio, los que son convertidos con el gozo que da el Espíritu Santo como fue el caso de los tesalonicenses, se vuelven evangelistas y discipuladores según el mismo modelo de quienes aprendieron, con frutos de igual calidad.

Es bueno recordar que mientras servimos al Dios vivo y verdadero, estamos esperando a su Hijo desde los cielos.

## 2

<sup>1</sup>Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no resultó vana;<sup>2</sup>pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, *tuvimos denuesto en nuestro Dios* para anunciaros el *evangelio* de Dios en medio de gran oposición.<sup>3</sup>Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño,<sup>4</sup>sino que según *fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio*, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.<sup>5</sup>Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo;<sup>6</sup>ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo.<sup>7</sup>Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.<sup>8</sup>Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros *no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas*; porque habéis llegado a sernos muy queridos.

<sup>9</sup>Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, *para no ser gravosos a ninguno de vosotros*, os predicamos el *evangelio* de Dios.

1 – “*tuvimos denuesto en nuestro Dios* para anunciaros el *evangelio* de Dios en medio de gran oposición.”

Es interesante como en el transcurso de la historia, las dificultades propias del lugar y momento no fueron óbice para este denuesto del que habla aquí Pablo, y al que hemos dedicado un artículo con base en Hechos 4:31. La libertad religiosa y todas las condiciones propicias a la evangelización, cualquiera pensaría que favorecería al coraje y entusiasmo por la predicación del evangelio. Paradójicamente no ha sido así. Por supuesto que todos preferimos la paz, libertad y seguridad que los gobiernos democráticos nos permiten gozar; pero normalmente tal clima

favorable como que no nos desafia, y no lo aprovechamos debidamente.

2 – “*fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio,*”

Este punto es más importante que lo que parece. Las ceremonias de graduación de un Instituto Bíblico y ordenación al ministerio pueden resultar muy impresionantes; pero ellas nada prueban en cuanto a que Dios haya aprobado a una persona confiándole el evangelio. Cuando es así, la propia persona ni los demás dudarán de ello. Cuando no es así, la duda puede persistir toda la vida pese a esporádicos éxitos.

Cuando Dios ha confiado a alguien el evangelio, se advertirá que lo que tiene, defiende y predica, es el evangelio. De otro modo, se verá que sólo se trata de algún material evangélico. Otra evidencia es lo que sigue: “*así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.*”<sup>5</sup> *Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo;*<sup>6</sup> *ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo.*”

¡Qué palabras que pueden sonar incómodas y fastidiosas hoy en día! Lo raro que suena a los oídos este pasaje ya está indicando que no es una porción usada a menudo por los predicadores, de otro modo nos resultaría más familiar.

3 – “*Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos.*”

Valdría la pena explayarse sobre este aspecto. Digamos ahora solamente que los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, existen en función de los santos a quienes han de perfeccionar para la obra del ministerio, y no al revés, como comúnmente se percibe. Los convertidos que bautizamos son mucho más que frutos, resultados y números. No valen por el dinero y posición social que tengan, sino por el Cristo vivo que llevan dentro.

4 – “*Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios.*”

Otro versículo poco simpático para el clero evangélico que defiende a capa y espada su derecho a vivir del evangelio, salario digno, descanso, confort hogareño, etc., aunque claro está, son los menos los que alcanzan apenas un nivel aceptable de vida. Sin embargo, ese “*para no ser gravosos a ninguno de vosotros*”, allí está, y si bien siempre convendrá enseñar a los reticentes el privilegio de ofrendar generosamente para la obra de Dios y el sostén de sus obreros, no es ético presionar a los pobres que ni siquiera tienen lo suficiente para sí mismos.

### 3

<sup>1</sup>Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, <sup>2</sup>y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el **evangelio** de Cristo, **para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, <sup>3</sup>a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones;** porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos.

Así como de otros compañeros de Pablo, se ha dicho con propiedad de Timoteo, que también estaba en el apostolado, aunque explícitamente no se le designe como apóstol. En su segunda carta Pablo le exhorta a que haga obra de evangelista. Mientras que los profetas, pastores y maestros son ministros locales que sirven a la iglesia en el lugar donde viven, los apóstoles y evangelistas tienen un campo regional más extenso de labor.

Mientras los evangelistas son pioneros en llevar el mensaje de salvación a los perdidos, los apóstoles, a más de ello, son responsables en la formación y desarrollo de las iglesias. Aquí Pablo les recuerda el cometido de Timoteo, al serles enviado con una misión, que vemos más como apostólica que como evangelística. De todos modos, ni ellos ni nosotros necesitamos demarcar los límites de uno y otro ministerio, pues en la obra de Dios hay dones que funcionan juntamente.

Lo que conviene que volvamos a notar, reparando en este pasaje, es que la obra del evangelio no se limitaba a la conversión de los perdidos. La salvación de las almas, tal como el objetivo que hoy se invoca, casi que equivale a poner en manos del convertido un pasaporte al cielo con un “¡Dios te ayude!”, que suena algo así como: “¡Arréglate como puedas!”.

El “*evangelio de Cristo*” no da a luz a las nuevas criaturas para dejarlas abandonadas en el cordón de la vereda, sino que las inserta en la familia de Dios para ser atendidas y cuidadas como es debido. El discipulado no ha de considerarse como un ministerio separado de la evangelización, sino conjunto a la misma.

2Tesalonicenses 1:

<sup>6</sup>Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, <sup>7</sup>y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, <sup>8</sup>en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al **evangelio** de nuestro Señor Jesucristo; <sup>9</sup>**los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder,** <sup>10</sup>cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros).

El evangelio es cosa realmente seria, ya que requiere ser obedecido.

Aunque el eterno propósito de Dios no necesite ser ayudado por nuestra fidelidad en la exposición de la Palabra, ni pueda frustrarse a causa de nuestra infidelidad en la proclamación del evangelio, bien que

somos responsables por lo que hacemos o dejamos de hacer, y por la forma en que lo hacemos. A nosotros nos ha sido encomendada la predicación del evangelio, por todo el mundo y a cada criatura, y el enseñar todo el consejo de Dios compete también a este evangelio que se nos ha confiado; en el Tribunal de Cristo daremos cuenta de todo ello.

Basta ver a lo que se exponen los desobedientes, para que nos sintamos forzados a trazar bien la palabra de verdad, procurando ser precisos y certeros en la presentación del mensaje. Así, no conviene sobrecargar el mensaje con cosas nuestras que puedan funcionar como disuasivos en la recepción del mensaje.

Así como nosotros mismos hemos creído al testimonio que otros nos han dado del evangelio, igualmente creíble ha de ser el nuestro, es decir, depurado de elementos espurios que adulteren la palabra verdadera del evangelio.

2Tesalonicenses 2:

### ***Escogidos para salvación***

<sup>13</sup>*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya **escogido desde el principio para salvación**, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad,<sup>14</sup> a lo cual os llamó mediante nuestro **evangelio**, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.*

Cuatro cosas vemos acá:

- 1 – Elección: desde el principio para salvación
- 2 - Medios: santificación por el Espíritu y fe en la verdad (1Pe.1:2).
- 3 - Llamamiento: por el evangelio.
- 4 - Meta: alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

Grande es mi tentación por explayarme en cada uno de estos preciosos puntos, pero para que nadie me tache de hipercalvinista, yo guardaré silencio para que la Palabra de Dios hable por sí sola.

1Timoteo 1:

### ***Advertencia contra falsas doctrinas***

<sup>3</sup>*Como te rogué que te quedases en Efeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina,<sup>4</sup> ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarreen disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora.<sup>5</sup> Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida,<sup>6</sup> de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería,<sup>7</sup> queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman.*

<sup>8</sup>Pero sabemos que *la ley es buena, si uno la usa legítimamente*; <sup>9</sup>conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, <sup>10</sup>para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina, <sup>11</sup>según el glorioso *evangelio* del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado.

Casi que parece exagerado arrastrar todos los versículos precedentes cuando la palabra “evangelio” aparece recién en este último.

Es que precisamente, lo que llama nuestra atención, es que se relacione al evangelio todo lo que mejor clasificaríamos como apología cristiana. En efecto, todo ello tiene que ver con la ortodoxia teológica o como llamemos a la “enseñanza de los apóstoles” (Hch.2:42; 16:4), en contraste y oposición a cuanto pudiesen pretender con su legalismo los judaizantes en medio del paganismo corrupto de la sociedad de Éfeso.

Los cristianos deberían convencerse, que aunque Dios en su infinita misericordia prospere la verdad de su Palabra trayendo salvación con sólo citar Juan 3:16; o exhortar con la fórmula “Acepta a Cristo como tu Salvador personal”; o guiando a alguien con las Cuatro Leyes Espirituales; o haciéndole repetir una oración de entrega; desde tal simplicidad despliega el evangelio tan amplio espectro que realmente comprende toda la teología conocida y la que nos falta conocer.

Conviene advertir también en el v.8 la frase: “*la ley es buena si uno la usa legítimamente*”. Aunque parezca una verdad de Perogrullo, hay allí un juego de palabras en el uso de “ley” y “legítimamente”. En realidad, no existiría la digna profesión de la abogacía, si no existiesen abogados veniales que buscan los vacíos de la ley o la tuercen en beneficio de su cliente, así como los vocacionales que sólo se valen de ella para hacer justicia.

En el cristianismo protestante también hoy día tenemos esta tendencia a la tradición legalista. Se sabe que instituciones mosaicas como el sábado, la circuncisión y los diezmos estuvieron vigentes entre los judíos durante el ministerio del Señor Jesús, pero no se perpetuaron en su iglesia pues fueron reemplazadas por mejores cosas en el Nuevo Pacto. Eso no obsta, sin embargo, a que las leyes dadas a Israel y no a la gentilidad, y mucho menos a la iglesia como un nuevo pueblo, gradualmente se fueran incorporando entre la cristiandad, como el sábado entre los Adventistas, los diezmos en algunas denominaciones, el altar y función sacerdotal de los pastores evangélicos, más recientemente.

2Timoteo 1:

<sup>8</sup>Por tanto, *no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor*, ni de mí, preso suyo, sino *participa de las aflicciones* por el *evangelio* según el poder de Dios, <sup>9</sup>quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo

*Jesús antes de los tiempos de los siglos,<sup>10</sup> pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el **evangelio**,<sup>11</sup> del cual yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles.<sup>12</sup> Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.<sup>13</sup> **Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús.**  
**<sup>14</sup>Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros.***

¡Qué hermosa porción para una serie de mensajes o artículos! Es rica y substanciosa en cada frase y palabra. Reflexionemos ahora un poco:

- 1 – En cuanto al evangelio: quitó la muerte, sacó a luz la vida y la inmortalidad; es poder de Dios que salva y llama con llamamiento santo; no depende de lo que seamos y hagamos sino del propósito de Dios, y de la gracia que nos fue dada antes de los tiempos en Cristo Jesús.
- 2 - En cuanto a Pablo: albergaba el consuelo de que al menos Timoteo usaría su testimonio de aflicciones y prisiones para alentar a otros. Aunque muchos le olvidaran o menospreciaran, sentía la necesidad de recordar como había sido constituido por predicador, apóstol y maestro de los gentiles. Tanto padecimiento, inclusive la muerte que presentía, no le avergonzaba pues estaba cierto de Aquel en quien había creído.
- 3 - En cuanto a Timoteo: es aconsejado y exhortado a: no avergonzarse de testificar del Señor ni del propio Pablo; participar de la aflicciones por el evangelio; retener la enseñanza que oyó del apóstol, en la fe y amor del Señor; guardar el buen depósito, el cual es asimismo guardado por Dios con la garantía del Espíritu que ha hecho habitar en nosotros.

2Tim.2:

*<sup>8</sup>Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi **evangelio**,<sup>9</sup> en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; **mas la palabra de Dios no está presa.**<sup>10</sup> Por tanto, todo lo soporto **por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.***

Esta otra referencia a “*mi evangelio*”, nos recuerda lo que él mismo ha recibido y hecho saber a Timoteo. No conocemos en verdad otra tradición apostólica que la que vemos en el v.2: “*Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.*”

Es sorprendente que en fórmula tan breve pueda compendiarse el mejor manual para el discipulado cristiano. Por excelentes que son las muchas y enjundiosas obras que todas las editoriales evangélicas nos ofrecen, ninguna hay tan efectiva como esta simple recomendación; hace acordar a



la receta de la abuela: vieja, pero eficaz.

El énfasis de la porción está puesto en el *“Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos”*. Él es el Mesías prometido desde muy antiguo, que vino, murió, resucitó, ascendió y vuelve pronto. Parecería como que ese “Acuérdate” está de más, pues no era Timoteo de los que se olvidan de lo principal; sin embargo, así son los hombres, y entre tantas cosas que pensamos y decimos, fácilmente nos distraemos de lo más importante por atender cosas que de momento captan la atención.

Es muy bueno recapacitar en el hecho de que las vicisitudes por las que pueda pasar el evangelista, no hacen mella en el evangelio, pues así es la palabra de Dios, no hay forma de apresarla o acallarla, antes bien, siempre hará lo que Dios quiere, y será prosperada en aquello para lo que fue enviada (Is.55:11). Las circunstancias del mensajero podrán ser harto dramáticas, mas la Palabra interactúa entre los circunstantes moviéndose y procreando sobre la confusión y el caos como hacía el Espíritu al principio. Esta realidad nos dota de una increíble fortaleza y denuedo al predicar el evangelio. La gente podrá ver lo que pasa con nosotros, caso que seamos menospreciados, maltratados o perseguidos; pero no se da cuenta que al mismo tiempo esa Palabra está operando una obra invisible pero poderosa en los corazones de quienes la oyen.

Finalmente, en el sentir de Pablo - y en el nuestro, en la medida que el Espíritu de Dios nos conceda la gracia de sentir lo mismo-, no hay dolor o penalidad que baste a empañar el gozo supremo por el amor de los escogidos de Dios, los que también obtendrán *“la salvación en Cristo Jesús con gloria eterna”*. Sabemos, lamentablemente, que muchos se burlarán de nosotros, tratándonos de tontos, locos o avivados, que “curramos” con la ingenuidad de los oyentes crédulos; mas nuestro compromiso a no pedir ni aceptar nada por predicar, al menos nos librará de tal baldón. Que los más de nuestros oyentes por su incredulidad se pierdan, no puede quitarnos el gozo supremo de los pocos en porcentaje pero muchos en cantidad que han de arrepentirse y creer al evangelio.

Filemón:

<sup>13</sup>*Yo quisiera retenerle conmigo, para que en lugar tuyo me sirviese en mis prisiones por el [evangelio](#); <sup>14</sup>pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuese como de necesidad, sino voluntario.*

De momento, esta breve porción me invita con tres pensamientos:

- 1 – “Prisiones”: a menos que echemos mano a una Concordancia, no nos daremos cuenta que una docena de veces Pablo se refiere a sus prisiones, y otras tres se presenta con el título *“prisionero de Jesucristo”*. En esta época que el “Evangelio de Prosperidad” da venia a sus ministros para aparecer como todos unos personajes merecedores de la pleitesía que el mundo tributa a los lindos, ricos y famosos, casi que parece una obsesión ésta de Pablo por sus prisiones. Al despedirse de los ancianos de la iglesia en Éfeso les dice



que “el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.”<sup>24</sup> Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.” (Ro. 20). Evangelistas modernos suelen viajar en 1era. clase (o ejecutiva) de un confortable avión, para ser recibidos por un comité de bienvenida, y luego retirarse a descansar en un hotel 5 Estrellas. Muy diferente todo a los barcos en los que Pablo navegaba, y al calabozo que le esperaba, a pan y agua en el mejor de los casos.

- 2 – Utilidad en el servicio: este era el especial privilegio de Onésimo. Que Pablo quisiera retenerle junto a él, es una expresión que a cualquiera de nosotros nos hubiese encantado escuchar. Podría darse el caso que nos tocara trabajar junto a un consagrado siervo de Dios, a quien pudiésemos servir como hijo a padre en la obra del Señor; o al revés, ya veteranos, que un joven combata a nuestro lado por la fe del evangelio, entrenándole con paternal afecto. De no ser así, de todos modos nos queda la alternativa de mirar al Señor de la mies implorándole su gracia para que se digne usarnos, y al menos, su Espíritu testifique al nuestro que nos tiene por fieles y aprueba nuestro servicio en el evangelio. Que Él quiera retenernos junto a su Cuerpo aquí en la tierra, acredita nuestra utilidad y tal cosa debe contentarnos; que Él quiera promovernos a su presencia en gloria para estar ya para siempre junto a Él, ¡pues eso ya sería lo sumo!
- 3 - El principio de la voluntad dispuesta : tal como con respecto a las ofrendas (2Co.8:12; 9:7), Pablo es muy cuidadoso en este asunto de presentarse con pedidos que pudieran tomarse como exigencias. Su delicado proceder, en todo caso, no le impide ir al grano y darle a Filemón las mejores razones para despertar y ganar su buena voluntad.

Hoy en día nos llama la atención la exhibición de autoridad que hacen algunos ministros, mandando a pastores, diáconos y otros obreros de la iglesia con voz de mando militar o de patrones gruñones. Pero lo que resulta gracioso es el ver a estos muy felices y contentos con tal trato, sintiéndose halagados de ser distinguidos al recibir órdenes que demandan inmediato cumplimiento. Incluso, hasta son capaces de sentirse bienaventurados cuando son regañados públicamente desde el púlpito. Tal muestra de sumisión influencia a toda la iglesia, que entonces teme pensar, decir o hacer cosa alguna que pueda desentonar con la especial visión de su cacique. Me hace ésto acordar a algo que de joven escuché decir a un experimentado maestro: “Donde hay señores es porque hay serviles”.

1Pedro:

<sup>10</sup>Los profetas que profetizaron de la **gracia destinada a vosotros**, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de **esta salvación**, <sup>11</sup>escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual

*anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. <sup>12</sup>A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.*

En esta porción que prácticamente comprende la primera mitad del capítulo, el evangelio está relacionado con la salvación, que aunque presentada como ya obtenida por resultado de la fe (v.9), ha de ser alcanzada recién en el tiempo postrero en su consumación final cuando acontezca la manifestación de Jesucristo por los suyos (v.5); entonces, el pecado, la carne, el mundo y Satanás ya no tendrán influencia alguna que amenace contaminar nuestro cuerpo, alma y espíritu, si bien ahora somos también guardados por el poder de Dios para la venida de nuestro Señor Jesucristo (1Tes.5:23).

Maravilla la expresión del v.10: “*gracia destinada a vosotros*”. Y digo maravilla, porque descarta cualquier buena disposición que hubiera en nosotros, como para atraernos el favor de Dios, haciéndonos merecedores de su salvación. Mi propia conciencia atestigua la realidad de mi vida pecaminosa, muerte espiritual, incredulidad, desobediencia y rebeldía, de modo que Dios no sería menos justo si me dejara proseguir mi propio camino hacia la eterna condenación. Pero esa misma conciencia mía testifica igualmente que he creído a la palabra de Dios, y agradecido recibí sus muestras de amor y misericordia, pues vi por la fe que su Hijo en la cruz murió para salvarme, resucitó para justificarme, ascendió a la diestra del Padre donde aboga por mí, y vuelve pronto en las nubes para llevarme con Él.

Hay una realidad a la que somos enfrentados por hermanos que no pueden admitir doctrinas claves como la predestinación, permanencia de la salvación y perseverancia final de los santos. Ellos suelen decirnos:

- Muchos buenos y fieles cristianos que vivían santamente y servían de todo corazón al Señor, luego cayeron en pecados groseros, arruinaron su testimonio y volvieron al mundo. Nosotros mismos a veces caemos en tentaciones, nos enfriamos espiritualmente, y aflojando en nuestra oración, lectura de la Biblia y comunión con los hermanos, preferimos distraernos con los atractivos que el mundo nos ofrece. Es lógico pensar entonces, que nuestra propia infidelidad nos acarrea la pérdida de la santidad y la salvación.

— ¡Sí, es lógico —podemos admitir—; pero no es correcto! Nuestra vida ha de ajustarse a la luz de la Palabra de Dios, pero no al revés; no podemos interpretar la Escritura a la luz de nuestra fracasada experiencia. Si de veras queremos experimentar la victoria de nuestra fe, pues debemos conocer bien las Escrituras y creerlas. Si ni siquiera las conocemos, entonces tampoco podemos creerlas, nuestra fe no es alimentada, y es natural experimentar la derrota. Las palabras del Señor son espíritu y son vida, así que es nuestro privilegio alimentarnos de ellas con la misma frecuencia conque comemos o respiramos. Si esperamos asistir a un culto para recién buscar al Señor y recibir de Él —como tantos evangélicos hacen—, entonces el raquitismo espiritual

seguramente atraerá males mayores. Hay predicadores que en su afán de combatir la posición de “salvos siempre salvos”, enseñan a su congregación los textos favoritos que extraen para probar que debe cuidarse la salvación que podrá perderse de no perseverar hasta el fin, y así sus fieles conocen y recitan tales pasajes sacados de sus contextos, e ignoran todo cuanto se refiere a la palabra verdadera del evangelio. No es posible, pues, lograr cristianos maduros, firmes y fuertes en el Señor, con tal dieta de leche aguada.

Conviene mirar en el v.12 la repetida e insulsa palabrita “cosas”: “*las cosas que ahora os son anunciadas... cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles*”. Aquí está la clave. A mayor abundancia, véase por favor en 2Pedro 1: 3-15 las 5 veces que aparece la expresión “estas cosas”, precedidas por “todas las cosas” en el v.3:

<sup>3</sup>*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,* <sup>4</sup>*por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia;* <sup>5</sup>*vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento;* <sup>6</sup>*al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad;* <sup>7</sup>*a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.* <sup>8</sup>*Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.* <sup>9</sup>*Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.* <sup>10</sup>*Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.* <sup>11</sup>*Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.* <sup>12</sup>*Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.* <sup>13</sup>*Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación;* <sup>14</sup>*sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado.* <sup>15</sup>*También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.*

Por más y mejor que hayamos visto y atendido a “estas cosas”, todos los días el Señor nos sigue mostrando más de “estas cosas”; tanto algunas que a la luz de la Palabra nos resultan totalmente nuevas, como si jamás hubiésemos leído tales versículos, así como otras cosas que desde antiguo conocemos bien, pero descubriendo ahora aspectos nuevos y dimensiones inimaginables. Aunque dedicáramos una vida tan larga como la de Matusalén, o nos fuese permitido estudiar cada día las Escrituras durante todo el Reino Milenial, jamás podríamos darnos por satisfechos en cuanto a haber alcanzado a extraer todo cuanto la Biblia tiene para darnos. Siendo así las cosas, crezcamos y afirmémonos en la fe, hurgando esta mina inagotable.

Tras decir todo esto, y volviendo al evangelio, concluyamos recordando lo que para nuestro estudio tiene la mayor importancia: toda auténtica y eficaz predicación del evangelio es *“por el Espíritu Santo enviado del cielo”*. Este pensamiento nos da para meditar largamente.

<sup>25</sup> *Mas la palabra del Señor permanece para siempre.  
Y esta es la palabra que por el **evangelio** os ha sido anunciada.*

Pedro nos viene hablando de la palabra de Dios por la que fuimos renacidos, y tras citar al profeta Isaías, confirma que esta misma palabra es la anunciada por el evangelio, o sea: *“la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”*.

La inmutabilidad de esta palabra, pervive en el evangelio; y así una vez más pensamos, que no es posible que el hombre, tan efímero como la hierba, pueda modificar en nada la exactitud de esa Palabra, la integridad de este evangelio.

Nuestro anuncio del evangelio se revitaliza con este pensamiento de que predicamos no palabra de hombre que la lleva el viento, sino la palabra de Dios que es viva y eficaz, y poderosa en el Espíritu de Dios para renacer espiritualmente a los que la oyen mezclando fe con la palabra oída.

1Pedro 4:

<sup>6</sup>*Porque por esto también ha sido predicado el **evangelio** a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.*

Es decir, los cristianos que creyeron al evangelio que se les predicó, y que martirizados durante la persecución, fueron juzgados y condenados a muerte por los hombres, pero que en su espíritu ya viven con Dios.

Una muerte violenta por causa del evangelio que creemos y predicamos no es de descartar aun ahora en un país de libertad religiosa y paz social.

<sup>17</sup>*Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al **evangelio** de Dios?*

Parece que acá se habla de dos juicios: el último sin duda alude al juicio final o también llamado del gran trono blanco luego de la segunda resurrección, y aquí comparecerán cuantos no obedecieron al evangelio, no pudiendo escapar de la sentencia de condenación (Ap.20:11; 21:8).

Pero el primer juicio, llamado de la casa de Dios, seguramente incluye a cuantos obedecimos al evangelio. Sin duda que durante la dispensación de la iglesia, desde Pentecostés hasta el arrebatamiento, Dios juzga su casa, *“la cual casa somos nosotros”* (He.3:6). Recordamos en los comienzos el caso de Ananías y Safira (Hch.5) así como el de los creyentes en Corinto que participaban indignamente de la Cena del Señor (1Co.11:29-32). En otro orden, también el Tribunal de Cristo ha de preceder en el tiempo al juicio final de los perdidos.

Apocalipsis 14:

<sup>6</sup>Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el *evangelio* eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, <sup>7</sup>diciendo a gran voz: *Temed a Dios*, y *adorad* a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.

Nada mejor que este texto para concluir nuestro estudio sobre todos los versículos en que aparece la palabra “evangelio”.

Desde Pentecostés hasta hoy día los hombres salvados estamos predicando este evangelio de la gracia de Dios, que básicamente, como hemos visto, llama a los hombres al arrepentimiento ante Dios y la fe en el Señor Jesucristo (Hch.20:21).

Este “evangelio eterno”, en cambio, no es predicado por hombres sino por un ángel, cuando la iglesia arrebatada no está en el mundo, que ya padece su momento final conocido como la gran tribulación.

Parece corresponderse con el “evangelio del reino”, y con el texto tantas veces mal aplicado “*Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo*” (Mt.24:13,14). Este evangelio manda temer a Dios y no a la bestia; glorificarle a Él y no a la imagen idolátrica, y adorar sólo al Creador y no al Anticristo, un mero hombre. ¡Dios les ayude! Amén.

## Apéndice

Día del Señor 7 de Abril de 2002.

Tras concluir la última página del estudio sobre la permanente verdad del evangelio, me sentí con libertad y expectación para ir a reconocer el lugar en la feria local más a propósito por el concurso de gente. También quise orar con mi corazón al Señor estando ya en el sitio. Por supuesto que al imaginarme allí parado, leyendo la Biblia en alta voz y predicando el evangelio, no me resultaba nada atrayente, y por el contrario, muy poco formal y sensato. Pero a la noche escribí:

- Cuando entraba a un “Templo Evangélico”, subía a la plataforma, y me apoyaba sobre el atril del púlpito agarrándome del micrófono; me sentía invulnerable, elevado, protegido y realizado como predicador.

- Pero en medio de la multitud que pasa, a su mismo nivel del piso, agarrándome apenas de la Biblia, y con mi voz procurando hacerse oír entre tantas otras voces y sonidos, mi indefensión es total, y sólo sé que Dios está llevando a cabo la predicación del evangelio.

Recuerdo entonces que hace más de cuarenta años era más civilizado;

pues al predicar al aire libre me subía a una plataforma de madera, micrófono en mano, y al lado, los altoparlantes sobre una camioneta tronaban con mi mensaje. Así, debían oírme todos los que estuviesen en un radio de cien metros, quisieran o no quisieran. Todavía recuerdo que nadie solía acercarse a nuestro pequeño grupo, excepto cuando el equipo se descomponía y debíamos predicar “a cappella”; entonces, algunos se aproximaban.

Ahora, en cambio, he retrocedido a tiempos más gloriosos en el romance de la predicación, sin templo ni capilla, púlpito ni micrófono: los de Wesley y Whitefield, de Bunyan y George Fox, y entre una nube de testigos desprovistos de la electrónica, los de los apóstoles y nuestro propio Señor Jesucristo, los de Juan el Bautista, y pasando por todos los profetas, los de Noé, el “pregonero de justicia”. ¿Puedo quejarme?

Tiempo me ha costado percatarme que no es lo más importante amplificar mi voz para que alcance a los que están más lejos y que de ningún modo quieren oír, sino que el Espíritu de Dios traiga a aquellos que han de oír su Palabra y creerla y ser salvos por la fe en el Hijo.

Confieso sí, que me da vergüenza, muchísima vergüenza, que no esté sobre un estrado, rodeado de un nutrido grupo de cristianos, orando, cantando, oyendo o repartiendo folletos, e incluso, con músicos y cantantes que conciten la atención del público, y con textos bíblicos en carteles portátiles llamando a la salvación a los pecadores. Así sería mejor sin duda alguna, como testimonio colectivo del evangelio.

Pero es el caso que si yo mismo no comienzo a poner en práctica lo que he aprendido, ¿en qué me aprovecha el precedente estudio?

Ojalá Dios abra los ojos de otros hermanos y hermanas para que despierten a esta realidad, pues estoy creyendo que así como lo hace conmigo, también lo está haciendo con otros muchos discípulos sobre la faz de la tierra.

Es cierto que siento una gran vergüenza ante el solo pensamiento de mi testimonio solitario, al pararme y hablar entre los transeúntes que pasan indiferentes, escépticos y descreídos, haciendo el ridículo entre los que me miran como un maníaco religioso, o un “currero” más, dispuesto al menor descuido a levantar una colecta para Dios, como si Él también estuviese empobrecido y venido a menos con la actual crisis económica.

¿De dónde podré sacar coraje para sobreponerme a la indiferencia, el menosprecio y hasta la burla? Pues de la Palabra de Dios ¡por supuesto!

En primer lugar, tomo en cuenta su mandamiento: Él me mandó que lo haga, y debo hacerlo, me guste o no (pero un fruto de la obediencia es tener sumo gusto en hacerlo). En segundo lugar, no importa que pueda pasar conmigo o con los indiferentes y burladores, sino lo que ha de pasar con los que oyendo creerán y se salvarán para ahora y la eternidad.

Y en tercer lugar, nada quita, que algún otro hermano se sienta animado a acompañar al predicador solitario, y siendo ya dos, somos muchos. La pareja que Pablo hacía con Bernabé o con Silas, luego contó con todo un equipo de hermanos involucrados en la obra del evangelio. Lo más difícil es comenzar en tan pobres condiciones, pero si la obra es de Dios, Él dará lo necesario para su prosecución.

Aunque esté claro que la evangelización de los perdidos sea el objetivo principal, es normal el encuentro con otros hermanos cristianos conocidos, o con otros que se identificarán como tales. Siendo que en esta época deben ser más numerosos los que dejaron de congregarse que los que asisten regularmente a sus iglesias, también puede ser ésta una excelente oportunidad de ayudar a muchos descarriados o desilusionados que ya no quieren probar suerte en ningún otro lado.

Si hay hermanos ya cansados de peregrinar de una a otra iglesia, cosechando menosprecios y sinsabores por todas partes, habrá que ministrarles donde ellos se encuentran: fuera, y no donde ya no están.

De todos modos, si alguien sintiera el llamado a testificar dentro de los “Templos Evangélicos”, al menos allí siempre podrá encontrarse al pastor y a su familia, y a su consuetudinario grupo de acólitos. Difícilmente quieran oír, pues su oficio es el de hablar ellos. Pero Dios hace milagros.

Día del Señor 21 de Abril de 2002.

-Y bien, Señor, la hora ha llegado. No te diré que estoy listo, pues sabes que no lo estoy. Nada soy, nada tengo y nada hice que pueda contabilizar ahora como fuente de recursos para emprender esta tarea. Sabes que tan solamente miro a Tí, confiando en esta Palabra tuya que sostengo en mi mano y llevo en el corazón. ¡Qué fácil ha sido leer, meditar y escribir sobre todo este asunto del evangelio! ¡Qué difícil se me hace ahora pasar a la acción! Vuelvo a los viejos tiempos, y aunque cuento ahora con la ventaja de mayor conocimiento y experiencia, las desventajas son obvias por demás. Hace 44 años la potencia de mi voz podía sobreponerse de una acera a otra aún frente al paso de los ómnibus, y normalmente era amplificada por altoparlantes; además, estaba acompañado de un grupo de hermanos, lo que me daba coraje. Ahora estoy solo –humanamente hablando-, aunque seguramente la sensación de tu presencia y compañía es mayor que en aquel entonces.

Bien, Padre, parto en el nombre del Señor Jesucristo, tu Hijo y quien me comisionó para esta obra. En verdad, poco o nada importa cómo me pueda sentir frente a este desafío. No debo pensar en mí, sino en la necesidad de la gente que precisa escuchar el mensaje de salvación. Así como preparas con unción de lo Alto mi corazón, abre por tu gracia aquellos que oirán tu Palabra para que la reciban, y creyendo, sean salvos.

Ojalá quieras tú que al regreso pueda dar testimonio de cómo realmente fuiste conmigo y esparciste tu simiente también en buena tierra.



En el nombre del Señor Jesucristo y para su honra y gloria. Amén.

1-5-2002

Retomo ahora la crónica de los detalles previos a la primer predicación al aire libre en la feria dominical de Lomas de Solymar.

Antes de salir de casa, tomé las manos de Neida e Isabel y pedí a mi esposa que me encomendara en oración, lo que hizo con agrado.

Había caminado apenas una cuadra cuando me empezaron a asaltar las dudas y temores ante lo que iba a hacer. Me veía ridículo parado entre los feriantes, leyendo en alta voz la Biblia y predicando. No temía a las agresiones de palabra o cualquier atentado físico, sino a mí mismo, que quizá luego de comenzar no me animara a seguir y huyera avergonzado dejando a la gente confundida con mi insólita actitud.

Recordé entonces el viaje de Lutero a Worms, y como en cada parada de su carruaje los amigos trataban de disuadirle de asistir a la Dieta Imperial allí. Su respuesta fue: -Aunque hubiera en Worms tantos demonios como tejas en sus tejados, a Worms iré. Tomando pues mis temores como un ataque disuasivo del enemigo, y siguiendo el consejo de Lutero para tales casos, seguí adelante cantando la estrofa del himno "Castillo Fuerte" que dice:

Aun si están demonios mil  
prontos a devorarnos,  
no temeremos, porque Dios  
sabr  aun prosperarnos.

Yo sabía que podría predicar con igual libertad si me hubiera vestido de forma corriente, pero recordando que siempre lo hice de traje y corbata, y que así seguía siendo lo acostumbrado en los cultos dominicales, no creí oportuno desmerecer a la concurrencia, y así me fui procurando en lo posible honrar mi ministerio. Llevaba una Biblia grande pues quería leer sin lentes. Recorrí la feria desde el final hasta el comienzo, cobrando algo de osadía a medida que me acercaba al lugar. Una vez en el sitio que ya había elegido, no lo pensé dos veces. Como en mis mejores tiempos, me paré en actitud firme, la cabeza algo alzada, y con la Biblia abierta en Juan 1. Comencé con el texto que si mal no recuerdo fue el que usé la primera vez que prediqué al aire libre 44 años atrás: *"Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero"* (1Tim.1:15). Fue recién al rato de estar de vuelta en casa que me di cuenta de mi original olvido: no había preparado ningún sermón. Había hecho el propósito de hacer la lectura pública de todo el primer capítulo del evangelio de Juan y de la

epístola a los Efesios. Así que tras la cita de Pablo con la voz más potente que me era posible, comencé predicando por cerca de diez minutos. Luego leí el primer capítulo de Juan y habré predicado cerca de otros diez minutos. Después leí el primero de Efesios, y finalicé hablando otros diez minutos más. Pude predicar con total libertad a Cristo crucificado, resucitado, ascendido y a quien también esperamos. Es admirable la libertad que se siente al predicar todas las grandes doctrinas bíblicas sin temor a que algún hermano evangélico se incomode. Así que tanto hablé de la total depravación humana, del pecado y la condenación eterna, como de la gracia de Dios en su elección que trae salvación y vida eterna a todos los que creen. Mientras hablaba o leía, algunas personas se entreparaban, escuchaban un poco y luego seguían. Una señorita permaneció cerca por un buen rato, así como un hombre sentado en su motocicleta. Nadie me puso cara fea, ni se rieron ni burlaron, lo que muestra un respeto que me sorprendió gratamente.

Y bien, nada ocurrió, bueno o malo, que merezca destacarse. No fui interrumpido ni cuestionado, y nadie se quedó para hablar luego conmigo. Así que no puedo hablar de conversiones, frutos y resultados. Pero no fui buscando éxito sino obedeciendo al mandato del Señor, dejando que Él siguiera prosperando su Palabra.

Haciendo un estimativo de la gente que va entrando y saliendo de la feria por aquel lugar, se puede decir que por minuto pasan unas diez personas en un sentido, y otras diez en el otro. Multiplicando esas veinte por los treinta minutos que como mínimo (40 como máximo) que duró la predicación, se podría estimar en más de seiscientas las personas que algo oyeron. Además, están los propios feriantes, que desde sus puestos cercanos también tienen que haber escuchado algo. Véase pues, cuán difícil es que en alguna iglesia evangélica escuchen la predicación en el culto dominical de ese día centenares de inconversos.

Aunque es cierto que esta primitiva predicación al aire libre no le da status de predicador a nadie, y nadie se mostraría halagado de que se le invite a traer un mensaje en tales circunstancias, tal rudimentaria pobreza es compensada con creces por la magnífica oportunidad que se le brinda a tantas personas necesitadas que son renuentes a entrar a un templo religioso. En este medio el predicador no es candidato a ser felicitado y recompensado por su sermón, sino que es la gente la beneficiada al oír sin ningún tipo de compromiso las buenas nuevas de salvación.

Al irme y recorrer la feria en sentido contrario al que llegué, tuve la convicción que sería muy bueno contar a lo menos con tres predicadores por feria, ubicando uno al comienzo de la misma, otro al medio y otro al final. Si los concurrentes vieran y oyeran simultáneamente a tres predicadores que le reciben con un mensaje, que luego prosigue otro por la mitad de la feria, y todavía otro para despedirlo, se les haría muy difícil olvidarlo.

Por la tarde visité largamente a un hermano que se interesó en acompañarme el próximo domingo, Dios mediante.

8-5-2002

Este domingo marché más contento e ilusionado que el anterior, ya que tenía fundadas esperanzas de que esta vez no volvería a estar solo, sino que tendría a un hermano predicando conjuntamente.

Al pasar por el medio de la feria hallé un lugar más prometedor que el original, ya que circulaba más gente y el sitio estaba más alejado del intenso ruido del tránsito por la ruta. Pero como debía encontrarme con el otro hermano en el lugar indicado, fui hasta allí a esperarle.

Demasiado larga se me hacía la espera, oteando a la distancia por si le veía venir. Lo grave no fue tanto el desgaste nervioso y el tiempo desaprovechado, sino que Satanás aprovechó mi ansiedad para frustrarme y casi convencerme de que volviera a casa con el rabo entre las piernas.

Cumplida una media hora de espera, regresé al sitio previsto antes. Saltando la cuneta y por sobre un montículo de pedregullo aproveché mi natural plataforma para pararme resueltamente allí, y abriendo mi Biblia en Juan 2 procedí a la lectura de todo el capítulo. Luego prediqué un poco y pasé a hacer la lectura pública de Efesios 2. Volví a predicar otro poco y fue necesario levantar más la voz, pues de un puesto cercano alzaron el volumen de su radio grabador.

Algunas personas se entre paraban a escuchar, y a lo menos observé a dos de los feriantes oyendo con atención.

Al regresar, y a la media cuadra, una señora me dice desde un puesto de venta de ropa:

- ¡Gracias por el mensaje!
- ¿Pero es que desde aquí alcanzó a escuchar?
- ¡Sí, perfectamente!
- Pero...¿aún con la música tan fuerte que pusieron? –dije como dudando.
- Pues sí, ya le dije que escuché bien. ¡Gracias por el mensaje!
- Pues... gracias a usted... –repuse todavía algo confuso.

Calculé que entre 600 a 800 personas pudieron circular por allí.

2-6-2002

Luego de nuestro viaje a Paraguay retorné al mismo lugar, leyendo públicamente Juan 3 y Efesios 3, predicando algo, antes, entre y después de las lecturas. Esta vez una señora que pasaba me preguntó:

- ¿De qué iglesia es?
- Pues de la única, la de nuestro Señor Jesucristo.

La señora entonces subió hasta donde yo estaba para saludarme, presentándose como una hermana del grupo "Cristo es la Respuesta". Luego me presentó a su hijo que pasaba, e intercambiamos direcciones, pues ella dice no tener en la zona donde congregarse. Quedé contento que se diera uno de los primeros casos previstos en cuanto a contactarme con ovejas perdidas o descuidadas.

El tiempo no estaba bueno y la concurrencia esta vez fue menor.

9-6-2002

Hoy prediqué frente al lugar anterior, pero esta vez leí sólo la porción de Jn. 4 hasta el v.42, pues quise concretarme al pasaje de la samaritana.

Aunque sigo creyendo en la importancia de la lectura pública de las Escrituras, ahora estoy pensando que dos capítulos enteros puede ser demasiado, considerando la pregunta del etíope a Felipe: "*¿Cómo entenderé si alguien no me enseñare?*". Además, me temo que yo me pudiera refugiar en la lectura para evitarme el enfrentamiento directo con la gente a la que debía hablarles.

Creo que lo más fructífero de la experiencia de hoy fue mi reflexión durante el camino de regreso. Hasta ahora no me había preocupado por preparar un mensaje, pues consideraba que la lectura de dos capítulos enteros me daba material suficiente para escoger aquellos versículos más apropiados para presentar el evangelio.

Pero reparé entonces en la grande responsabilidad que había ahora contraído, pues muy difícilmente en nuestro país los pastores predicaran los domingos en sus cultos a más inconversos que los varios cientos que ante mí pasaban, llevándose algo en sus oídos del Evangelio y la Palabra.

Aunque nos es impuesta necesidad de predicar el evangelio, siento que todo auténtico evangelista realmente disfruta al compartir con sus oyentes la exposición de las grandes verdades bíblicas que al momento captan su interés, crece en su conocimiento y aumenta en entusiasmo contagioso, de modo que pueda hacerlo con verdadero denuedo y poder.

Así que ahora me propongo recibir del Señor durante la semana, la luz y los aspectos nuevos que nunca antes había notado, de modo que sea maná fresco recién descendido del cielo lo que ponga ante mis oyentes.

Percibo un interés permanente al menos en dos de los feriantes más cercanos. Al retirarme hoy, volvió a saludarme amablemente la señora del puesto de venta de ropas.

Creo que esta práctica algo me está enseñando y seguirá enseñando.